This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Stanford University Libraries
3 6105 025 601 035

EX LIBRIS
ALFRED
COESTER
H

918.2
G-182

MEMORIAS DE UN VIEJO

Imprenta de Pablo E. Coni é Hijos, calle Perú, 334

VICTOR GALVEZ

MEMORIAS

DE UN VIEJO

ESCENAS DE COSTUMBRES DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

TOMO TERCERO

CUARTA EDICION AUMENTADA CON VARIOS CAPÍTULOS INÉDITOS

STANFORD LIBRARY

BUENOS AIRES

JACOBO PEUSER, EDITOR

1889

458106

STANFORD LIBRARY

MEMORIAS DE UN VIEJO

TREINTA AÑOS ANTES

COSTUMBRES CORDOBESAS

«... débese tan solo discutir la idea, no el indivíduo; el sistema, no el hombre; la obra, no el obrero... ».

(IVAN TOURGUENEFF).

Contemplaba en esta ciudad la silueta azul de las sierras sobre el fondo rojizo del cielo, y los esplendores de una tarde de Octubre, cuando llegó el correo de esa, y vino á mis manos, entre la correspondencia de la capital de la República, el diario *La Libertad*, del 2 del mismo mes. Decía la redaccion,

con admirable dogmatismo, que tenía nuevos motivos para afirmar que mi nombre de bautismo es un seudónimo, que yo no tengo una existencia real, y que quien escribe bajo tal nombre es el doctor don Vicente G. Quesada. ¡ Pobre amigo ! dije para mí, ni lejos del país han de dejarlo en paz. Y holgándome sobre manera de que mis escritillos fuesen atribuidos á tan distinguida persona, resolví escribirle consultándole si debía desmentir formalmente aquel aserto. ¡ Estamos tan lejos ! que mientras van y vienen las cartas, se pasa la oportunidad para una rectificacion.

Por otra parte me dije, ¿ no hubo otro periódico de esa ciudad, que tiene la pretencion de noticioso y bien informado, que aseguró en Marzo último, que conocía desde el primer momento el verdadero nombre de Victor Galvez, que era un jóven que se había criado en casa del doctor Olaguer Feliú, en una palabra ¿ no sostuvo que era el doctor José M. Grimau ?

Tan bien informado está el uno como el roto.

Fué el doctor Grimau quien se apresuró á desmentir tal afirmacion, rechazando con justo enojo la indebida paternidad que le atribuían. De modo que mis pobres y mis insignificantes articulejos tienen padres diversos, solo para despojarme de los frutos humildísimos de mi cosecha, ora señalando como padre á un hombre maduro, ora á un jóven inesperto.

Sea! díjeme por fin, no teniendo autorizacion para hablar en nombre de mi amigo, ni aún para desvanecer una duda, rectificar un error, desmentir una falsedad, debo limitarme á usar de mi derecho de propiedad literaria, declarando una y mil veces que mis escritos, buenos ó malos, me pertenecen en absoluto, y que por ellos responde quien los firma. Más aún, debo declarar que, si hubiere necesidad legal de probar mi existencia

real, ofrezco hacerlo presentándome en persona, si mi salud quebrantada lo permitiera, ó recurriendo á la prueba testimonial por testigos mayores de toda excepcion, que presentaré ante juez competente. A lo que no estoy dispuesto es á que el *Mosquito* me ponga en la galería de sus ilustres, pues no quiero que conozcan ni mi nariz, ni mis orejas. Ya pasó la época de encontrar curiosas; y para los que visten gaban, no tengo el deseo de complacerlos.

Ocúpense, si les place, de criticar mis artículos; pero dejen al hombre en paz, analicen la obra y no al obrero, como decía con justicia el ilustre ruso cuyas palabras me ha ocurrido poner al frente de las líneas que escribo, en la ciudad á la cual he vuelto despues de tantos años.

Vienen á mi memoria en confuso tropel los recuerdos de la infancia, de la escuela y del colegio de Monserrat, y á la vez que reju-

venecen mi edad madura, me convencen de la ausencia eterna de casi todos los que he amado. Mi casa está en ruinas. Sobre su techo de tejas crecen las yerbas dañosas, y las goteras han podrido el cañizo y manchado los tirantes que estuvieron blanqueados. Me fuí al cementerio para buscar las humildes cruces que señalan la tumba de los míos...

✶

Hace treinta años que dejaba por tercera vez esta ciudad para marchar al litoral. Córdoba acaba de salir del dominio de Lopez «Quebracho», aquel *guazo* que gobernó esta culta ciudad y su provincia, con el apoyo de don Juan Manuel de Rosas, el entónces ilustre restaurador de las leyes, que hollaba sin piedad en su provecho. El pobre guazo se había cortado la coleta para entrar á ser gobierno, ó en romance, para recibirse del cargo de

gobernador y capitan general de la provincia, como se titulaban en ese tiempo los que gobernaban las catorce provincias argentinas.

Yo había vuelto á esta ciudad despues de abandonar para siempre el Hospital de Hombres en esa, cuyo administrador creo era el señor don Francisco del Sar. Vine precisamente para librarme de las impertinencias de mis condiscípulos, de sus observaciones y comentarios, y en uso del derecho inalienable de hacer de mi capa un sayo. Volví aquí, pues, para encontrar al cabo de cierto número de años, á mi Córdoba tal cual la dejé en mi niñez, con los arenales de sus calles calentados por el sol de verano, otras cubiertas del pedregullo rodado del rio, que tan escaso de agua se arrastra, en ciertas épocas del año, delante de la primera Universidad de la nacion. ¡Cuán atrasada me pareció la ciudad! ¡Qué silencio y qué calma!

Ningun edificio nuevo, á no ser la casa de don Félix de la Peña, cuya barraca tenía cierto movimiento é importancia comercial.

Las antiguas familias se habían reconcentrado entre sí, y solo aspiraban á conservar lo que tenían. Los Diaz vivían pro-indiviso en la propiedad jesuítica adquirida por sus antepasados, prescindían de la política y del comercio. El rico Lastra continuaba acumulando caudales; el viejo Cáceres no le iba en zaga, porque amó siempre los patacones de columnillas y las onzas de oro selladas. Los Ocampos mantenían comercio activo en esa plaza, y ya estaba avecindado el francés Barrelier, sócio del hijo mayor, conservando siempre su aspecto burdo y su aire acriollado. Los Lozano, los Frageiro, los Tejerina, los Olmedo y otros, no se ocupaban de la política. El doctor Warcalde y Posse y el médico inglés, y este y aquel asistían á sus enfermos, los boticarios despachaban las rece-

tas, los almaceneros y tenderos dormían siesta y los polizontes andaban mal uniformados. Todo era lo mismo, nada estaba alterado. Las campanas tañían al despertar el dia, á media noche llamaba con lúgubre acento la voz de bronce de los conventos de monjas ; á las doce y á la oracion tañían de nuevo ; todo era la misma rutina, las mismas costumbres, la misma soledad.

Córdoba era todavía la ciudad de la colonia, con ese aspecto de indolencia, de silencio, de quietismo y de pereza que caracterizaba á las buenas y hospitalarias ciudades del interior.

No había hoteles, sinó casas para huéspedes, dirijidas por cordobesas, servidas por cordobesas, por criadas descalzas pero limpias, cuyas enaguas endurecidas por el almidon, producían al caminar un ruido que se asemejaba al que se oye cuando se rompe papel engomado ; y esas enaguas blancas, á

veces color azulado por el añil del lavado, les cubrían hasta los piés, que no conocían los zapatos y asentaban libres de todo reato sobre el piso enladrillado, sobre la arena calentada por el sol ó sobre el pavimento de las calzadas.

Recuerdo perfectamente que en ese tiempo echaban azúcar á la ensalada de lechuga, azúcar á los guisos y tal vez hasta en la sopa y el caldo. Cada empanada cordobesa, grande y de sólida masa, contenía un sabrosísimo picadillo, con aceitunas y cebollas; el abundoso jugo corría por la mano de quien emprendía la tarea muy agradable de comer aquel manjar. Una empanada era un almuerzo verdadero y suculento. Se vendían en tableros limpios, cubiertos con paños blanquísimos y las abrigaban con un tejido de lana para conservarlas calientes. Les formaban un lecho abrigado, del cual era preciso sacarlas para que el comprador sin pér-

dida de tiempo le hincase ávidamente el diente. Y á fé que entónces tenían buen apetito y excelente estómago los felices habitantes de la ciudad fundada por Cabrera. En efecto: empanadas por desayuno, mazamorra y locro, puchero henchido de legumbres, natilla, arroz con leche polvoreado con canela, ú orejones de durazno con azúcar, á la postre; tal era la comida general, variándola con la carbonada, el *chupe* ó guisos de salsas de la cocina española pura, que se conservaba gracias á no conocerse aún la cocina extranjera, el cosmopolitismo culinario, que hace que nuestra mesa moderna conceda hospitalidad á todos los buenos platos al uso de otros pueblos extraños. Solo la cocina inglesa no se ha podido aclimatar, pues los *roast-beef* casi crudos y las salsas picantes, como si tuviesen fuego en polvo, si este fuese posible pulverizarlo, no han recibido carta de ciudadanía: todas las demás ha-

cen acto de presencia en la cocina burguesa.

Bebíase leche sin tasa ni medida, y en la campaña se apetecía la leche de cabra, que es leche gorda y pesada, y la daban con tortas fritas calientitas, porque á la sazon no era muy abundante el pan.

Se hacían variados y apetitosos platos con el maiz, ese cereal tan agradable como nutritivo. El *choclo* fresco, lechoso y blando, se asaba al rescoldo y se comía caliente: la *humita* azucarada, era envuelta en la *chala* del maíz ó bien en guiso; el maíz frito, las rosquillas de maíz y las mil confituras de su harina, todo lo cual era muy gustoso, aunque á veces quedaba seca la garganta, y se buscaba un sorbo de agua fresca.

El maíz seco se desgranaba y se arrojaba el maslo, que era excelente para el fuego, los granos se metían dentro del gran mortero, formado del tronco de algun árbol, al que excavaban el corazon, para reducir á polvo el

maiz con el pizon de madera dura, que alzaba para machacar la mulatilla vestida de lana azul, y ese movimiento era cadencioso para acompañar su dulce cantiña, mostrando en ese movimiento cómo la naturaleza había desarrollado su poderosa pubertad.

Ese maíz así pulverizado por la mano de la criada, mano pequeña y bien hecha, parecía en esa época más sabroso que la harina del maíz molido mecánicamente hoy por cientos de almudes en los innumerables molinos de las provincias. La fuerza motriz mecánica ha suprimido los cantares populares de las pisadoras de maíz.

Ya las campañas han iniciado su evolucion transformista; pero no anticipe la vagabunda pluma á lo que aún no deba ser escrito.

Y dígolo al pasar, en lo que escribo no hay lógica, porque los recuerdos no tienen otra

regla que la mera cronología, y como son múltiples y complejos, tengo que desviarme de la línea recta y hacer curvas y zig-zags para trazar sobre el papel todo lo que mi memoria recuerde. Y este aparte es para contestar á ciertos críticos, maestro-ciruelas, que sostienen que es ilógico y sin método cuanto escribo; que mi estilo tiene algo de la maciega inculta, y en fin, que mejor fuera quemar el campo para que brote la verde grama, lo que quiere decir, que deje que mis nietecitos escriban. Pero, como soy solteron, ya no estoy en tiempo para meterme en casoríos y por ello no tendría quien por mi cuenta borronee papel. Les diré por último, en respetuosa poridad: hagan ustedes mejor y muéstrenme con el ejemplo la pureza en el decir, la correccion en el hablar, la elegancia castiza en la frase y la galanura y brillo del estilo. En cuanto á mí, solo quiero contar lo que sé, y me importa un bledo de-

cir ó nó con elocuencia, pues solo aspiro á hacerme entender. Soy sencillote, no me gusta el acicalamiento ni el afeite, me causan risa los tacones, aunque sean taquitos, pues es ridículo caminar haciendo piquisicos como pájaro que no vuela sinó salta. Y sobre todo, yo escribo como me da la regalada gana ; desde que está convenido y declarado que no soy hombre de letras.

Punto aparte y continúo mi narracion.

La comida de aquella época era apetitosa pero pesada, y para ayudar la digestion decían que era necesario beber el vino tinto español, que recuerdo que no pocas veces era un verdadero vinagrillo. No hablo del vino criollo; porque ese vino era algo de espantosamente malo; algo como el vino que en España guardan en pellejos, algo como ese vino de que habla Cervantes, que si cae sobre el mantel deja una mancha negruzco-violeta, oliendo todo á ensalada trasnochada. Recuer-

do haber visto, sin intentarlo probar, el vino que hacían del *mistól,* eso parecía á *arrope* diluido en agua turbia, digno brevaje para salir de una farmacia de los Bethlemitas. Aquella bebida me recuerda las tomas de Le Roy, administradas por Terrero el último fanático del sistema depurativo *ad infinitum.*

Conste por lo tanto que en aquel tiempo, segun mis afirmaciones, se bebía en general mal vino. Seguro estoy que si me oyese cierto condiscípulo, me haría un silogismo para probar que el vino de la Rioja y los de la provincia de Cuyo, eran néctar de los dioses idos, y que por tanto, ahora no encuentra bodega para sacar una empolvada garrafa, y convencer con una copita mi incredulidad pagana en materia de vinos criollos, treinta años anteriores á la época en que escribo. Yo le propongo me convenza por medio del vino de Salta, con algunas garrafas

del añejo de Cafayate, y canto la palinodia.

Suprimido el vino de la mesa burguesa de antaño, ó bebido con económica parcimonia, se dejaba á discrecion la más pura y rica agua de manantial. Esta se servía en jarros que á las vegadas eran de plata; ó cuando más un gran vaso, no siempre bien limpio y del más ordinario vidrio. De tal suerte y calidad eran, que no fué prudente tocar la parte exterior del fondo, porque era posible lastimarse los dedos, por mas engrasados que estuviesen de comer la carbonada ensopando con ellos el pan en la apetecida salsa. Algunos coetáneos seguían la moda francesa y se chupaban los dedos, para dejar menos arabescos en los manteles, porque las servilletitas eran meros aparatos, genuinas miniaturas, comparadas con las actuales servilletas.

Ese era un momento en que se llegaba la linde de la vida colonial y á los principios

de la vida independiente, que no lo había sido tanto, pues los derechos de tránsito que los buenos de los gobernadores y las más buenas de las legislaturas de provincia, imponían sobre toda mercadería ó artefacto que conducían desde el litoral las tropas de carretas ó las árrias cuyanas, por el mero hecho de transitar el territorio provincial, era una prueba de falta de libertad. Cuando las carretas ó las mulas pasaban la valla fronteriza de la provincia limítrofe, era preciso volver á pagar otro impuesto, pues se aplicaba el dicho: « nadie pasa sin hablar al portero ». Los porteros provinciales eran las aduanas inter-provinciales. De manera que si la mercadería debía buscar su mercado consumidor en Salta, el valor era aumentado en esta forma: derechos pagados en la aduana única de Buenos Aires, derechos de tránsito en las provincias de Santa Fé, Córdoba, Santiago del Estero y Tucuman, y por añadidura, los

meses empleados en recorrer al paso del buey los cientos de leguas entre los dos mercados. Ese era el pobre y embrionario estado del comercio, que reflejaba la mísera situacion de las poblaciones y justificaba la siesta y la pereza del interior.

Así no es de sorprenderse que el vino europeo que se consumía en las provincias mediterráneas, fuese malo, y que de una pipa de vino carlon legítimo, hicieran doce los *pulperos* y almaceneros, echando agua, pasas y campeche, y vendiendo en vez de vino, un brevaje fantástico, detestable y dañoso.

Esos derechos de tránsito que hacían languidecer el comercio del interior, fueron suprimidos despues que Rosas fué vencido, y dió comienzo la nueva y próspera era en que hoy se halla la República bajo el régimen constitucional.

La mesa estaba en relacion con las costumbres.

Entónces se sentaba á la mesa en mángas de camisa, desabrochado el cuello y sin corbata, arremangadas las mangas para no ajar los puños. El mantel de tela tejida en las provincias, al fin de la semana era un mapa curioso, por las chorreras de grasa, las manchas de vino, las gotas del almibar, *arrope* ó miel con que comían el queso criollo, y no pocos los vestigios amarillentos del zapallo cocido, ó del *quibebe*, plato criollo.

Se economizaban los zapatos y botas de vestir, y del calzado viejo se hacían chinelas, recortando de un modo apropiado la parte posterior, para la fácil entrada del pié desnudo, porque se sacaban las medias.

Los pequeños, los muchachos, los niños como quiera llamárseles, andaban en camisa y descalzos con el pelo no siempre peinado, las caras frecuentemente súcias, como los piés.

Las señoras eran en aquellos tiempos ene-

migas del corsé anti-higiénico, y se vestían holgadas: pero se ponían un pañuelo para no mostrar el seno al desnudo, dejando empero que la naturaleza no tuviera cortapiza que limitara el crecimiento. Se peinaban con dos gruesas trenzas, caidas hácia atrás; pero no pocas veces lucían una flor en el lindo cabello negro. Confieso en tanto que la mujer fué más cuidada en el traje, porque siempre tuvo instintos coquetos, y quiero decir todavía, porque yo hablo de las costumbres burguesas, reconociendo que había excepciones de elegancia y de lujo.

Supongo que las damas usaban tambien chinelas, pero en esto mi testimonio no es de *visu*. No me dejaban verles el pié, y á fé que más de una vez hubiera querido saber si el pié estaba en relacion con la lindísima mano de más de una de las mocitas de mi tiempo. Lo único que veía era la mano al natural, pues no calzaban guantes en la vida ordinaria.

Los criados servían descalzos. El comedor no tenía en general estera ni alfombra, y sobre el ladrillo por ser más fresco, cada cual ponía sus piés, y no faltaba alguno, mal educado, que por accidente abandonaba las chinelas para dar aire al pié desnudo. Estoy haciendo cópias, el colorido es natural.

La comida ó la cena empezaba por un rezo y terminaba por otro. El comedor era una pieza sin adornos, á las vegadas allí colocaban la tinaja, llena de agua clarísima, donde metían el jarro de plata á medida que se vaciaba. Plena libertad se concedía para beber agua.

Las sillas eran de madera, sin esterilla ni tapices. El asiento era duro pero fresco. La mesa duraba lo necesario para comer, pues la conversacion no era salsa muy usada. Cada cual despachaba su plato, y luego un buen jarro de agua que se servía por turno, y todos ponían los labios sobre el borde del jarro

de plata. El señor, en los intermedios, fumaba su cigarro, y los útiles para hacerlos, como el yesquero, los tenía sobre la mesa. Ese humito era ciertamente poco agradable, pero era la costumbre.

Los jóvenes no tenían permiso para terciar en la conversacion, y esta era entre *sus mercedes*, los padres y abuelos; porque entónces era moda tener abuelos vivos, y ellos tenían cuidado de marcharse del mundo lo más tarde posible. Hoy es tan exigente la vida moderna, que no hay descanso, y los pobres viejos se van á penas se han inutilizado para el trabajo. Hay menos viejos, y la region de los muertos se puebla con más frecuencia. Es tan grande la manía de los viajes y de lo desconocido, que algunos se suicidan solo para ir al otro mundo, aburridos de la monotonía del presente, en el que no creen en nada.

La vida de esos tiempos debía ser paradisiaca; todo era sereno, hasta el sueño. Lo

único que podía recordar el purgatorio, eran los criados con los cabellos sin peinar, dando al descuido un manoton para rascarse. El sueldo era muy barato, pero era el traje tan sencillo !... Me parece que no usaban sombrero, lo que creería lógico, desde que no llevaban calzado. Lo justo era tener descubiertas las extremidades, los piés y la cabeza. Pero esto no lo afirmo, es un razonamiento por induccion.

Recuerdo que los señores tenían un sombrero por año, es decir, que en el presupuesto figuraba el gasto de sombrero por cabeza durante los 365 dias. A veces el sol ponía la negra felpa de color amarilloso, ó bien la grasitud había ascendido hasta la mitad de la copa, y por los bordes de las alas; pero mientras no terminase el año no se iba á la sombrerería á comprar nuevo sombrero. Ni la forma influía ó modificaba el precio : se buscaba solo la duracion.

Si exajero, no es mía la culpa, puesto que no hago fotografías, y pintando de memoria tomo los colores que encuentro en mi paleta. Esta es una salvedad que mi conciencia exije.

En esos buenos tiempos se oía misa los domingos y dias de fiesta, y como estos eran muchos, frecuente era la tarea de cumplir con el culto divino. Los padres llevaban á la iglesia á los muchachos endomingados, vestidos frecuentemente con la ropa usada de sus mayores, que la madre arreglaba á la buena de Dios, sin preocuparse mucho de la figura de sus hijitos. Estos, ya pollos grandes, quedaban dentro de la *leva* del padre, como palo vestido, pues la madre solo cortaba la manga y los faldones y metía más adentro los botones. A veces abrían los cinco dedos de la mano para contener la larga manga de la camisa paterna, que forzaba por salir fuera. Le metían luego sobre la

cabeza mal peinada, el sombrero un poco hácia atrás, y el pobre muchacho, doloridos los piés, encarcelados el domingo despues de la libertad de la semana, esperaba al padre para ir á misa. Todos iban por delante, en silencio, y prisioneros por aquella vestimenta. Los más espertos se habían engullido una empanada, tratando de no chorrear la *leva*, para impedir el pellizco maternal ó el mogicon paterno. El escuadron se ponía en marcha al fin, ora á Santo Domingo, ora á San Francisco, ó á la misa cantada en la Catedral.

Los sermones eran tambien fiestas obligadas para hombres y mujeres. El clero era á la sazon influyente y respetado. Clérigos desempeñaban el rectorado de la Universidad y del colegio de Monserrat. Los frailes aún conservaban su antiguo prestigio, y aunque no eran ricos, vivían en santa holganza.

Pero las monjas Teresas y Santa Clara,

poseían considerables caudales colocados á censo en las propiedades urbanas, y de ahí resultaba el ferviente entusiasmo de ser síndicos ó administradores de los bienes conventuales. Si había intrigas para ser nombrados, era todo por amor de Dios, que el dinero no fué aliciente ni tentacion de sindico de convento de monjas. Asi lo decían ellos, asi me lo contaron, y en la misma forma lo cuento á mi turno.

La ciudad de Córdoba de hace treinta años se parece á la actual como un huevo á una castaña. Todo ha cambiado radical y profundamente.

La vieja universidad de aquellos dias lejanos continuaba con su antigua aureola prestigiosa. Sin embargo pobrisima fué la enseñanza, aunque muy superior á la universidad porteña del tiempo de Rosas. En aquellos claustros de orígen jesuítico, se daban cita los hijos de las provincias. Algunos

llegaban sin perder aún el pelo de la dehesa, vestidos por verdaderos sastres de aldea, y con figura digna para estudiantes de zarzuela ó peti-pieza. Todos recibían como bautismo estudiantil, el apodo ó sobrenombre con el cual serían reconocidos en el mundo de sus condiscípulos. Entre los recien llegados en ese tiempo, había uno pequeño de cuerpo, á quien llamaban el *chismoso*. Este recibía diariamente su merecido, ora por el chisme pasado, ora por el chisme futuro. Él marchaba lloriqueando al cuarto del doctor Arellano, rector á la sazon, y denunciaba al culpable. El grave clérigo oía y respondía: díles que no te peguen! Y volvía el delator nuestro á pronunciar la fórmula sabida: dice que no me peguen!... Cansados ya de esta tarea, una vez, bañándose, dos condiscípulos lo sumergieron en el agua que tragó con angustia, y le notificaron la sentencia: Si denuncias tragarás otra vez tanta agua hasta

que no vuelvas más á la tierra de los vivos. El remedio fué eficaz.

Entre los condiscípulos encontré todavía á Emiliano García, á Filemon Posse, á Tomás Garzon, á Leonidas Echagüe. Ya se había marchado Wenceslao Diaz Colodrero; entre los menores, recuerdo á los Lobos, hijos de Tucuman.

Yo había llegado huido, puede decirse, derrotado, ó como quiera decirse, abandonando el Hospital de Hombres de Buenos Aires. Carecía de prestigio literario, creo que tenía fama de porro, y á mi se me daba un pito aquella fama, desde que ni entónces ni ahora pensé mandar al mercado con la susodicha fama. Había aprendido á tocar el piano y la guitarra, y tenía llave de oro para las mujeres, á las cuales divertía con la música.

Había venido en fin porque me daba la gana, y podía hacer lo que mejor me ocurriera. Todo me parecía color de rosa, en tanto

cuanto nadie pudiese obligarme á aprender lecciones de memoria. Nunca me expliqué la paciencia de German Vega, y me sorprendía mucho cuando veía en el Hospital á Mateo Luque con su sobretodo de paño color café y leche, erguido como tambor mayor, afortunado en las filas de Cupido.

Manuel Ocantos y Federico Serna, que vivía este frente á San Francisco, no podían soportar mi haraganería, y mis bromas groseras. Hoy pasan á mi lado y se hacen los desconocidos. Los sermones del buen maestro, doctor D. Martin García, como la séria y dogmática actitud del doctor D. Claudio M. Cuenca, me causaban escozor ; quería no verlos más, á pesar de haberles cobrado afecto, pero nunca sabía la leccion, y esto me daba fastidio.

Venía,pues, para vivir en el regazo maternal de la pereza, y la beatífica y prolongada siesta al calor que derrite y obliga á estar

panza arriba en las salas de teja, cuyos viejos tirantes constituían una distraccion de los haraganes de antaño. Quería vivir satisfecho de las regularidades de mis digestiones: ninguna ambicion me agitó. Vine y dormí. ¡Cuánto he dormido! Me parece que la mitad de mi vida ha sido un sueño continuado.

Y ¿por qué hablo y me ocupo de mí mismo? ¿Cuántos somos los adoradores del yo? Lo ignoro, pero creí que era epidemia cuyana, y yo soy una excepcion.

Tenía frailes amigos, pues profesaba la misma doctrina que Picot, aquel charlatan descreido que se comía los santos y frecuentaba la casa de los curas, para comer de balde. Yo lo hacía por amor á mis iguales, es decir, á los que se holgaban satisfechos en la santa y dulce contemplacion de la naturaleza, sin leer, ni escribir, y tal vez sin pensar en cosa séria.

Los cláustros, en los que había sin disputa frailes muy notables, albergaban á la vez á los bonachones holgazanes que vivían para engordar, y estos, precisamente estos eran mis amigos. Solo no trabé relacion con el mal famoso Marsoa, porque pasaba de castaño oscuro.

Me acercaba rara vez á los locutorios de las monjas, pero me dí á la caza de las confituras de las beatas, que me procuraban confites, esas petrificaciones de azúcar, canela y nueces : tomaba mate en las sacristías y chocolate en los entierros. Lo hacía por gusto, jamás por economía. Tal era mi vida entónces.

Y sobre todo, si no era la mia era la de muchos, pues era un tipo social, y yo no escribo mi auto-biografía.

Frecuentaba las tertulias de la botica, las tiendas de la plaza, las reuniones para el juego de cartas, donde se pasaban horas

fumando y jugando, para ganar algunas onzas de oro. Se jugaba. Era una distraccion de aquella monotonía que mata y desespera.

En esta época empezaban los centros politiqueros á hacerse de moda, porque ya comenzaba la vida pública y libre. Los más adictos partidarios de Lopez *Quebracho*, se habían convertido en sus más enérjicos detractores ; era una reaccion de los serviles emancipados. El pobre gaucho viejo despues de ser puesto en libertad, se había asilado en Santa Fé, donde creo murió pobre y oscurecido. Oscuro debía morir, porque no era de esos que viven á la luz : era... uno de tantos productos de la sociedad anómala de la época.

A mi llegada la revolucion estaba triunfante : todos rebosaban de alegría, y la vieja Córdoba se sentía rejuvenecer.

Eusebio Ocampo que había venido de esa buscando no se qué, había tomado la grave

actitud de un periodista, se envolvía en los trece números de *El Padre Castañeta*, y se hinchaba como el redactor y director de aquel periódico. Hacía valer aquellos trece números, como trece títulos para justificar trece pretensiones. Hombre de talento y de chispa, era buscado en los centros políticos : creo que soñó con la diputacion por Córdoba.

Las elecciones para el Congreso General Constituyente de Santa Fé eran codiciadas por una multitud : pero entónces, como ahora, he observado que había muchos niños para un trompo.

La generacion á que pertenezco, iba á decir : á que tengo la dicha... pero reflexiono que si de mi dependiera, habría preferido venir al mundo en los albores del siglo xx ; la generacion esa ha presenciado la transformacion más profunda y trascendental del pueblo argentino, la evolucion social de los gobiernos irresponsables de la época de Ro-

sas, al régimen constitucional de la Constitucion que fué jurada en 1853.

De ese Congreso hicieron parte como diputados por Córdoba, los doctores D. Juan del Campillo y D. Clemente Villada. Estos no eran emigrados, y mostraron que conocían las instituciones federales. Pertenecieron desde luego al partido federal doctrinario, que es todo lo contrario del partido rosista.

Gobernaba la provincia el distinguido ciudadano doctor D. Alejo Guzman, y era su ministro el Doctor Santillan.

La eleccion de D. Juan del Campillo disolvió una tertulia, pero se abrieron otras, porque comenzaba la ebullicion política. Todos querían la vida pública, y la pobre patria necesitaba de todos. Y digo pobre, porque una vez que fueron suprimidos los absurdos derechos de tránsito, se quedaron sin un cuarto. Haciendo de la necesidad virtud, empezó la dificil y lenta organizacion de las ren-

tas provinciales, para constituir verdaderas economías federales. Era trabajo patriótico, porque el pueblo se encontró en pobreza, y era preciso crearlo todo, y todo fué creado al calor del patriotismo viril de pueblos y gobierno. ¡ Patriótico era el espectáculo!

Los correos en aquel tiempo eran un verdadero mito. Los correistas andaban á caballo, que tomaban y cambiaban en las postas, sin pagar; pero los maestros de posta no se hubieran atrevido á negar caballos á un correo ó á un *chasque* enviado por Rosas, ni despachado por Lopez ú otro cualquier gobernador de provincia.

Les he oido lamentables historias de aquella continuada estorsion. Los caballos eran de la propiedad particular del maestro de posta ó de marcas no conocidas, y esos caballos debían ser cuidados para el beneficio del correo, sin pagar alquiler, sin que el Estado contribuyese para los gastos. Ese

maestro de posta no podía rehusar-
go, porque hubiera incurrido en el error de mostrarse desafecto al gobierno, y enemigo de los que mandaban, lo que lo ponía fuera de toda proteccion. Solo los pasajeros pagaban, y como no era muy frecuente el tránsito, las entradas eran eventuales. Bajo tal régimen era imposible mantener la moral administrativa: se obedecía por miedo, puesto que nadie tenía medios para hacer ejecutivo su derecho.

Postas, correos y caminos, eran necesidades que no atendía el gobierno. Las pocas rentas provinciales no bastaban para pagar los módicos sueldos del gobernador, su ministro y demás empleados. El atraso en el pago era lo normal, y las sumas que se entregaban eran á cuenta de los sueldos vencidos.

Era una sociedad desquiciada, que se reorganizaba por un esfuerzo patriótico. San-

cionada y promulgada la constitucion nacional, las provincias dictaron sus propias constituciones y crearon sus rentas. He sido testigo de esta evolucion, la he seguido en su desarrollo, y treinta años despues estoy complacido y satisfecho de los resultados. La nacion se ha consolidado, se ha enriquecido, está en pleno crecimiento. La poblacion, la ganadería, la agricultura, todo ha tomado un vuelo halagador.

Cuando desde Córdoba venía al Rosario para embarcarme en algun buquecito de vela ó en los primeros vapores que se iniciaban en la navegacion de los rios, tenía que atravesar la pampa de Santa Fé, que era imponente en su soledad solemne. Aquella planicie ondulada no tenía árboles, ni accidentes que distrajeran la vista del viajero. El horizonte en todas direcciones lo limitaba la tierra y el cielo, el verde del campo ó el color amarillento y polvoroso en tiempo de seca,

se unía en la línea del horizonte con [illegible]
del cielo. Daba miedo perderse en aquella llanura solitaria; se caminaba por el rumbo, pues el camino endurecido por el tránsito era polvoroso, y el viajero marchaba envuelto en una nube de tierra pulverizada. Cabalgaduras y ginetes quedaban cubiertos de tierra, que se mezclaba al sudor y secaba la garganta.

No había poblaciones, cortijos, chacras ni labranza. La soledad era únicamente interrumpida por las tropas de carretas ó las arrias de mulas, espuestas á ser atacadas y robadas por los indios. Los correos y los chasques recorrían el desierto de posta en posta, con la atencion sobreexcitada por los movimientos de los animales silvestres, porque son signos de que en el desierto hay indiada que marcha, para mejor cerciorarse, el gaucho baja del caballo, se echa al suelo y pone el oído sobre la tierra para oír el ruido lejano,

los cascos del caballo que corre ó galopa, y levantarse luego, cabalgar tranquilo ó agitado segun el resultado de su experiencia. La mirada del gaucho es penetrante y profunda, y si aparece silencioso es porque vive en la constante observacion de la naturaleza que le rodea; en esa vida, su único maestro es la naturaleza misma. El hombre del desierto ó el que por necesidad ó por otras causas lo recorre con frecuencia, es un tipo original y fuerte. La conservacion de la vida se la debe á sí mismo, él tiene que proveerlo todo y bastarse para llenar sus necesidades. Por ello observa las yerbas y los animales silvestres, se fija hácia qué lado vuelan las aves ó corren las gamas y venados, y cuando empiezan las sombras de la noche, su libro está en el cielo, las estrellas le guían y rumbeando siempre bajo la direccion amiga de los astros, cabalga con la tranquilidad del que conoce su objeto.

Ahora bien, este estado de cosas y esos medios de locomocion representaban gráficamente el atraso del comercio, la pobreza del país y lo escaso de las producciones que alimentaban el tráfico embrionario.

El desierto era aún más imponente cuando el incendio, la quemazon, las llamas corrían sobre las yerbas secas como olas de fuego; era una inundacion del elemento terrible, con ruidos estraños y aterrantes del chisporroteo de los pocos arbustos y de las altas pajas que ardían. Se hubiera creido que la quemazon era general, y que avanzaba formando un inmenso círculo; el viajero queda entónces bajo la impresion de una angustia indecible. Los caballos sudorosos parece que tiemblan, y el hombre que duda dónde encontrará una salida para escapar de las llamas, se siente conmovido. ¡Qué sed! No se veía agua en parte alguna en aquella llanura presa del voráz incendio, y el cielo mismo nebuloso y

con los reflejos rojizos de las llamas aumentaba el pavor.

He visto muchas veces aquel espectàculo, viniendo del litoral ó yendo desde esta ciudad, pero la primera vez me quedó en la memoria como si fuese un cuadro en relieve, iluminado por Satanás.

Pues bien, ese desierto de treinta años antes, está hoy surcado por ferro-vías. El gran central y sus colonias han dado fisonomía culta á la llanura antes agreste y triste, y los productos ópimos de aquella tierra feraz, compensan los sudores del hombre de trabajo, que abre el surco y deposita la simiente por medios mecánicos por exijirlo así las grandes labranzas.

Belle-Ville es una riente ciudad, de tipo extranjero. El Fraile Muerto ostenta hoy un establecimiento nacional importantísimo: el indio ha desaparecido, y sus tribus disueltas y prisioneras se han fundido en las familias

cristianas, y se han reincorporado como individuos al progreso social actual.

La evolucion ha sido radical y profunda.

Córdoba, la pacífica y tranquila Córdoba, es hoy un depósito para el intercambio del comercio. Allí llegan y de allí parten varias líneas férreas: al litoral, á Cuyo y al Norte. La actividad de sus calles es notable, la edificacion moderna le ha impreso ahora un sello de riqueza y de vida; y el antiguo villorío del Rosario es una ciudad comercial, en cuyo puerto se contaban sesenta buques de ultramar.

La provincia de Santa Fé es hoy una colonia extranjera: villas y ciudades han surgido del seno del desierto: la harina, el maíz, el maní, el lino y miel, nuevos productos agrícolas, dan para cargar las embarcaciones extranjeras que llegan á su puerto del Rosario.

La agricultura se ha extendido de tal ma-

nera y aumenta en proporciones tan rápidas, que alimenta ya el tráfico de las ferro-vías construidas, y las que se están construyendo, pues los terraplenes adelantan y se colocan los durmientes, y se ponen los rieles, para que sobre ellos corran las poderosas máquinas norte-americanas.

La República entera se ha hecho una inmensa factoría. La ganadería se transforma; el ganadero cerca su propiedad rural, introduce animales de raza y se preocupa de la mejora de los ganados, vacuno, caballar, lanar y borrico. Ya se piensa en abrir canales y asegurar por medios científicos un riego regular y constante, que satisfaga la sequía de los campos bajo los rayos del sol de estío.

La transformacion, repito, es profunda.

Las antiguas tapias que cercan las viejas heredades, como las de Jesús María y Sinsacate en Córdoba, van desapareciendo con la

subdivision de la tierra por las necesidades de la colonizacion. Ahora comienzan ya los setos, pues abunda la madera de los bosques, y las cercas de piedra que pudieron construir los jesuitas, no satisfacen al agricultor que necesita del seto barato. Más tarde será reemplazado por el seto vivo, con las plantas de que abunda Córdoba y Santa Fé, así como en Mendoza lo forman las hileras de altos álamos.

Por todas partes, la actividad y el trabajo del hombre graba sobre la tierra su dominio de propiedad, y la riqueza privada, acumulándose y generalizándose, se hace riqueza pública.

En Córdoba ya desapareció la siesta que entorpece la actividad; ahora á pesar del sol, ya se trabaja el dia entero, menos dos horas para comer y dar alivio al trabajador. Ya no son las boticas el centro de las tertulias: hay clubs y asociaciones.

La Academia de Ciencias tiene levantado un verdadero templo donde antes no se veían sinó iglesias y conventos. Las viejas preocupaciones, el fanatismo intransigente, se transforma con el progreso de la intelectualidad de la poblacion. Excelentes profesores dictan los cursos de sus facultades, numerosas enseñanzas abren horizontes nuevos á la juventud que frecuenta las aulas, y el presente es una preparacion para los más grandes desarrollos en lo futuro.

Tucuman, Santiago y Salta se dán al cultivo de la caña azúcar, y los grandes ingenios y las máquinas modernas han centuplicado las fuerzas productoras; y azúcares y aguardientes argentinos satisfacen en gran parte el consumo nacional.

El Correo se ha organizado, comenzando por el edificio que ostenta la Capital de la República. Ya se encontró lenta la comunicacion por cartas, y se ha levantado una buena

red de telégrafos que ponen en comunicacion las provincias entre sí y con la capital, con el exterior por Chile, Montevideo y Brasil. El país nuevo, si así puedo llamarlo, se ha convertido en activo, emprendedor y enérgico.

Cuando veo estas cosas, y cuando recuerdo que hace treinta años he pasado por el desierto, temiendo el ataque de los indios; que he vivido en las ciudades sin saber cuándo había cartas y sin contar con la comunicacion periódica y regular, y ahora se sabe hasta el acontecimiento en Europa, acaecido horas antes, me parece que estoy soñando.

En los treinta años transcurridos, la nacion se ha transformado, lo repito. Del viejo régimen no quedan sinó vestigios, y nosotros que estamos ya entre los que vienen y los que se van para el largo viaje de la muerte, miramos complacidos el indisputable progreso nacional.

¿Qué era el Rosario, esa sociedad mercan-

til ahora, esa puerta del comercio interior y esa entrada para el del exterior?

La ciudad del Rosario era un villorío. Los ranchos de paja comenzaban, puede decirse, en la misma plaza. No había una sola calle empedrada; el alumbrado era la semioscuridad, y la pobreza, hija primogénita de la haraganería, se veía por todas partes.

Recuerdo que ví esa pequeña villa embanderada de rojo y blanco, en celebracion del triunfo de Caseros, de la caída del tirano Rosas.

El desierto comenzaba en las afueras de la villa ó ciudad; los suburbios eran la Pampa.

No había propiamente labradores, y los ganaderos se hallaban empobrecidos por los frecuentes robos de los indios. Las postas que señalaban el camino para Córdoba y las otras provincias, estaban rodeadas de fosos, para defenderse contra los indios, guardadas por guardias mal vestidos y por pequeños caño-

nes. Los indios tenían el dominio del desierto, y el soldado dentro de los cercos foseados. Esto es característico.

Todo era erial: el pobre gaucho, apenas había dejado el chiripá punzó, la camiseta punzó y el gorro colorado; soldado de caballería, tenía su lanza y su sable, y á veces su mala carabina. Con esas armas había guerreado años. A su vuelta no encontró su hogar, sinó la *tapera* á la sombra del ombú, amigo de sus mocedades y alegrías. Qué tristes eran aquellas señales de poblaciones arruinadas, de las cuales solo quedaba la tapera y el ombú...

Se decía que era malo el gaucho de aquellas campañas, que era pendenciero y *montonero* por hábito, por tradicion y por amor. Mientras tanto, era un desgraciado despojado de todas las garantías que hacen posible la vida estable, por el respeto del hogar y de la propiedad. Ese gaucho no podía ser nada,

¡ah! tal vez deseaba vengarse de los que lo condenaban á no tener hogar ni propiedad. Cuando lo arruinaba todo la guerra civil, él quizá hubiera querido arrasar lo poco que quedó en pié, la familia de los otros, la propiedad ajena!

Pues bien, apenas el órden constitucional comenzó á dar sus frutos, se vió un aumento rápido en el valor de la propiedad territorial.

La vieja villa se apresuró á tomar el rango de ciudad; y del interior, del litoral y del extranjero, afluían pobladores. Se improvisaban casas y negocios, y el milagro de San Francisco de California, se reproducía en escala modesta, en presencia del pueblo regenerado por la esperanza de radicar el imperio de la Constitucion sancionada en Santa Fé en 1853.

Aquella ciudad fué creciendo. Los eriales vecinos se convirtieron en quintas y los especuladores en tierras hacían fortuna, hasta

que el exceso de la especulacion de tierras, que no daban renta, paralizó el negocio y causó la ruina de no pocos. Para crear allí un mercado comercial se hicieron grandes esfuerzos.

El primer ensayo de transportes, regular y periódico, fué la empresa de las Mensagerías de Fillol y Gordillo, que puso en contacto al Norte y el Oeste de las provincias.

La administracion central de correos, establecida en el Paraná, aunque dirijida por el modesto don Benito del Puesto, comenzó á ordenar la expedicion de la correspondencia. Las oficinas del Rosario y Córdoba se hicieron importantes.

Parecía que el país entero se desperezaba de una larga siesta y entraba de lleno y con bríos en los nuevos caminos de la civilizacion. Mostró tener conciencia de sus esfuerzos y capacidad para realizar el bien, para trabajar y producir.

La ciudad del Rosario creció robusta y fuerte. Pero como habia faltado experiencia administrativa municipal, trazaron calles estrechas relativamente, y pocas plazas, en una ciudad cuya planta pudo ser modelo de higiene, de belleza y comodidad.

Con todos los defectos de su orígen improvisado y cosmopolita, la ciudad del Rosario se hizo un centro comercial importante. La aduana fué la primera despues de la de Buenos Aires. Durante la primera presidencia constitucional del general Urquiza, se contrató el trazo y estudios del ferro-carril central de Córdoba, pero las prórogas se fueron sucediendo, hasta que se construyó durante la presidencia del general Mitre.

La primera colonia de Santa Fé se llamó *La Esperanza,* planteada por don Aaron Castellanos, la que fué expropiada por el gobierno del Paraná para atenderla con mayores recursos. Esa colonia, ciudad rica y flore-

ciente hoy, fué el primer paso en la ancha vía de poblar el país por la inmigracion.

Ahora mismo, la inauguracion de la primera seccion hasta Candelaria, de la ferro-vía del Oeste Santafecino, es la más evidente prueba de lo que ha crecido la poblacion y de cuánto ha aumentado la riqueza.

Don Cárlos Casado, cuya actividad justifica su fortuna, actual empresario de la construccion de esa nueva vía férrea, es un ejemplo de lo que puede la inteligencia bien dirijida. En catorce meses ha construido 75 kilómetros de ferro-vía, cuando ni aún estaban hechos los estudios de la traza. Esta actividad es digna de un pueblo viril, que llama, atrae y funde en su sociabilidad, los ricos elementos que están ayudando á la gran transformacion económica.

Durante este breve tiempo, empresarios, ingenieros y personal ocupado en la construccion de esta vía, han hecho verdaderos

prodigios. A tal extremo se llevó esta actividad, que se construyó un kilómetro por dia, en los últimos tiempos.

¡Compárese este esfuerzo titánico con la vida y con los elementos de hace treinta años! Entónces hubiera sido un desvarío predecir que había de presenciarse este gran desarrollo industrial, esa lucha triunfante de la inteligencia con la naturaleza; el dominio del desierto por las ferro-vías y la poblacion agrícola haciendo maravillas en las leguas y leguas sembradas de cereales.

Así, pues, en esas colonias se ha hecho posible beber vino, buen vino europeo y no el horrible vinagrillo de hace treinta años. Todos los géneros, mercancías y producciones europeas se consumen en aquellas poblaciones, cuyos pobladores, enriquecidos muchos y en la holganza burguesa todos, hace posible satisfacer los gustos y consumir lo que se produce fuera.

El desierto salvaje va desapareciendo ante esta ola humana que avanza sin cesar, lo ocupa y lo transforma.

Aquí se oyen las lenguas extranjeras: el aleman, el francés, el italiano, y el gaucho inteligente, nacido ya en aquel *medium* y en contacto diario con los nuevos pobladores, habla aquellas lenguas, tiene los gustos y los usos que ha aprendido por el ejemplo, y se mezcla por el matrimonio á las familias extranjeras. Es una época de transicion. Todo marcha con vertiginosa celeridad y cada cual quiere apropiarse la tierra para cultivarla.

El teniente general Roca, que no conoció el país de ahora treinta años, porque es muy jóven, pero que se educó en el colegio del Uruguay, es decir, al calor de las instituciones federales, desembarcaba en el Rosario con un séquito de ciento cincuenta personas para la inauguracion de la ferro-vía del

oeste santafecino; él vé como marcha el país bajo el impulso de su administracion. El general Victorica que ha sido testigo ocular de esta gran evolucion de treinta años, podría decirle en presencia de este movimiento extraordinario, cuál fué el modesto punto de partida. El gozaba, como otros tantos de su tiempo, porque han sido factores del progreso actual, contribuyendo á radicar la Constitucion de 1853, reformada ligeramente despues y todavía vigente.

El presidente desembarcó en el muelle, primer hecho tangible de que el pais había entrado en las vías de la vida moderna, facilitando el embarque y desembarque, el tráfico. Antes no se conocía la obra del hombre, no había muelles, y la naturaleza inculta era la que brindaba, por el dulce clima y la feracidad, á los trabajadores del mundo entero, acogiéndoles como hermanos.

El domingo inmediato todas las calles de

la ciudad del Rosario, y sobre todo las del sud-este, en las inmediaciones de la estacion de la nueva ferro-vía, ofrecían un hermosísimo espectáculo. El gentío era inmenso, la estacion estaba embanderada, y el tren con sus seis wagones de primera y ocho descubiertos, todos adornados con banderas esperaba la señal para partir.

Partió al fin y llegó á Villa Casilda, allí tuvo lugar la ceremonia oficial, y los que hemos asistido á esta fiesta no la olvidaremos nunca, En ese sitio, hace poco, dominio del indio. se había improvisado un galpon y en tres mesas paralelas, se sentaban los convidados, para celebrar este triunfo de la civilizacion sobre el atraso.

Tuve el placer de estrechar la mano de viejos amigos, y de beber con el general Victorica, que se hallaba satisfecho y entusiasmado.

El presidente Roca que ha sabido convertir

sus promesas en hechos, hizo presente que pronto la ciudad del Rosario contaría con los muelles necesarios para necesidades de su antiguo comercio.

Pero no es solo bajo el aspecto material que me complazco en reconocer la transformacion que han sufrido las provincias, su desarrollo intelectual ha seguido los mismos rumbos.

Como un prueba, y concretándome en este momento á la ciudad del Rosario, recuerdo los *Juegos Florales*, en esas fiestas.

Espléndido espectáculo fué aquel. La simpática señorita Casilda Casado mereció ser elegida reina del torneo incruento, y colocada bajo el rojo docel, entregó la simbólica rosa al vencedor en la lid, el jóven salteño don Joaquin Castellanos. No tengo espacio para dar noticia de todas las composiciones premiadas; pero recuerdo el hecho, porque él prueba que se cultivan y se honran las bellas letras.

Mientras esta fiesta pacífica y honrosa tenía lugar, el presidente y el general Victorica seguían viage, el primero hácia Tucuman y el segundo para quedarse en la Villa María y tomar la ferro-vía del Andino hasta Rio IV, donde debía asistir á la inauguracion de la fábrica de pólvora.

Esta fábrica construida bajo la direccion del ingeniero Carulla, está montada con todos los perfeccionamientos de la ciencia: la maquinaria y todos los aparatos han sido expresamente construidos para este establecimiento, tomando como modelo la fábrica real de Inglaterra.

El ingeniero Carulla dijo en aquel acto:

« Ruego á Dios que los productos de esta fábrica, sirvan siempre para el fomento de nuestra industria, para dar fuerza á las armas del ejército contra la barbarie y para el sostenimiento del honor nacional. »

El general Victorica ha dicho:

«... Se acaba de recordar que en estos lugares donde ha sido dado fundar el primer establecimiento militar digno del progreso que ha alcanzado la República, era ayer no más cruzado por el salvage que iba á amenazar con su chusa nuestras poblaciones empobrecidas y amedrentadas....»

Todos atestiguan este progreso, y queda así bien establecido que, solo bajo el régimen constitucional los pueblos se enriquecen, porque el trabajo no es posible donde no hay garantías civiles y políticas.

Yo asistía extasiado á tales fiestas; me mezclaba entre la concurrencia en virtud de la amable invitacion del señor Casado: me creía trasportado á otra region, cuando por un esfuerzo de mi memoria reproducía lo que era el Rosario hace treinta años, lo que eran las campañas de Santa Fé y Córdoba. Hubiera querido una voz estentórea para decir á aquella multitud, de dónde había partido al en-

trar bajo el régimen de la constitucion nacional, y á donde podrá irse treinta años más tarde.

La Pampa ha perdido su agreste soledad: las poblaciones se escalonan á los costados del gran central; y las ferro-vías que ponen en comunicacion las provincias entre sí y el litoral, es decir, el exterior, han impreso un movimiento relativamente activísimo en las transacciones comerciales, creando nuevas fuentes de riqueza, desenvolviendo los gérmenes que existían en embrion hace treinta años, como los ingenios de azúcar.

Los viñedos se aumentan en las provincias al pié de los Andes, y los vinos de Cordero empiezan á llevarse al litoral. Esto es todavía embrionario, necesitan mayores elemenmentos, grandes bodegas y vino estacionado.

Se vé, sin esfuerzo alguno, cómo el país ganadero se transforma en agrícola. Tucuman lo es ya. Santiago lo sería, en ciertos

departamentos, si tuviera agua y riego. Salta hace la misma evolucion. Nada digo de Cuyo, que lo fué siempre.

La ferro-vía del norte se prolonga, pero error grave fuera no ligar á la ciudad del valle de Lerma con esta arteria poderosa; llegará á Jujuy, y cuando toque el límite de Bolivia se habrá hecho una obra de consolidacion material, de unidad y de centralizacion de fuerzas.

De manera que, no son únicamente las mejoras realizadas, los beneficios que reducidos á números muestran como ha progresado el país, sinó más todavía, que se hace cuanto esfuerzo es humanamente posible para dar mayor vigor á este progreso. Es una elaboracion ciclópea, digna de un gobierno previsor y de un pueblo viril, que ha terminado la evolucion de sus luchas internas, y ahora ha emprendido con el mismo fuego la lucha por el trabajo.

Treinta años han bastado para dar otra vida á toda la nacion.

La conquista de la Patagonia para el trabajo, la desaparicion del indio como elemento de barbarie, es un hecho culminantísimo en los anales argentinos. La futura campaña al Chaco y el sometimiento de las indiadas que allí habitan, coronará los grandes trabajos para dar á la nacion una vida vigorosa y digna de su destino.

Para encontrarse satisfecho por la marcha realizada en las escabrosas sendas de la vida de un pueblo, es necesario recordar el punto de partida, y comparar el pasado y la actualidad. La juventud que ha nacido bajo la Constitucion Nacional, no se da cuenta de lo que se ha andado, y olvída que los grandes lineamientos de las montañas carecen de grandiosidad si falta la perspectiva. Allí y aquí, y más allá y acullá, se estravían á veces en las rencillas envidiosas, calumniando

hombres y cosas, ora por interés de bando, ora por antipatías personales y olvidan que la armonía del conjunto es la que forma la patria, que no es grande jamás para los calumniadores.

Córdoba, Diciembre de 1883.

MI TIERRA

LAS CAMPAÑAS Y LAS CIUDADES

(LA VIDA EN LAS PROVINCIAS)

Cuando era jóven, me forzaron á abandonar los paises montañosos del interior, la sierra de Córdoba, que amaba con esa atraccion profunda de los que han contemplado con admiracion los contrastes del valle y de las cumbres, del bosque umbrío y del erial arenoso, de las quebradas floridas y de las cimas ele-

vadas, y desde cuyas comarcas mediterráneas no se alcanza á conocer, ni puede concebirse, el horizonte magestuoso del mar. De esta tierra, que yo llamaba mi tierra, porque entónces se decía : vengo de mi tierra, voy á mi tierra ; de aquí, en fin, me llevaron autoritariamente para que viese por vez primera ese espléndido Rio de la Plata, sobre todo visto desde la actual Capital de la Nacion. No me atrevería á decir ahora qué impresion me hiciera ese estuario inmenso, pero recuerdo que me parecía que el mundo era más grande, porque lo era tal vez el horizonte ante mis ojos.

En mi tierra, sobre todo cuando se habita la sierra, el horizonte lo forman los perfiles desiguales de las montañas, mientras que allí era el rio y el cielo lo que distinguía á lo lejos. Si ahora quisiera dar cuenta de aquella impresion, diría tal vez una inexactitud ; pero confieso que me encantó, me sedujo y

me atrajo aquel caudal de agua dulce, porque yo solo conocía entónces los rios de mi tierra; estos rios, qus se conocen por su número, cuyas márgenes estrechas encajonan el cauce profundo y de rápida corriente. Mientras que tenía delante de mí un rio estenso como el mar, más lejos el Océano, el exterior en fin; otras tierras extranjeras y el mundo con sus novedades seductoras.

Era en aquel tiempo un muchacho, salido apenas de la clase de menores de esta vieja y querida Universidad; mi traje olía al provinciano de aquella época, es decir, al interior de esos tiempos lejanos, cuando nunca se viajaba, porque ni había buenos caminos, ni eran seguros, ni fáciles los medios de locomocion, y se necesitaba plata, plata sellada que era la que corría entónces, y sellaban aquí mismo en Córdoba y en la Rioja. Ese metal no abundaba en las gavetas de los antepasados, que guardaban las onzas de

oro en botijuelas de barro, cuando tenían que guardar, y el crédito era cosa de que nadie ó pocos usaban.

Las tierras en mi tierra valían poco, y las casas en mi tierra valían menos; pero todos los criollos tenían tierras y casa: las unas para la labranza y la ganadería, aunque solo se tuviesen cabras; la otra, grande, cómoda y de teja, para que viviesen padres é hijos, tribu organizada bajo el santo patriarcado de los buenos abuelos. Aquí, eran hacendosas las mujeres en las familias honestas y burguesas, y como los muchachos vestían únicamente con camisa, criaban muchachos que era una bendicion del cielo, segun decían aquellos pobres ancianos. Los patios de esas casas eran grandes, las puertas tambien grandes; los naranjos viejos y cargados de azahares olorosos, las diamelas fragantes y el blanco jazmin, perfumaban aquellas sombras amigas de los muchachos... Aquí, bajo

los añosos árboles, de las higueras, de los manzanos, jugabamos los primos con los primos de nuestros primos; y esas legiones de muchachos, alegres, descalzos y frecuentemente súcia la cara y despeinado el pelo, como en una especie de Eden que habitaban los inocentes, los niños...

Todavía conocí algunos negros esclavos, hombres y mujeres, que hacían parte de la familia de los amos, y los esclavos chicos jugaban con los amitos pequeños. La igualdad era evidente: esos esclavos tuteaban á los niños, que habían visto nacer, y la esclava les había servido de nodriza, de *ama* como se le llamaba. ¿Qué esperiencia podría tener yo, cuando salía de aquel hogar, sin preocupaciones, de estos claustros de la Universidad, donde estaban mis coetáneos con las mismas ilusiones, la misma ingenuidad, para ir á esa ciudad que gobernaba don Juan Manuel Rosas?

Tenía el corazon franco y abierto; y como si fuese un daguerreotipo, se había grabado en él la imágen de una prima, que corría tambien con los primos. Eran tan bellos sus grandes ojos negros, su tez fresca y sonrosada, su cabello castaño y abundoso y suave, y que el viento levantaba como si fuese un velo de seda... Marchaba entristecido porque la dejaba, y no sabía qué misterioso vínculo me atraía hácia aquella criatura dulce, cuyo afecto me dejaba tímido y casto, como si estuviese arrodillado ante la imágen de María, que guardaba mi pobre madre. Despues he aprendido que ese sentimiento es amor. No lo sabía entónces.

No tenía voluntad propia; querían que fuese médico y querían que lo fuese pronto. De manera que concluidos mis estudios preparatorios, aprovecharon la salida de la primera tropa de carretas para esa, y pronto con mis *petacas* de cuero, me enviaron á Buenos

Aires, que era donde se hacían médicos. Querían que los Galvez tuviesen un médico, como tenían frailes y clérigos. El más empeñoso era mi tío el cura de San Pedro. Yo como si fuese una cosa, inconsulto y forzado, emprendí el lento viaje en carretas tiradas por bueyes.

Cuando he vuelto, la vieja casa está en ruinas! ya no hay flores en la huerta, donde crece la maciega y las yerbas silvestres. No he encontrado á ninguno de los de mi tiempo los esclavos como los amos, yacen en la tierra. Mi prima, mi dulce prima, murió de tristeza....

He vuelto muchos años despues, y solo las campanas tienen el mismo tañido que les oí de niño cuando llamaban para orar, ya fuese en las primeras horas de la mañana, ya en las postrimeras de la tarde, al toque de oraciones. En esto la costumbre no ha cambiado; esas voces de bronce fueron las únicas que

oí de viejo con el mismo timbre que cuando era niño. Yo no fuí sordo á aquel llamado, que me traía un mundo de recuerdos...

Una vez en Buenos Aires, el apoderado de mi familia, que ignoro si fué don Manuel Ocampo, don Amancio Alcorta, ó el señor Escuti, de cuyas manos recuerdo haber recibido en su escritorio de la calle de la Piedad, cierta pension que me enviaba mi tio el cura; el apoderado, quiso que en ciertas ocasiones fuese á una estancia para fortificar mi pobre cuerpo, enflaquecido por las tareas, y es por ello que conocí la campaña porteña y las estancias de allí, que eran diferentes de las de la sierra de aquí.

Entónces había muchas estancias embargadas, como propiedad de los « salvajes unitarios », y los ganados de esas estancias ni se marcaban las crias, ni se apartaban. De manera que esos ganados alzados como se les llamaba, eran verdaderos animales sal-

vajes, sobre todo el ganado vacuno y yeguarizo. Recuerdo haber visto enormes toros, cuyo cogote era imponente por el aspecto de fuerza y de bravura: eran los toros viejos. Esos ganados se reproducirían en libertad salvaje, porque la autoridad, el juez de paz ó el alcalde, no permitía los apartes, es decir, separar el ganado ajeno de las estancias vecinas, y vice-versa.

En tal situacion, la propiedad rural no gozaba de verdaderas garantías. Poco provecho tenía el que recogía sus haciendas y «parabael rodeo», si sus ganados podían mezclarse con los del campo embargado. De manera que, el pobre hacendado no podía mejorar su situacion, ni hacer marcaciones completas, en aquellas famosas yerras.

En ese tiempo el gaucho usaba todavía botas de potro, chiripá, poncho, tirador, espuelas grandes y recado ó apero.

Los irlandeses que comenzaban á hacerse

pastores, se dedicaban al cuidado de las majadas, y conservaban el traje de su país, y á veces no eran ejemplo de limpieza, si bien lo eran de economía excesiva. Andando el tiempo se han enriquecido, y sus propiedades rurales como el número de pobladores, han aumentado considerablemente. El padre Taby en un tiempo y el canónigo Dillon ahora fueron verdadera potencia sobre esa poblacion.

Las yeguadas alzadas eran tan numerosas que se hacían tropas para beneficiarlas en los saladeros y utilizar el cuero, la grasa y los huesos. La cría caballar había decaido en calidad; no se cruzaban ni mejoraban las razas, porque cuando había requisicion, las caballadas de los particulares se convertían en caballadas de Estado, cortándoles una oreja, refrenándolas. Nadie podía reclamar contra esas tropelías.

La frontera era insegura, los indios inva-

dían y robaban, incendiaban poblaciones y arreaban las haciendas, alentados por el mercado de Chile donde compraban lo robado.

El pobre gaucho vivía en su rancho de paja, no plantaba ni un árbol, ni cultivaba la tierra, no se vinculaba á su poblacioncita, porque si había necesidad de soldados el alcalde lo llevaría en el contingente del partido. ¿Qué podía exijirse del pobre paisano, del criollo condenado á ser siervo del alcalde, del juez de paz, del comandante? A veces, montaba en sus caballos y ganaba el desierto en ódio á aquellos que le hacían imposible la vida de familia y el trabajo honesto.

De modo que, un país exclusivamente ganadero, carecía de toda garantía en las campañas y la única fuente de riqueza se hallaba en deplorable situacion.

El gaucho comía carne en abundancia, pues se daba de balde, cuando se pedía; era exclusivamente carnívoro.

El mate era la bebida general y popular. El cigarrillo negro de tabaco del Brasil, ó el cigarrillo cordobés, tucumano ó correntino, era general. No fumaban en pipa sinó los vascos. Se consumía vino español, especialmente el tinto catalan.

Pues bien, apenas se ha garantido la propiedad rural, se ha transformado la campaña: usos, gustos y costumbres han cambiado.

Ahora el vino carlon ha sido reemplazado por el vino francés. El café y el té hacen competencia al mate, y el cigarrillo negro ha sido reemplazado por el tabaco colorado picado. Se bebe cerveza en abundancia.

Ya no se dá de balde la carne, se utilizan y venden hasta los huesos, se siembran verduras y se comen papas, batatas, porotos, arroz, legumbres de toda especie y frutas. El zapallo, el melon, la sandía, se han generalizado, y el gaucho ha dejado de ser exclusivamente carnívoro.

El gaucho ya no calza bota de potro, sinó bota fuerte ó la alpargata introducida y generalizada por los vascos. El calzado de género se ha generalizado. El chiripá pasa ya de moda, se lleva ahora el pantalon ancho, y desde el traje, la comida, los gustos y las costumbres rurales se han transformado y se mejoran.

En esas campañas no había arboledas, sinó rarísimas agrupaciones de paraisos, de álamos y algunas quintas de árboles frutales en algunas estancias ricas. Ahora se han sembrado millones de eucaliptus, que se utilizan para madera, para postes, para techos de rancho y las ramas para combustible.

Antiguamente cada vez que se mudaba el corral de las ovejas, el estiércol que depositaban se cortaba en panes cuadrilongos y se secaba al sol, y ese era el combustible junto con el cardo seco de Castilla, que se reunía y ataba en haces, y se vendía para el fuego.

Ese estiércol en la actualidad servirá de abono para las tierras cultivables, puesto que hay otra leña más barata.

Cruzada la campaña por ferro-vías; estudiadas nuevas líneas, concedidas unas, proyectadas otras, dentro de poco todo será transportado por estas vías; los productos tendrán más fácil salida y las mercaderías extranjeras estarán al alcance del consumidor más pronto y con menos costo.

La carreta de bueyes fué sostituida por el carro tirado por caballos, y al presente son las ferro-vías las que reemplazan á los primitivos medios de transporte.

No hace mucho que los indios cercaban las tropas del señor Mitre en Sierra Chica, y hoy la colonia de Olavarria es una poblacion próspera, una colonia fundada durante el gobierno de don Cárlos Casares, siendo ministro de gobierno mi amigo el doctor Quesada; ahora mantiene comercio activo en el

Azul, donde se consumen sus trigos, que alimentan sus molinos.

Las canteras de esas sierras pudieran dar adoquines para las ciudades, piedras para las calzadas, como proporcionan en colores variados para frisos y otros usos de la edificacion urbana. Esas canteras han asumido ya una importancia industrial que solo necesita flete barato para su mayor desenvolvimiento.

La vieja frontera no existe ya. El Azul es una villa ó ciudad comercial importante. Los indios desaparecieron y las nuevas poblaciones avanzan sobre lo que era el desierto, sobre esas interminables llanuras, y llegarán á las riberas del Rio Negro, navegado ya. El telégrafo une los puntos militares de aquellos lugares remotos y la gobernacion de la Patagonia es la mejor prueba que la barbarie fué vencida.

La tierra valdía no existe ya: primero la

especulacion, despues las necesidades agrícolas, el hecho es que se vá poblando y haciéndola productiva.

En todos los centros de poblacion, villas, pueblos, aldeas ó ciudades de la campaña, se publican periódicos ó diarios, y eso significa que hay lectores, y donde hay lectores hay necesidades intelectuales que prueban cultura. De manera que la campaña se ha transformado material é intelectualmente.

En efecto, los alambrados son un verdadero progreso, porque esos cercos evitan que los ganados se mezclen, hacen posible la siembra y por eso se ven ya alfalfares. La ganadería ha dejado de ser salvaje, ahora se cruzan las razas, se mejoran las crías caballar, lanar y porcina.

Más todavía: la «Escuela Agronómica», la «Casa de Monta» y la «Escuela Veterinaria», establecidas en Santa Catalina, demuestran que la ciencia vá á ocupar su lugar, y que la

ganadería dejará de ser la cría salvaje y á campo abierto de los ganados. Los pastores antiguos ceden su puesto á la ciencia que invade. La fundacion de los *haras* en aquel establecimiento, sus edificios adecuados y especiales, el número de animales reproductores de las mejores razas, todo demuestra que la autoridad dá la debida importancia á la ganadería. Era una vergüenza que en la República no hubiera una Escuela de Veterinaria, pues el subido precio de ciertos animales hace indispensable su cuidado. Esa necesidad está llenada. Un país ganadero necesitaba de este establecimiento, que fué iniciado bajo los auspicios, segun entiendo, de la « Sociedad Rural Argentina », fué abandonado luego por la escasez de recursos, y ahora ha tomado un impulso importante, que supongo es el comienzo del período de un progreso sólido.

Ya que he hablado de la « Sociedad Rural

Argentina», no puedo dejar de elogiar su creacion y la utilidad de sus *Anales*, que debieran generalizarse como lectura útil en las campañas. A ese impulso, á esa fuerza colectiva poderosa, se deben las exposiciones rurales, y por todos estos medios, la mejora y la transformacion del ganadero, su bienestar presente y la certidumbre de sus riquezas futuras.

No he tenido ocasion de conocer al señor don Eduardo Olivera, á quien el país debe el desenvolvimiento científico agrario, por sus estudios, por sus escritos, por su asídua y constante labor, como iniciador de la Sociedad Rural, de la escuela de Santa Catalina y presidente de la Exposicion Nacional en Córdoba. He visto su retrato, he deseado cumplimentarlo; pero cuando he invitado á sus amigos, no le he podido encontrar. Injusto fuera si ahora, que por incidente me ocupo de la transformacion de las campañas, olvi-

dase su nombre, que no quedará en el olvido de la posteridad. Sé que él me cree un ser imaginario, sea! Pero al menos quede escrito por mi mano, lo que pienso sobre su personalidad.

En esas campañas porteñas hay verdaderas ciudades importantes, que sería largo enumerar, pero Chascomús, Mercedes, San Nicolás, el Azul, Dolores y tantas otras, son centros de riqueza y de comercio: líneas férreas las unen con la Capital de la Nacion, y el contacto diario con el exterior, hace que su sociedad, sea verdaderamente culta.

Bahía Blanca, puerto marítimo del Sud, tiene su muelle y pronto la ferro-vía del Sud llegará á esa ciudad. Se proyectan otras vías férreas, que pongan las provincias de Cuyo más cerca de las orillas del mar. El Sur siente agitarse sus antiguas soledades por el silbato de las locomotoras, por el pico, la azada y la pala del trabajador que terraplena la vía so-

bre la cual se asientan los durmientes y luego se colocan los rieles, para que sobre ellos vuele la locomotora arrastrando una série de wagones. El Sud de la República nace á la vida culta, para atraer nuevos pobladores á los desiertos que ocuparon las indiadas nómades, antes de la expedicion del general Roca.

Las expediciones del general Villegas, el estudio de la fauna y la flora, los planos levantados, las memorias publicadas, todo hace creer que hácia allí tienda la poblacion nueva la gran colonizacion futura. Las faldas de la Cordillera, los valles, los lagos, todo es pintoresco y fértil y brinda al agricultor con sus frutos generosos. Los puestos militares, los telégrafos, la navegacion á vapor en el Rio Negro, todos son nuevos y poderosos elementos que converjen al fin comun: poblar esos desiertos.

Ya no se verán los tejidos de los indios,

los ponchos, las fajas, los *quillangos*, las pieles curtidas, los artefactos rudimentarios de los aborígenes, sinó como objetos curiosos, fuera tal vez del comercio. La Pampa donde se corría el avestruz silvestre y donde los gauchos hacían las grandes boleadas, son ahora propiedades privadas, nuevas estancias para la cría de ganados. Y á medida que la campaña sea cruzada por vías férreas, la agricultura reemplazará á la ganadería.

De modo que la campaña de Buenos Aires que fué la primera que visité, despues de haber atravezado las de Córdoba y Santa-Fé ha iniciado una profunda y radical transformacion. Y tan profunda es que ya se siente la necesidad de abrir canales, ya para dar salida á las aguas pluviales, ya para utilizarlas en el riego y ya como una vía barata de transportes. La ciencia completará el dominio del hombre sobre la naturaleza inculta.

¡Qué diferente era entónces la campaña de

mi tierra y la campaña de la tierra de los porteños! En la primera la sierra y los bosques daban al paisage diversidad de perspectivas, su flora y su fauna no eran la misma de aquellas llanuras, donde la rarefaccion del aire presentaba mirajes fantásticos en esas pampas que ora parecían inmensas lagunas lejanas reverberando la luz solar, ora siluetas azules de montañas de nubes, asemejando hermosas montañas en realidad, ó ciudades blancas con cúpulas de plata y torres de bruñido metal. Estos fenómenos eran tan frecuentes que no sorprendían ni admiraban sinó al que recorría la Pampa por vez primera; pues ahora ya no se reproducen con facilidad. Los arbolados y la condensacion de lo poblado, hace difícil que se produzca ese efecto de la óptica y la luz.

La llanura lijeramente ondulada de esas campañas, termina en los médanos de arena antes de llegar á las orillas del mar en las

costas del sur, y esa llanura inmensa, cruzada por algunos rios como el Salado, por arroyos, por lagunas como las Encadenadas y la de Chascomús, tiene solo la sierra del Volcan, del Tandil con su piedra movediza, pero no se veía el bosque vírgen, umbroso é imponente de las campañas del interior; era una planicie monótona y triste, pero tenía la grandiosidad de la igualdad.

¿Y qué decir de Santa Fé? Lo he dicho antes; en no sé que parte de estos apuntes, que pudieran ser memorias de mi tiempo, si no fueran simples narraciones sin método ni lógica. La campaña de Santa Fé treinta años antes, era erial y solitaria en la parte del sud, en los lindes con Buenos Aires y parte de Córdoba; pero cuando la he vuelto á ver ahora, aquello era diverso: poblaciones, villas, ciudades, cortijos, setos, setos vivos, arboledas pintorezcas y las leguas y leguas de los trigos espigados, que el viento mecía como si agitase

aquella onda suave de verdura: todo era europeo. La poblacion laboriosa, la forma de los carros rurales, el aspecto de las mujeres, sus tipos y sus trajes diferentes, hablando en lenguas distintas, me pareció que era un cuadro singular, que el mundo europeo se había derramado en estas campañas; pero el campesino labriego aquí, no es burdo, el cretino de ciertos parajes de la Europa, donde se ven cuidar hasta los ganzos por mujeres, que podrían ser todo, menos la ideal criatura que se adora y ama en América.

El viejo gaucho, altivo y guerrero, va quedando como leyenda del pasado, y ahora convertido en agricultor fuerte, viril y tranquilo, funda su familia y vive en su hogar. Conserva la misma tradicion altiva de la patria, pero ha nacido ya bajo el imperio de la Constitucion, y tiene la conciencia de su derecho escrito.

No pretendo ciertamente que se ha llegado

al mejor de los mundos posibles, sinó que comparando el tiempo transcurrido, no puedo negar la evidencia, y quiero y necesito reconocer y decirlo, el país entero ha hecho progresos visibles...

En uno de mis viajes, allá en las lejanías del pasado, cuando me concedían el permiso de volver á mi tierra durante las vacaciones, los tres largos meses en que los pocos profesores no iban al más pobre Hospital de Hombres en esa Capital; en uno de esos tiempos de holganza, en que fuí provisto de más recursos, me ocurrió visitar para conocerla, la ciudad de Santa Fé de la Vera Cruz. Remonté el Paraná en una goleta de vela, viaje pintorezco es verdad, pero lento porque era aguas arriba, es decir, contra la corriente. La falta de viento, obligaba á anclar y en esos dias de calma, en los cuales el rio está tranquilo como un lago azul por el reflejo azul del cielo, sus

islas, bañadas por las aguas, invitan á reposar á la sombra de sus bosquecillos, de los ceibos de flores rojas y de enredaderas de múltiples colores, de sauces verdes y de tantos otros árboles ; pero esas soledades se hallan defendidas por millones de millones de mosquitos, de jejenes, de tábanos y mil insectos zumbadores, cuyas trompas finas hacen un ruido penetrante que termina por irritar el sistema nervioso, al dejar la piel irritada por las ronchas é hinchazon de sus picaduras.

¡Y qué decir de aquellas asquerosas legiones de moscas, que terminan por dejar paralizados de dolor los brazos para espantarlas con el pañuelo ó con un haz de ramas, para que no se peguen al rostro ó á las manos? Esta lucha es singular: en ella el número de los pequeños termina por anonadar al rey de la creacion, que no encuentra contra quien combatir, porque las legiones se abren y el haz de ramas pasa por el vacío, y

se vuelve á unir á la legion, y su lucha no cesa, sinó cuando se mete dentro del mosquitero, vencido por las moscas !...

Italianos eran los que tripulaban la goleta, de esos que nacen al amparo de las leyes de la República, en su territorio, allí en el Riachuelo y en la Boca y en Barracas; pero que viven sin asistir á la escuela que costea el Estado, y sin aprender otro idioma que el de sus padres, cuyos dialectos oyen entre sí, en la familia, entre los compañeros y hasta en el cura; de esos, en una palabra, que por evitar el enrolamiento aquí, prefieren ser italianos de la patria de sus padres. Mientras tanto, allá no serían jamás sinó burgueses de cordel, y en la República han podido penetrar ya hasta en la legislatura y en los municipios. La tierra en que nacieron aquí los atrae, y solo ingratos pueden olvidar este país, que les abre las puertas como á hermanos.

La goleta era pequeña. La cámara era para

la tripulacion, porque no transportaban pasageros, no era su negocio. El patron quería solo cargas y todas las comodidades eran para dar mayor espacio para ella, que ponía á veces hasta sobre la cubierta. Dije que no había en ese tiempo líneas de vapores, y por lo tanto era preciso optar entre la tropa de carretas de bueyes ó la navegacion á vela en un pequeño buque. Opté por el viaje por agua, era nuevo para mí, y algo de poético me imaginé que debía ser el remontar el Paraná en esas embarcaciones.

En efecto, espléndida encontré la navegacion, las márgenes del rio, las verdes islas, y yo que estaba saturado de la vida de las montañas y de los paisajes de la sierra, la vista del Paraná magestuoso y sus rápidas corrientes, la incesante variedad dentro, en tanto, de cierta uniformidad en el escenario, me embelesaba, lo confieso francamente.

Para mí había en ello un contraste muy

marcado entre la carreta tirada por yuntas de bueyes, la carreta tucumana, la de pesadas ruedas, altas, sólidas dirijida por la larga tacuara, para aguijonear los bueyes por el tropero echado en la carreta misma, bajo su techo de bóveda ; el capataz de chiripá, el peon que cuidaba la boyada, el dueño de la tropa, el muchacho que calentaba agua en las paradas, el asado hecho en el asador, á la llama y al viento, en medio de la Pampa, cuando la tropa hacía alto para comer y dormir, el agua potable conducida en los largos tinajones de barro cocido colocados en la parte posterior de cada carreta, el chillido que hacían los ejes al girar las enormes ruedas, y en una palabra, la agreste soledad de las campañas, del desierto; todo, todo era diferente á las escenas y á la vida de la navegacion. En la goleta, los marineros, el patron, los perros, la comida, hasta el idioma, era completamente distinto ; todo era nuevo para mí, de modo

que entre el reducido mundo de la tropa de carretas y el de la goleta, preferí este para mi viaje.

Bien es verdad que, á pesar que el rio Paraná tiene tantas islas, que las barrancas de Buenos Aires y Santa Fé, y las de Entre Rios y de Corrientes, y el Chaco en fin, todo está al parecer cerca, pues se huele el aire oxigenado por la vegetacion; sin embargo, si un turbion tumbase la goleta, me decía en mi ignorante preocupacion, las corrientes me llevarían de remanso en remanso hasta echar mi cadáver á la orilla, si no lo comen los peces. Mientras que, en tierra, podría andar en el campo, pero perdiéndome en las llanuras solitarias, tampoco tendría salvacion. Formas fantásticas tomaban los peligros de mi viaje, y mi imaginacion les daba proporciones colosales, me parecía que tenía algo de grande lo desconocido; y tomé, por no sé cuantos pesos, mi pasage, sin ningun documento escrito. Recuerdo

que el patron vivía en la calle Bolivar, cerca de la Residencia, de mi barrio de estudiante.

La comida italianizada de la goleta la hallé sabrosa, pues el agua del gran rio me dió buen apetito. En los dias de las grandes calmas, los marineros se entretenían en pescar, y luego sazonaban aquellos peces de una manera deliciosa.

Cierto es que la galleta era dura, no para el diente de aquella tripulacion, capaz de triturar el fierro; pero nunca faltó el caldo con verduras, y en él empapaba mi racion de galletas. Frecuentemente el patron concedía permiso, cuando estabamos amarrados á una isla, para que dos marineros fuesen á cazar, y en el bote, con la escopeta y dos perros, pero con tiempo determinado, emprendían la escursion. Nunca quise acompañarlos. El sol era abrasador, pues preciso es recordar que las vacaciones son en el verano. Volvían casi siempre con patos, y

recuerdo que una vez trajeron un *carpincho*, *capibara*, pero no lo comieron.

No recuerdo el número de dias que duró este viaje, porque dias y dias fueron de absoluta calma, ni las hojas de los sauces eran agitadas por las brisas, y el calor era verdaderamente tropical, á pesar de no hallarme en el trópico. El sol reflejando sobre el agua había tostado mi rostro, porque en ciertas horas la cámara era un horno, imposible de dormir allí, y por la noche cada cual armaba sobre cubierta su cama y su mosquitero. No lo hacía yo, porque era pasagero, y me servían los marineros, que parecían gente de buen corazon. Pero que contaban, por darme miedo, historias de tigres que habían trepado á las embarcaciones amarradas, y hecho una carnicería con los marineros dormidos. Me tranquilizaban luego, diciendo que los perros habían de dar la señal de peligro. Pero, metido en la embarcacion, cualquiera

que fuera mi miedo, no había escapatoria: me hice fatalista y dormía á pierna suelta ó encojida, que de ello no tengo recuerdo. Sé que me acostaba y levantaba como los marineros, en ese pequeño mundo todos eramos iguales, la diferencia estaba en la fuerza, y me sacaba el sombrero ante el vigor de los nervios de acero de aquellos navegantes de agua dulce.

Al fin llegamos al riacho de Santa Fé, y atando un largo cable al palo mayor, y prendiéndolo á la cincha de un caballo que caminaba á la orilla de la tierra, sirgaban la goleta que perezosamente se dejaba arrastrar.

La ciudad de Santa Fé de la Vera Cruz está situada en un bajo, y el sol que la baña parece que calienta con más fuerza aquel bajo. La vegetacion es vigorosa, y los naranjos de la quinta de los Pujatos dejan fácil acceso para andar en carruage bajo su verde techumbre.

Triste era en aquel tiempo el aspecto de la ciudad ; tenía esa calma, esa tranquilidad de una poblacion de escaso comercio, donde la pereza tiene su culto, y los haraganes abundan. Algunas embarcaciones menores estaban amarradas en el puerto, y en los contornos había un movimiento de pequeño comercio, mantenido é iniciado por italianos. Carbon y leña era el artículo de exportacion.

Las calles no estaban empedradas, y como el piso era arenoso, el sol calentaba la arena suelta lo suficiente para sentir el calor desagradable al atravesarlas. Los cercos de las propiedades urbanas eran de tápia, la mayor parte de las casas hechas con adobe crudo, y todo tenía así un color negruzco, triste y feo. Por encima de esas tápias salían las ramas de los naranjos. Las casas de adobe crudo eran á las vegadas revestidas de ladrillo cocido y revocadas y blanqueadas,

formando así manchas blancas en aquella ciudad de barro.

No era ese el aspecto de la plaza principal. Allí la iglesia Matriz, excelente edificio de tres naves, estaba revocado y blanqueado; la casa de Zaballa, con su recoba á la misma plaza; la que fué de Santa Coloma, que conservaba en ese tiempo las puertas pintadas de colorado, y otros muchos edificios, todos estaban blanqueados. Había árboles y asientos en la misma plaza, que si no era muy frecuentada, presentaba un aspecto limpio.

Solo la vetusta iglesia de la Merced, mostraba sus viejos muros de piedra y tápia, alternándose esos materiales heterogéneos, y el espesor desmesurado de los muros revelaba que buscaron en ella su solidez. Recorrí el patio de este convento, entónces sin frailes: sus corredores eran muy tristes, bajos, de tejas, y las celdas parecían sin luz. Visité la Biblioteca, de la que andando el

tiempo desaparecieron muchos libros sobre la historia antigua de América. No recuerdo quién cuidaba la iglesia, ni el abandonado convento, que visité llevado por el doctor Seguí, ó por el doctor D. Luciano Torrent, quien permanece todavía tal cual le conocí hace algo más de treinta años.

Los Iturraspe, sobre todo D. José, tenía varios negocios, y era muy amigo de mostrar su ciudad, hospitalario y franco, su mesa estaba abierta para sus amigos. La familia de Cullen, la de Crespo, la de Leiva, la de Iriondo, la de Zaballa, y tantas y tantas otras eran muy dables.

Allí conocí al general, á quien llamaban *mascarilla*. Visité los cuarteles y la casa de gobierno ; pero francamente noté ausencia de movimiento. Abundaban las iglesias, que en ese tiempo tal vez no estaban en proporcion con las escuelas.

En esa escursion por sus calles solitarias,

pero generalmente bien delineadas, observé que en el centro de la ciudad, en la parte más frecuentada y de comercio, abundaban los gallos de riña atados por una pata al poste cercano ó dentro de jaulas de madera colocadas en la misma calzada. Todos estos animales tenían desplumada la cabeza y el pezcuezo, parecían avezados á la riña, y no en vano era muy concurrido el reñidero. Ví que algunos los llevaban los galleros debajo del brazo y tapados con pañuelos; de modo que el gallo era un medio de ganar dinero, entreteniendo aquella multitud que no tenía otras diversiones.

No había teatro, y solo se daban algunos bailes.

En esta ciudad eran muy generales los naranjos, las diamelas y los jazmines blancos, de manera que en las primeras horas de la mañana, y en las postrimeras de la tarde el aire estaba perfumado.

Las antiguas familias patricias de Santa Fé son muy distinguidas y las damas hermosas: las niñas no lo eran menos. Yo fuí aficionado á mirar en la mejor obra de Dios, la mujer, sus perfecciones ideales, las lineas que forman la belleza de la estatuaria; pero eso era como conjunto; como detalle, lo que decidía siempre en mis impresiones, fueron los ojos negros ó los ojos azules, ó los pardos, ó los verdosos, pero los lindos ojos. Era un mozuelo sin esperiencia, ingénuamente creyente y cándido para suponer que por los ojos se podía ver los corazones. Recuerdo que ví algunos que hubiera deseado mirar con más tiempo y sin término fijo.

Hoy las propietarias están ya bajo el peso de los años, que ha osado no respetar ni el brillo de sus pupilas juveniles, ni el color del cabello, ni los blancos dientes; y como ruinas andantes muestran cuán efímera es la vanidad que la belleza enjendra. Recuerdo

algunas de las que eran niñas entónces, paréceme que pudiera fijar sus trazos más salientes; pero la pluma cae en presencia de la magestad de las ruinas. Me inclino y paso.

No estaba aún fundado el colegio que regentean ahora padres jesuitas. La iglesia que había sido de la Compañía tenía algunas particularidades características, como señales en la piedra detrás de una puerta, al lado de un altar, decían que había corredores ocultos y escaleras misteriosas, y la leyenda de tesoros ocultos cuando la expulsion de la órden por resolucion de Cárlos III. Ví algunos de esos signos, pero no se más.

El aspecto general de la ciudad de Santa Fé, hace más de treinta años, era el de una poblacion sin actividad, soñolienta y perezosa. No ví gentes en las calles, y solo las ví en misa los domingos.

He vuelto muchos años despues para en-

contrar á aquella ciudad en el camino del movimiento comercial activo. Las colonias vecinas le han inoculado nueva sangre, y en sus calles se ven carretas y carros de las formas características á la nacionalidad originaria de cada agrupacion de colonos. Allí abundan ahora las frutas y las legumbres, la buena leche y el sabroso queso, la manteca y las aves de corral.

El comercio empieza á ser activo, y cuando la draga haya limpiado el puerto y canalizado el Riacho, y se hayan terminado las obras de defensa que han sido mal ejecutadas, entónces por ese punto se embarcarán las mercaderías europeas.

La colonizacion ha transformado radicalmente á la antigua provincia de Santa Fé, célebre en la historia de la anarquía; hoy es la poblacion más cosmopolita, y se enriquece siempre, porque el trabajo acumulando economías, forma el capital de reserva. El bien-

estar es general, falta buena administracion. La juventud santafecina es ilustrada y ya cuenta con hombres notables en las letras, que son las armas más poderosas para el progreso social.

Sin embargo, todavía el aspecto de la ciudad fundada por don Juan de Garay, aquel célebre fundador de ciudades, verdadero colonizador en el pasado, aquella ciudad, decía, tiene aún el sello de la vieja ciudad colonial. Una ferro-vía que haga llegar con celeridad los productos agrícolas de sus colonias cercanas, la canalizacion del riacho y las obras del puerto, son los medios poderosos para que se despoje de la capa española con que aún se cubre, para tomar el sol sentada á la orilla de su rio ó en los poyos de la plaza.

La nueva vida ha penetrado ya en el Chaco, las colonias han rozado el bosque vírgen; la selva agreste ha sido sostituida por el trigo y y por el maíz, por el lino y por el maní. El

Gran Chaco vecino ha sido explorado por nuestros soldados, y sus indios están en vísperas de abandonar su secular domicilio.

La próxima campaña que organiza el general Victorica, ministro de la guerra, completará en el norte la obra civilizadora realizada ya en el sud, y la República habrá resuelto el problema que impedía su progreso tranquilo. De manera que los indios, dispersados, distribuidos y mezclados entre las poblaciones cristianas, cesan de ser un elemento de barbarie. La marcha de la nacion es así sólidamente desenvuelta, puesto que resueltas las cuestiones internas, unidas y ligadas las provincias entre sí por ferro-vías y telégrafos, la unidad nacional se ha consolidado robusta y vigorosamente.

Mi visita á Santa Fé, aprovechando la estacion propicia, me ha dejado satisfecho, con ese contento del patriotismo que admira la obra ajena, y por humildes que sean mis vo-

tos, los elevo porque tal situacion de progreso no sea cambiada.

La paz interior es garantía de la paz exterior, porque una nacion próspera no entra fácilmente en las peligrosas eventualidades de una guerra; que no puede buscar, porque no le conviene, y como no hay racional interés en los vecinos en perturbar este bienestar, que lo es tambien en los limítrofes, mi espíritu se serenaba al verme ya viejo, y lejos de los tiempos turbulentos de mi niñez y de mi juventud.

Despues de una rápida escursion por las colonias, volví al Rosario, embarcándome en los vapores de la carrera, porque quise asistir á las fiestas oficiales de la inauguracion de la nueva ferro-vía, de que ya he dado cuenta breve.

Córdoba, en cuya sierra vengo á buscar alivio á mis dolores y robustecer un físico enflaquecido, es hoy una ciudad con el movi-

miento y las ventajas de la vida moderna. Todo se encuentra aquí, y todavía se goza la antigua hospitalidad que fué el dulce halago de la vida del interior. Esa hospitalidad bondadosa jamás se encontró en la cosmopolita é improvisada ciudad de Buenos Aires, ni en el Paraná, ni en el Uruguay, ni en Gualeguaychú. Hijas del comercio han conservado en las costumbres el egoismo comercial: cada cual para sí y Dios para todos.

Córdoba, antigua y culta, ciudad llena de los humos aristocráticos de poseer Universidad y Catedral, cuajada de doctores vanidosos y de clérigos de campanillas, de cogotudos frailes y de monjas ricas, fué siempre jovial y ceremoniosa: el comercio no era la ambicion de las familias patricias. Esto parecía villano, burgués; lo aristocrático era la milicia togada.

Los viejos doctores, aquellos doctos de

otros tiempos, sabedores del derecho romano y del civil, canonistas y teólogos, exímios poseedores del latin y sabiendo de memoria los buenos clásicos; esos tipos graves, amigos de la tradicion aristocrática, porque decían que la democracia era poner las ollas en la sala y esta en las cocinas; estos viejos abogados, de baston de puño de oro, quedan solo en la leyenda.

Ahora son hombres de negocios, de conocimientos más variados, capaces de ser estadistas, preparados para tomar todas las carreras: escritores distinguidos muchos, oradores fecundos no pocos, jurisconsultos menos en número, todo ese grupo jóven, está en aptitud de satisfacer las necesidades de la vida moderna. No tienen la gravedad cómica del antiguo abogado.

Una reunion del claustro entre aquellos hombres del pasado merece convertirse en verdadero cuadro de costumbres. Las rencillas y

las disputas, las intrigas y aún las pasiones, eran sumamente borrascosas en la lucha de esas ambiciones pequeñas. Empezaba la ojeriza en la tertulia de mantilla, en las cofradías, en los entierros, en la misa que oían, y terminaba por no darse las buenas tardes; por hablar pestes los unos de los otros. Las familias formaban en este ó aquel bando, se enrolaban los frailes, hacían coro las monjas y muchachos y viejos estaban interesados en que el amor propio, la vanidad, el orgullo no fuese postergado ni ofendido.

El actual Rector de la Universidad, como los hombres del gobierno, no provocarán semejante conflicto. Esas ceremonias hijas de la tradicion, han perdido su importancia social; otras necesidades, otras exigencias, nuevos horizontes en la vida, han gastado al escenario colonial su viejo interés.

El doctor Guzman, hombre importante por su posicion social, su fortuna, sus antece-

dentes, sirve el Rectorado con la prudencia que le distingue, y su administracion tiene el sello de la dignidad de su carácter.

Le precedió en el puesto el doctor D. Manuel Lucero, el más fecundo conversador que he conocido, quien supo conquistarse el aprecio del claustro, fué popular entre los estudiantes, y su retrato conservado en el establecimiento, es la mejor prueba del aprecio que le profesaran.

Ya que buenos hados me habían traído á la tranquila Santa Fé, la colonial y antigua, quise hacer una excursion á la ciudad del otro lado, la que, por contraposicion, la situaron en la parte elevada de las barrancas, lejos de la orilla del rio, no sé si como estrategia ó como simplicidad. Garay buscó una bajo la orilla misma de un riacho, con una gran laguna hácia atrás, tan cerca de las aguas la situó, que estas amenazaron des-

truirla; mientras tanto los que fundaron el Paraná, huyeron de la orilla del rio, y se fueron á la barranca elevada. ¿Cuál tuvo mayor acierto? Es cuestion que no podría dilucidar, cito el hecho y no hago comentarios.

Resuelta la excursion me embarqué en los botes que hacían la carrera entre Santa Fé y el Paraguay. Allí estaban las muchachas santafecinas con sus canastas de naranjas, con las redondas cajas de dulce de leche, con una série de confituras con que surtían á los golosos empleados de la capital provisoria. Esas muchachas vivían de ese comercio, y diariamente iban y volvían. Las había de lindos dientes, de tez morena y de buenos ojos; las había feas, y tambien algunas viejas. Reían con la alegría ingénua de la edad juvenil, y sentado entre sus canastas hice la travesía hasta el puerto del Paraná.

Poco tiempo hacía, en aquella época, que

se había jurado la Constitucion de 1853, en la cual se señaló como capital de la República á la ciudad de Buenos Aires. Entónces los porteños no quisieron ni examinar, ni menos aceptar la Constitucion, y cuando la revisaron, andando los años, suprimieron el artículo que designaba la capital. Mientras tanto ahora la voluntad del Congreso de 1853 se ha cumplido, y esa ciudad, capital tradicional, es la capital de la República, y lo es con el contento general, pues no parece que les duela la acertada resolucion de los constituyentes de Santa Fé. No en vano dice el refran : *lo que va de ayer á hoy*. Basta de digresiones.

Desembarqué, pues, en la orilla entreriana. Sobre la barranca, hácia la izquierda, había una casilla blanqueada, con su asta bandera. Era la capitanía del puerto. El anciano Ballesteros, excelente caballero, desempeñaba el puesto de capitan del puerto, y el se-

ñor D. Demetrio Icart el de jefe de policía.

Comencé á subir el camino de la barranca. No se veía la poblacion, la ancha carretera estaba limitada á ambos lados por el seto vivo de las quintas ; no había calzadas, y el camino era polvoroso y malo. Si mi recuerdo no me extravía, creo que subí en alguna carretilla, y parado, bien agarrado para que los barquinazos no diesen con el cuerpo contra el piso, ó contra los otros pasajeros, así me parece que ascendí hasta la plaza llamada entónces de San Miguel.

La iglesia de este nombre está situada en la cumbre de una lomada, pero entónces solo se veían los muros laterales, y en el frontis la elevada ojiva de lo que sería la puerta principal. La plaza del mismo nombre, de piso irregular y declive, estaba cubierta de cicuta, planta que abunda en toda la ciudad, adorno de las calles no transitadas y de los sitios baldíos ; planta que huele

mal, pero de aspecto alegre por su verde. En esa plaza había ranchos en el costado más alto, y en la cuesta ó ladera que formaba el otro costado no había sinó setos vivos, y me parece que unas modestas casitas de material. Al lado de la iglesia estaba el campo, sin cultivo, con las yerbas silvestres y las tunas y enredaderas. La vista era muy hermosa. Se veía el rio, las barrancas altas y los valles estrechos; todo era verde; pero el monte era pobre y raquítico. Ningun árbol que impusiera por su tamaño; el espinillo de copa aplastada y de finísimas hojas parecía un parasol para abrigar del calor, los demás eran arbustos fragantes muchos pero bajos. No sé si el viento no deja crecer allí los grandes árboles, ó si estos fueron destruidos por el hombre que á veces solo tiene el poder de la destruccion. Tal cual era entónces, la vista era hermosísima, las tunas sucedían á las barrancas, y todo el terreno

era tan profundamente accidentado, que las perspectivas variaban y el paisaje era nuevo á cada vuelta del camino.

La calle de San Miguel cruzaba la que se llamaba del puerto, seguían las ondulaciones del terreno que era recto, bastante bien delineado. En los costados había casas de material, y avanzando algunas cuadras estaba la de Galan, y enfrente Otaño : tiendas y almacenes, confiterías y fondas, todo estaba allí y en las otras calles centrales.

Las calzadas eran de ladrillo, y aunque no había empedrado, las calles parecían algo cuidadas, al menos no se dejaba que la cicuta creciera. La edificacion urbana era bastante compacta, y entre casas y cercos de material, no recuerdo haber visto ranchos en esa calle ; pero abundaban en otras.

Aunque había sido capital de la provincia era una ciudad de poca importancia por su poblacion y su comercio. Allí residía á la sa-

zon el gobierno delegado cuando yo llegué.

La plaza mayor tenía algunos naranjos, no muy crecidos, y la matriz era una capilla sin mérito. En el interior se veía el maderamen del techo, en la parte no cubierta por chapas de lata pintadas. En esa capilla monseñor Marino Marini, delegado apostólico, consagró al obispo Segura, de quien fué secretario el célebre fraile fray Mamerto Esquiú, despues obispo de Córdoba.

La casa del gobierno de la provincia era de un solo piso, y en la calle lateral estaba el salon de sesiones de los diputados. Al lado de la iglesia la casa del cura, y en la esquina despues se edificó el Senado, y el general Urquiza hizo construir su casa-morada; y en fin la plaza se pobló de edificios de material.

En esa ciudad predominó el elemento español, pero nunca fué durante la colonia una villa importante, sinó una aglomeracion de pobladores. De ese orígen se resentía la so-

ciedad. Entre las familias más distinguidas citaré á las de Crespo, Nuñez, Puig, Alvarez, Carló, Comalera, Puente, Ortiz, Soler, y ya olvido tanto nombre, que me recuerdan distinguidas y muy lindas damas y señoritas. D. Esteban Rams y Rubert, rico entónces, era uno de los antiguos vecinos, ó no sé si conocido de la misma ciudad. Entónces ó poco despues, quería explorar el rio Salado para navegarlo, y en esas empresas gastó su energía y mucho de sus caudales.

En la calle paralela á la de San Miguel, la que si no me engaño, se llamaba 3 de Febrero tenía Guinden su herrería, su señora, la celebrada casa de huéspedes, de que alguna vez he hecho recuerdos. Allí vivían el doctor Victorica, el doctor Monguillot y el doctor Quesada.

A esta ciudad llegaban nuevos pobladores de todas las provincias, que venían á servir como empleados en las oficinas del gobierno

nacional. De Buenos Aires, de Córdoba, de Tucuman y de Salta, había muchos jóvenes empleados. Ya era secretario del Senado don Cárlos M. Saravia. En la época de las sesiones de las Cámaras, la ciudad tomaba una animacion excepcional, pero luego que se cerraban volvía á caer en la tristeza de siempre. Nada había que ver allí, de modo que, como curioso, pronto satisfice mi curiosidad y quedé espedito para volver á Santa Fé.

Cuando he visitado despues esta ciudad he notado su verdadero progreso. Los alrededores han sido colonizados, y esos agricultores no solo proveen con abundancia y baratura el mercado de la ciudad, sinó que pueden hacer sus economías y viven en la holganza y la comodidad relativa.

Cuando la visité por primera vez, el negocio especial eran las caleras, y afamada lo fué la llamada Cal dè la Bajada, que se consumía con estimacion en Buenos Aires. El

Departamento era exclusivamente ganadero.

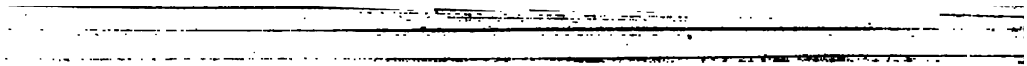
La residencia del gobierno nacional, durante la presidencia del capitan general Urquiza y lo que duró la del doctor don Santiago Derqui, dió un impulso al progreso, quedando definitivamente avecindadas muchas personas, entre otras, el doctor Malarin, cuyas casas he visto despues en la plaza Alvear, la antigua de San Miguel.

El camino del puerto es hoy un hermoso *boulevard* con su trenvía que hace fácil el transporte de pasageros, bien alumbrado por la noche y con sus arbolados laterales: la plaza de la iglesia ha sido terraplenada y hoy tiene árboles y flores.

Sin darme cuenta, veo amontonadas en mi mesa una série de carillas de papel, y en ellas garabateada en renglones iguales, la que ya supongo puede ser especie de memoria ó diario de quien, no sabiendo que hacer

á la hora de la siesta, escribe para no dormir, cumpliendo un compromiso con la redaccion de la *Nueva Revista*. Pero punto final por hoy.

Córdoba, 1° de Enero de 1884.



MI TIERRA

LAS CIUDADES DEL INTERIOR

Se ha dicho que escribir sobre las costumbres y los hábitos de una época pasada es conquistar el derecho de ser olvidado, y como yo no aspiro á conquistar, ni me dá un bledo de lo que la posteridad pudiera decir de un borroneador de papel; continúo ocupándome del pasado, sin el plan de Mesonero Romano, y sin la chispa de un verdadero escritor de costumbres.

Hace pocos dias que conversaba con el doctor Guzman, y le referia el empeño del doctor don Tomás Garzon, en que refiera cuál era el estado de los ciudades del interior, hace treinta años, porque suponía que era un dato de intéres, para poder apreciar los progresos que ha hecho la nacion.

—Ese estudio, le respondí, debía ser emprendido por un escritor tan culto y observador como el doctor don José María Garro; yo estoy con la salud muy quebrantada, y vivo en la sierra para gozar de su clima, que parece restablecer mis pulmones enfermos.

Y ¡cosa singular! aquella idea del doctor Garzon me ha preocupado durante las siestas, en las primeras horas de la noche, en una palabra, en las soledades de este retiro; y la persistencia de esa idea se ha convertido en una monomanía, en un deseo vehemente de referir mis recuerdos, sin recurrir á otras fuentes que á mi propia memoria. Esas no-

ticias no las encontraría ciertamente en ningun libro; podría servirme para completarlas de los periódicos ó diarios de la época, pero entónces ni todas las ciudades tenían diarios, ni yo tengo una biblioteca tan especial, y aquí no tengo mis pocos libros, ni los de mi tio Blas.

Me ocurrió la idea de consultar la biblioteca de la Universidad, y á pesar de que algo se ha hecho, de que la estantería es nueva, la coleccion de libros es pobre, incompleta y formada sin plan. Es una modesta coleccion de libros viejos; allí falta el espíritu nuevo, el movimiento de la ciencia actual, las revistas europeas y norte-americanas, las publicaciones técnicas para que los estudiantes aprovechen su tiempo. Se diría que, si es pobre en libros modernos y publicaciones periódicas, podría ser un archivo, un repertorio para conservar los libros nacionales; algo como se pensó hacer en la Biblioteca Pú-

blica de Buenos Aires, y contra lo que se ha levantado con lijereza, el espíritu enfermo del buen viejo general Sarmiento.

Esa monomanía contra las grandes bibliotecas es simple enfermedad de viejos, que ya no tienen tiempo de aprovechar los libros, y que creen que los que llegan á sus manos se les puede asesinar con las tijeras, cortando los pedazos que se quieren reproducir: ese es el instinto semi-bárbaro del gaucho antiguo. El verdadero hombre de ciencia, ama los libros y los conserva. Pero en el interior no hay bibliotecas públicas, no merecen tal nombre el ensayo y éxito de las *bibliotecas populares*, imitacion sin criterio de una institucion excelentísima; pero fiada la ejecucion á la inesperiencia, y solo como medio de hacer reputaciones y fundar candidaturas.

El hecho que tengo ahora oportunidad de observar, es que no hay aquí una biblioteca

pública ; no la hay en el Rosario y no la hay en ninguna provincia.

Es verdad que, en los colegios nacionales se empezaron á formar, y la de Santiago del Estero fué esquilmada y quemados algunos libros por el canónigo Piñeiro. En uno de esos dias de *spleen* del célibe perfumado destruyó los libros prohibidos en el *Sillabus!*

Repito que no encontré en esta ciudad de Córdoba ninguna biblioteca pública donde se conserven los diarios argentinos de ahora treinta años, y mucho menos ninguna particular, que tuviese aquellas colecciones. De manera que la vida social de aquellas épocas, quedará olvidada, y el historiador futuro sin la posibilidad de dar á sus estudios la base filosófica del conocimiento del *medium* en que se desarrollaban los acontecimientos.

Esto me convencía de la utilidad de las grandes bibliotecas nacionales, donde se conservan en un archivo los libros, los diarios y

los periódicos argentinos. Esa institucion existe en toda nacion culta, empezando por los Estados Unidos: es el coronamiento en la enseñanza. Más aún, es una necesidad.

Ya que aquí se ha levantado el notable edificio para la Academia de Ciencias, aquí debe formarse una buena biblioteca pública, dándole como especialidad la seccion americana.

En esa capital, la biblioteca fundada por el patriotismo en los primeros albores de la revolucion, la creacion de Moreno, no puede salir de Buenos Aires; porque las donaciones para formarla y su orígen mismo, no fué el de una biblioteca provincial, como no lo es el archivo, sinó instituciones nacionales; por eso se llevaron libros de los conventos de aquí y de la Rioja. Es un error que se haya pactado la renuncia de derechos, que son inalienables. Esa biblioteca es eminentemente nacional, aunque su conservacion y muchas adquisiciones se hayan hecho por esa provin-

cia, durante las épocas del desquicio nacional y los primeros tiempos en que las instituciones no regían, sinó como una perpétua transaccion, porque era preciso ver si fruncía el entrecejo ese gobernador...

Mas hoy que la unidad nacional, á la que dieron vida independiente los fundadores de la nacion, es un hecho, preciso es que todo entre en quicio, y que la verdad vaya poco á poco saliendo del limbo en que la tenían encerrada, los que la mistificaban por interés de gobernar.

Para ilustrar esa verdad, que no es hija de la convencion, ni es patrimonio de un círculo, ni de un bando, ni de un partido, conviene que se generalicen los libros, y por ello, humilde viejo, hago votos porque se funde una « Gran Biblioteca Nacional », mal que le pese al general que cree, que basta la embrionaria y desgarrapada coleccion de libros de la que allí llaman Biblioteca del Municipio: vi-

van ambas en buena hora como viven en todas las grandes naciones, pero no se pervierta el criterio público contra la existencia de las grandes enseñanzas. Si se admiten ciertas teorías, pronto se oirá gritar: ¡viva la ignorancia! Y creer, ¡infelices! que solo son célebres los que no fueron educados!

Yo, que he sido testigo presencial de la pobreza de los estudios médicos y jurídicos allí, durante el gobierno barbarizador y tiránico de Rosas; y aquí, durante la administracion del gaucho Lopez (Quebracho), yo no tengo bastantes fuerzas para gritar contra la ignorancia y para pedir á pueblos y gobiernos que ilustren á la juventud, si quieren ser prósperos y ricos. Y no se ilustrará de un modo ámplio, si no se fundan grandes bibliotecas, porque los libros son el instrumento del trabajo intelectual.

Pero ¿dónde voy? Mi pluma ha corrido como corcel desbocado, y yo no puedo meterme á

predicar, porque no es esta mi vocacion. Vuelva, pues, la pluma á su tintero, quede escrito lo que escrito está, y servirá como introduccion á lo que voy á decir.

Y á los críticos, les doy derecho para que repitan, que escribo sin método; pero solo les diré en poridad, tengo algunos lectores y eso basta á mi modesta pretension.

Punto y aparte.

Viajar en el interior hace treinta años, era una verdadera dificultad. La tropa de carretas fué un medio de transporte frecuentísimo, pero excesivamente moroso. Las galeras como se llamaban entónces á las diligencias de pasageros, no tenían regularizados periódicamente los viajes; paréceme que había una empresa que hacía el tráfico entre esta ciudad y Tucuman ;

El medio más frecuente fué asociarse los que tenían que hacer el viaje, contratar car-

ruaje, peones, y proveerse de los recursos necesarios para el camino. Los comerciantes más ricos tenían *galera* propia, y al aproximarse la época de hacer el surtido de la estacion, se asociaban con otros y se dirijían á Buenos Aires, mercado único para proveerse de mercaderías europeas. Ese viaje se hacía una vez por año, en las épocas adecuadas en que se remitían los productos de las provincias para aquella plaza. Hoy tienen ferrovías y telégrafos.

Yo que no era comerciante, y que no tenía mucho tiempo desocupado para emprender viajes de recreo, quería aprovechar las vacaciones de los cursos de la Universidad, é ir á Salta, aprovechando de la compañía de los estudiantes salteños que iban á visitar á sus familias.

Ese viaje era preciso hacerlo á caballo, acompañados por peones, y llevar nuestro equipaje, incluso la cama, en cargueros y

á lomo de mula. Como se vé no había dónde hospedarse en el camino, pues las postas en general carecían de comodidades. En algunas el cuarto para los pasageros tenía poyos de material, sobre los cuales cada cual tendía su cama, con lo que llevase, porque colchon, almohadas y sábanas no se ponían al alcance del viandante. Muchas postas en esta provincia eran muy aseadas.

Generalmente se calculaban las jornadas diarias para llegar á ciertas postas, que eran paradas adecuadas. El cuarto de posta, principalmente en Santiago del Estero, tenía las camas más primitivas, formadas por palos toscos para asegurar un cuero bien estirado y duro. En esas camas, como en esos cuartos habían enjambres de *vinchucas*, y el pobre inocenton que sobre ellas tendía su recado ó su colchon, sentía fiebre por las picaduras de aquellos asquerosos animales más bravíos que las chinches, más sucios que las pulgas,

y que chupaban la sangre hasta quedar repletos. Una noche en tales cuartos era un verdadero suplicio.

Para ocupar uno de los cuatro catres, pues no recuerdo que hubiera más, preciso era andar muy listo, si se viajaba en galera. No había lugar para todos.

Lo que era más prudente era dormir en los corredores de los ranchos, los que tenían la precaucion de viajar llevando hasta el catre; y lo llevaban en el carguero, junto con las petacas de cuero, hechas para recibir los golpes al subirlas ó bajarlas sobre el lomo de las mulas, cuando se mudaba de cabalgadura en las postas.

Muchas veces, en las noches calurosas, durante el viaje, se tendían las camas á la intemperie, pero era preciso taparse la cabeza y cubrirse bien, porque el rocío de la noche mojaba. La claridad de la luz de la luna y la transparencia de la atmósfera en esas no-

ches era admirable ; la vista parecía perderse en las profundidades azuladas del cielo, cuajado de millones de estrellas de dimensiones y de brillo diferente. A esa luz era posible leer. ¡ Era entónces tan jóven ! Hice más de una vez la prueba, y leí las cartas que guardaba como recuerdo, como santo talisman de mi hogar y de los mios...

Un grupo de viajeros con esta caravana era de lenta marcha, pues no se podía galopar sin abandonar los cargueros. El paso y el trote durante dias era el andar regular y único.

Se levantaban á la claridad de las estrellas, los peones ensillaban, arreglaban los cargueros, y se tomaba el mate. Al despuntar el día comenzaba la caravana su lenta marcha.

En el camino se comía mal, pues no era siempre fácil comprar carne de vaca ; se vendían cabritos, huevos, tortas, y hasta el agua

era no pocas veces horrible, barrosa y tibia.

En esa provincia de Córdoba me ha acontecido que en Abril, durante los dias santos no querían vender carne, y como no había pescado era preciso alimentarse con maiz y con porotos, con huevos y con leche.

En algunas postas daban de comer puchero de cabrito, que es el cocido más repugnante, pues el agua es detestable, ó bien guisado con unas salsas imposibles; pan, solo había cuando Dios lo quería; y sobre una mesita de madera sin pintar, con un mantel de algodon tejido en la provincia, y cubiertos los más ordinarios se servía la comida, algunas veces á la luz de la luna.

Me acuerdo bien. Había viajado durante la semana santa, y con gran dificultad me habian vendido carne, que era preciso casi tomarla con violencia. Pero el viérnes santo no había ninguna res muerta, y en aquellos ranchos, hombres y mujeres, como

tambien los muchachos, estaban descansando; no sé si habían rezado antes, ó si orarían despues. En ninguno vimos carne, y en todos se negaron á venderla ; ni aves, ni corderos, ni cabritos, mucho menos carne de vaca. Se pedía de comer, y respondían que era día de ayuno.

El viajero necesita alimento, y empezabamos á tener la rábia de la necesidad. Por transaccion nos habían vendido huevos cocidos y tortas con un jarro de leche. Ese fué el alimento de todo aquel dia en que habíamos marchado algunas leguas al trote de las cabalgaduras.

La noche era de luna, y resolvimos llegar al pueblo de San Pedro. Los guías sostenían que llegaríamos á las diez de la noche ; pero no había remedio, era preciso llegar allí, porque era la única posta cómoda. Los que no han cabalgado durante un día entero al trote y al paso, no conocen la atroz fatiga

que produce ese lento andar. Se tienen calambres en las piernas, se siente sueño, se desea con ansia echarse y cambiar de posicion. Los gauchos hacen ese viaje con la más absoluta indiferencia: fuman, cantan y duermen, abandonando las riendas á aquellas cabalgaduras que están acostumbradas á ir y volver de una á otra posta, bien es cierto que no pasan de esa extension, pero tienen el hábito de hacer aquella ruta y el instinto las conduce sin trabajo. El hombre deja que la bestia lo lleve.

De manera que, habituados al caballo, duermen mientras este marcha al paso. El que no está acostumbrado, le cuesta mantenerse cabalgando y cerrar los ojos; pero el sueño es invencible, es más fuerte que la voluntad, y á veces yo sentía que había dormido sin darme cuenta.

Cuando la carretera atraviesa un monte de cebil, con las profundas huellas de las enor-

mes carretas, tan hondas que una vez dentro necesitaban usar de la asada y de la pala para que la carreta cambiase de ruta, porque se halla encajonada en estas canaletas de barro; cuando se atraviesa esa carretera, de noche á la luz de la luna, es imponente el silencio de la naturaleza en reposo. En esas horas en que parece que hasta el polvo del camino tuviera pereza para levantarse, marchaba la caravana en fila, cada bestia se movía á su placer. Todos marchaban al paso, y de vez en cuando se oía la voz de un peon que aguijoneaba con sus gritos á las mulas de carga, ó se oía el chasquido del látigo para hacerlas caminar más á prisa. Esas voces parecían, se repetían por el eco, y se tornaban pavorosas.

Entónces, la más leve ráfaga de viento produce ruidos y rumores estraños.

En el tronco del cebil horadan á veces los pájaros agujeros más ó menos profundos,

para formar dentro el nido para sus crías, y fruto de sus amores. Pues bien, cuando el viento roza sobre la superficie de ese agujero, produce el silbido de una flauta colosal; un silbido con las variantes de las ráfagas, con sus singulares cadencias y sus pavorosas melodías: no son las cuerdas de la harpa eólica, sinó la flauta que el viento acaricia con sus locos á irregulares giros.

Ese silbido me quitó el sueño. Nunca sentí impresion semejante. La naturaleza entera estaba en la inaccion. En esas horas en que no vuelan las aves, ni se arrastran los reptiles, ni las fieras rugen, solo el hombre se atreve á interrumpir la solemnidad de la escena y á violar la ley que impone el descanso.

En esas horas, la flauta colosal hirió mi oído como si fuera tocada por titanes, y lo era solo por el viento. Era un sonido penetrante como un quejido, y con las raras intermiten-

cias de la ráfaga que rozaba la superficie del agujero. Detuve mi cabalgadura; el sueño fué espantado por el silbido, y pedí la esplicacion á los compañeros de viaje.

Así transcurrían los dias y los dias; el viaje era lento, la fatiga mucha. Y fué más lento porque había seca y era verano; no podía marcharse á las horas de medio dia: el calor abrasaba.

Trasponíamos la sierra, cruzábamos los valles, y seguíamos aquella carretera para dejar la provincia de Córdoba y entrar en territorio santiagueño.

Si las postas de Córdoba no eran un modelo de comodidad, las de la campaña de Santiago lo eran, en general, de escacez y de pobreza. No recuerdo los nombres de esas postas; mi pequeña cartera de viaje con el itinerario de aquellas épocas se halla entre mis papeles en esa, pues aquí estoy solo de tránsito. Mi archivo es mi memoria, y no es

de fiarse cuando se evocan recuerdos despues treinta años de los sucesos.

Cómo se han fijado en mis recuerdos las malas comidas de ese viaje, es fácil de concebirlo. No podía satisfacer mi apetito, despertado briosamente con el viaje: comía para no morirme de hambre y esas penurias no se olvidan. Recuerdo los paisajes y no me olvido de mi estómago vacío y lánguido; porque entónces la imaginacion, por un estraño fenómeno, se complace en pensar en lo que no se tiene: el enamorado piensa en su amada, el hambriento en la comida y el sediento en el agua.

No recuerdo haber gustado un hervido más atroz, que los que comí entónces en la campaña de Santiago del Estero. En torno de aquella pequeña mesa legendaria en las postas de esa época, ví con frecuencia multitud de perros flacos y hambrientos, capaces de asaltar el hervido y dejar á los viajeros á la luna

de Valencia. Como parte de la decoracion, los muchachos desnudos como si estuvieran en el paraiso, súcios y tostados por el sol. mezclados con los perros, y dispuestos tambien á utilizar los despojos del festin. ¡Qué festin!

Todo el que viajaba llevaba algunas provisiones, dulces y confituras, á veces fiambres y queso; pero como pasaban los dias y los dias, y el viaje no terminaba, las provisiones se iban concluyendo, porque no había dónde renovarlas.

El zapallo asado era plato que servían en Santiago, como la mazamorra y la leche cruda ó hervida. La comida era frugal, en tanto cuanto era preciso para no morirse de hambre. Cuando eran muchos los viajeros, mataban algunas gallinas flacas, y á veces un pavo ético, porque la seca era excesiva y ni animales ni hombres encontraban como alimentarse.

En esos ranchos, no se conocía el piso de baldoza ó ladrillo sinó la tierra negra y dura, endurecida como piedra por el pison y por el caminar, lo mismo que la parte que llamaban patio, y donde se danzaba, cuando los viajeros querían hacer el gasto de la música. En ciertas postas, forman los ranchos como si fuese una pequeña aldea, bajo la sombra de los añosos algarrobos que resguardaban las habitaciones y las *pirguas*, depósito de algarrobo y maíz; ese era el árbol sagrado, porque daba el alimento y daba sombra.

Preciso es conocer cuál es la fuerza abrazadora del sol para estimar la utilidad de los árboles de sombra, en las horas en que la naturaleza parece postrada por la fatiga, en ese reposo que es casi la muerte porque es la inaccion de la impotencia.

Bajo de esos árboles y en las puertas de los ranchos, he visto enjambres de criaturas desnudas, completamente desnudas. Y aún

las muchachas púberes descalzas, con su blanca camisa suelta y con enagua de género azul oscuro; nada más. A la sombra de los algarrobos se pisaba el maíz, allí estaba tambien el telar primitivo y se tejía la lana, de que hacían ponchos y las apreciadas frazadas punzoes de motitas y grandes flecos; se tejía la tela hasta con que se cubrían los campesinos, especialmente las mujeres.

De modo que la vida no podía ser más primitiva, más sencilla y á la vez más tranquila. Pero en esos habitantes no ví el sello de una raza empobrecida por mala alimentacion, sinó por el contrario, todos tenían el aspecto rubicundo y vigorozo.

No se hablaba el español sinó por el maestro de posta ó por algunos peones que habían salido de la provincia, porque el santiagueño era muy andariego y buscaba el trabajo fuera de su provincia; la lengua popular era la *quichua*. En la provincia no encontraba

trabajo, y lo buscaba en las otras. En ciertas estaciones era escasa la poblacion masculina.

La mujer era la sedentaria, la que guardaba el rancho, la que proveía de alimentos á la prole, para lo cual bastaba que hubiese algarrobo y maíz, y esto era lo único que cultivaba: lo hacía ella misma. El hombre era el señor, representaba la autoridad doméstica y la fuerza: tenía el prestigio del que había visto otras tierras, que vestía telas compradas en otras provincias, con el producto de su trabajo personal. Probablemente el santiagueño volvería con maletas cargadas de provisiones ó géneros para los suyos, para su mujer y sus hijas; porque los muchachos se cubrían en la forma en que los dió á luz la madre fecunda.

Esos viajes eran periódicos, y la provincia de Buenos Aires, veía llegar la nube de santiagueños para conchavarse para la marca-

cion de los ganados. Chivilcoy, como casi todo el partido en que estaban ubicadas las chacras de maíz y trigos, recibía la periódica caravana para la siega y para las siembras. Despues, como cada peon santiagueño tenía su tropilla de caballos, tomaba el camino de regreso y volvía á reposar en su rancho y bajo la sombra del algarrobo.

Había, pues, pocos hombres, y estos constituían una poblacion que hacía este flujo y reflujo periódico. Muchos se aclimataban en las otras provincias, pero la gran mayoría iba y volvía. El santiagueño amaba el rancho y á los suyos, y quería la vida sin exigencias de infancia. No sé si ejerció influencia en esas emigraciones periódicas el perverso gobierno de Ibarra, que no ofrecía garantías al pobre gaucho, sistema que con pocas variantes predominaba cuando yo conocí la provincia por vez primera.

El gaucho no viajaba sin el pase ó pasa-

porte, que le daba el comandante, y el gobernador si hubiera sabido hacer llevar una estadística, habría podido fijar cuál era el número de esta poblacion que viajaba por épocas. Al aproximarse el regreso, en las campañas del tránsito, los caballos eran contrabando de guerra, que aquellos transeuntes tomaban á veces para no fatigar los propios, y soltarlos una vez hecha una jornada, y otras, para aumentar el número de la tropilla de marcas desconocidas con que volvía á su rancho. A su vez, cuando en Santiago el gobernador necesitaba caballos, entraban estos á formar parte del patrimonio del Estado; los recogía el alcalde, y los remitía con la partida del comandante.

Las garantías á la propiedad eran muy dudosas en la práctica, porque entónces aún no regía la Constitucion Nacional. El Congreso general constituyente se hallaba reunido en Santa Fé, y aún no había terminado su

obra. Debo hacer notar que tanto los gobernadores, como las poblaciones, deseaban que la Constitucion fuese sancionada: era aspiracion general, que no hubiera habido fuerza para contener. La experiencia de los gobiernos autoritarios de la época de Rosas, había sido dolorosa. Nadie tenía segura ni la vida ni la fortuna, y querían garantirse para lo porvenir.

Gobernaba entónces en Santiago del Estero, don Manuel Taboada, que fué despues general. Seguía en la práctica, las tradiciones de su pariente el general don Felipe Ibarra, que había gobernado treinta años. Justicia debo hacerle al recordar que no era cruel. Personalmente culto, educado en el comercio y para el comercio, si no era un talento tenía buena intencion, aspiraba á granjearse una consideracion nacional, fuera del horizonte de su provincia.

Todavía recordaban en ese tiempo, la te-

mida prision del Bracho, donde Ibarra enviaba á los desgraciados que decía criminales. Estaba en el desierto, en los lindes de la provincia y el gran Chaco, y las torturas que sufrían los prisioneros eran atrozmente crueles.

Tuve la poca suerte de atravesar la provincia por el camino de Córdoba á Tucuman, durante una seca espantosa y en los meses de verano.

Esta provincia tiene pocos rios, le falta el agua, y para recojer las pluviales forman lo que llaman represas; allí las reunen y las conservan para los usos rurales. Las lagunas no abundan, y los arroyos solo desaguan en las lluvias que son torrenciales.

Como hay partes del territorio sumamente arenosas, el sol caldea las arenas y salitrales que reverberan como si fueran quemadas por el sol de Africa. El paisaje tiene, como el cielo en ciertas, horas los colores del de-

sierto, y los reflejos siniestros del Sahara: todo es caliente. El aire que se respira quema, las ropas se calientan, las aves desaparecen, los árboles parecen marchitos, las hojas caidas y las yerbas tostadas y secas solo esperan una chispa para arder. El miraje se burla del hombre y representa aguas lejanas que el sol hace brillar para estimular sin piedad la sed del pobre viajero. Me sentía francamente abrasado por aquella seca y por ese sol. Lejos se veían las verdes líneas del horizonte que señalaban la parte boscosa, la que linda con el Chaco, mientras que solo resiste al sol abrasador el algarrobo colosal, y los cactus inmensos, en la parte que recorría, alternándose, es cierto, con sitios de vegetacion desarrollada; pero ví bosques antiguos, secos, de los que solo se conservaban los troncos sin corteza y sin ramas: cementerio vegetal, ruinas de un bosque, muerto no sé cuando, ni por qué causa. Estaban aún en

pié los que fueron colosos de la selva, y eran entónces restos sin vida, mutilados por los vendavales que los iban lentamente echando al suelo.

Estos paisajes y este camino era para mí un martirio, porque lo recorría cabalgando al trote; y este modo de viajar duraba ya algunos dias. Si me hubiera sido posible, habría renunciado el viaje, pero era forzoso, indispensable continuar. Por otra parte, yo era uno de los tantos que habiamos hecho un fondo comun para los gastos, y todos estábamos sometidos al capataz, que era el guía, el que señalaba la jornada diaria, y nos proveía de lo que llamaba fantásticamente comida.

Durante aquel viaje no ví, y menos saboree el vino de ninguna clase. En los ranchos de Santiago se hacía provision de algarroba, que recojían en el monte, y de ella hacían arrope, patay y chicha. La misma banda amarilla, y conservada, tiene en el interior una pulpa

dulce y gustosa, que comían los santiageños con placer. El maiz cocido y preparado bajo diversas formas, era un alimento general.

Escaseaba la carne, porque era cara y aquellos campesinos vivían en esa época recojiendo sin gran trabajo la algarroba y cosechando el maiz para el consumo de la familia, que era siempre numerosísima en cada rancho, donde todos vivían hacinados.

Los peones se refrescaban tomando mate, pero como era escasa el agua á causa de la seca, y esta era barrosa, el mate tenía á veces un gusto diabólico. No recuerdo haber visto nada más triste que esas campiñas sin cultivo, bajo los rayos del sol que reverberaban los arenales y salitrales, ofreciendo esos tristes lugares los mirajes de los grandes desiertos del Africa.

Atamisqui era un villorío, en el que ví abundancia de mendigos, que rodeaban al grupo de los viajeros y estudiantes : estaban

flacos y muy súcios, hablaban una lengua que yo no comprendía, eran quichuas por el idioma, y bárbaros por el aspecto.

Ese villorío tenía la más lúgubre apariencia. Una gran plaza, con ranchos de paredes de barro sin blanquear, un edificio con corredores sobre la misma plaza, hecho de tierra sin cocer, era la capilla ; toda la poblacion tenía el color de tierra, y como había seca, el viento levantaba el polvo y rodeaba todo aquel hacinamiento de casas en una nube oscura y súcia. El cielo estaba nebuloso y rojizo, parecía que reflejase la luz de un incendio, y la multitud de muchachos desnudos, de viejos harapientos y de mujeres asquerosas, nos rodeaban estendiendo la mano para pedirnos que comer!

Nos demoramos poco, al menos mis recuerdos se confunden, porque no había posibilidad de ser curioso, bajo aquella atmósfera ; queríamos aproximarnos á donde hubiera ve-

getacion. Estábamos cubiertos de polvo, y el agua era escasísima.

Dí la espalda á aquel villorío, y no lo ví más, porque no sé si al regreso de mi escursion se hizo por otro camino, ó si ví sin recursos aquella villa, cuyo recuerdo se me presenta á mi memoria bajo aquel cielo cenicienteo y rojizo.

Al fin, la ciudad de Santiago del Estero, donde debía detenerme algunos dias, era una esperanza para reponerme de las fatigas de este viaje. Pero entónces no había fondas allí, ni casas de huéspedes como en Córdoba, y nuestro capataz ó los estudiantes salteños, ó no sé quien, se encargó de hospedarnos.

Era la hospitalidad antigua, patriarcal y generosa. Cómo, dónde y quién la ofreció á aquel grupo, no lo recuerdo; y sin embargo, he hecho esfuerzos por rememorar aquel comedor, la larga mesa cubierta de blanco mantel, el escelente pan y la comida abundante

y bien sazonada. ¿Quién me hospedó? me pregunto, y mi memoria es rebelde. Ni lo sé.

Dormíamos en un cuarto, donde colocamos nuestros catres, y nuestros peones nos hacían las camas.

Conocí entónces al señor Borges, senador por la provincia, á don Absalon Ibarra, diputado; el senador don Luis Frias, á Gorostiaga, al gobernador Taboada, á su hermano el general don Antonino y á don Juan Lavaisse.

Santiago del Estero era una poblacion empobrecida, se veían multitud de casas arruinadas, entre otras, una que debió pertenecer á las grandes familias de la colonia, pues las pilastras de los corredores eran de madera torneada y esculpida, como las puertas; pero todo estaba sin pintar, las yerbas crecían en los patios y bajo los corredores; los techos estaban caidos, y aquello daba miedo porque amenazaba un derrumbe.

Recuerdo la multitud de vendedoras, que

ofrecían todo, desde los tejidos más finos sobre tela blanca, hasta las frasadas y los ponchos.

Frutas y confituras, dulces y compotas, y esas vendedoras se iban agrupando en la puerta de nuestra habitacion, como si fuese aquel un mercado.

La ciudad tenía el aspecto de una poblacion tranquila, de escasísimo comercio y de muy modestas necesidades. La plaza era grande y limpia. La casa de Taboada tenía galerias sobre la plaza, si mi memoria no me confunde. La casa de gobierno, era para la poblacion y para la época, cómoda y limpia. Paréceme que era la antigua habitacion del general Ibarra. El salon de gobierno estaba bien alhajado, y las oficinas ordenadas, con sus archivos arreglados. Había la apariencia de una administracion regular. Fué el mismo gobernador quien personalmente me mostró todo; tenía gusto en que se supiera que allí

había un espíritu culto que mandaba y empleados que ejecutaban sus órdenes. Pero el tesoro provincial era muy pobre, escasísimas las rentas y aún no se había sancionado ni la constitucion provincial, ni la nacional.

Visité las iglesias, los antiguos conventos, y ví que el rio Salado en sus crecientes periódicas, hacía peligrar una parte de la ciudad antigua. Todos conocían ese peligro; se habían hecho algunas obras hidráulicas con mal éxito y el tesoro provincial estaba agotado.

No tuve ocasion para conocer á las familias santiagueñas, pues el único medio habría sido un baile, y nadie se ocupó en obsequiarnos con él. Pero ví con frecuencia el arpa que es el instrumento popular, como en otras provincias lo es la guitarra española. En Santiago mismo se construyen estos instrumentos de aspecto sencillo y pintados de colores; y el gaucho en la campaña ó en la

ciudad, canta sus *tristes* acompañándose con aquel instrumento. No oí sinó los aires populares, los bailes del pueblo, y los cantos del mismo. Esa música era sentimental y monótona.

Mi memoria es rebelde, no puedo rehacer por el recuerdo, el aspecto de aquella ciudad. Me parece que había abundancia de grandes árboles en los arrabales, que están muy inmediatos á la poblacion; que las calles tenían arena, y que esta era blanquizca y suelta; que había algunas cuadras de edificacion urbana compacta, y las casas blanqueadas, con un exterior limpio; pero este recuerdo es vago, no distingo los lineamientos: parece un cuadro de medias tintas y confuso para que adivine los perfiles sin marcarlos. Confieso mi impotencia.

Ahora, aquella poblacion, entónces moribunda, aquel resto de los moradores de una de las más antiguas ciudades del inte-

rior, aquella ruina, diré así, se ha levantado como Lázaro de la tumba. Hoy está en pié, vigor nuevo circula en su sangre, y sus ingenios de azúcar, sus varios y ricos ingenios, le dan el aspecto de una poblacion mediterránea é industriosa.

El notable ingenio de San Germes, alumbrado á luz eléctrica, y los muchos otros que se han establecido; los grandes sembrados de caña dulce, los azúcares que de allí se exportan, sus aguardientes y melazas, todo muestra que el trabajo del hombre riega con su sudor la tierra, que agradecida le devuelve abundosos frutos.

Para dar nueva vida al desarrollo industrial se trabaja muy activamente en la ferrovía que unirá la antigua ciudad al camino ferreo del Norte. El ingeniero Valiente Noailles dirige la construccion. La estacion Frias es el empalme del nuevo ramal que llega á Choya, 32 kilómetros, por un verdadero de-

sierto, en el que luchan por desarrollarse raquíticos algarrobos, espinillos enanos y algunos árboles llamados brea. En ese trayecto no hay agua, y la que consume el personal empleado en la construccion de la vía, es conducida en carros y distribuida con mucha mesura. Es un pedazo aterrador del Africa, en que el hombre parece que vive dentro de un horno.

Se han perforado pozos artesianos, y solo dos han dado buen resultado, pues el agua es potable.

Los terraplenes son bien construidos, y el trazado es una recta tan perfecta, que la vista la sigue sin desviacion hasta que se pierde en el horizonte.

Entre las estaciones Frias y Choya la locomotora marcha con velocidad, y como los trabajos se activan en cuanto es posible, es de suponer que Santiago no tardará en despertar al silbato civilizador de la locomotora.

Diez mil personas trabajan en los ferro-carriles nacionales para estenderlos y prolongarlos. Y la Rioja solitaria, como Catamarca, tienen ya decretados y estudiados los trazos de los ramales que van á unirla con la gran ferro-vía del Norte, que ligará á Salta y llegará á Jujuy.

De esta manera, todas las ciudades capitales de las provincias del Norte de la República, se hallarán unidas por ferro-vías como lo están ya por el telégrafo, y la unidad nacional queda atada con cintas de acero para vivir en union y prosperidad.

Las obras hidráulicas para la defensa de la ciudad se han ejecutado por cuenta de la Nacion y por ingenieros nacionales. El telégrafo pone á esta poblacion en contacto con toda la República y con el exterior, y una vida nueva, activa y fecunda se nota en sus calles, y ya desaparecen las ruinas porque

los terrenos urbanos comienzan á tener compradores.

Y esa transformacion hubiera sido más rápida si la ferro-vía del Norte de la República hubiera pasado por la ciudad, ligando al gran central que va al Rosario y al norte por Tucuman. El ramal que ahora se construye, si bien utilísimo, deja empero fuera del movimiento general á la ciudad, pues no es una plaza de tránsito, que es lo que hubiera animado su poblacion, con la frecuencia de los viajeros.

Supongo que ya hayan casas de huéspedes ú hoteles, y que la hospitalidad antigua, aquella que yo alcancé en sus últimos albores habrá desaparecido, porque la frecuencia de viajeros hace imposible practicarla.

Ahora cuenta la administracion de Santiago con un ministro inteligente y jóven, y el doctor Matienzo ha de contribuir á la orga-

nizacion de las rentas, á la regularidad de los gastos, á consolidar en una palabra la vida constitucional. Ese es un aprendizage útil, es la escuela para formar los estadistas, que deben comenzar por ejercer sus talentos en un teatro modesto pero de labor fecunda para llevar más tarde á las regiones oficiales los conocimientos que solo se aprenden con la experiencia y la práctica de los negocios públicos.

Dejo pues cumplida mi palabra para con la *Nueva Revista*; sin embargo, más tarde narraré lo que recuerde de la hermosa, para mí gratísima ciudad de San Miguel del Tucuman, y de la ciudad de San Felipe en el Valle de Lerma, en la cual apenas estuve pocos dias, pero son vagos, muy vagos mis recuerdos ; solo sé que mis viejos conocidos han emprendido su viaje eterno. El brigadier general D. Rudecindo Alvarado, el doc-

tor D. Tomás Arias, el doctor Usandivaras, el doctor Goytea, D. Pedro Uriburu, y otros y otros, todos han quedado vencidos por la muerte.

Córdoba, Febrero de 1884.

MI TIERRA

RECUERDOS DE TUCUMAN Y SALTA

(LAS CIUDADES DEL INTERIOR HACE 30 AÑOS)

A medida que me alejaba, treinta años ha, de la triste ciudad de Santiago del Estero, por la carretera que en esa época atravesaba un monte de cebil, de altos troncos, de ramaje verde y umbroso, el aspecto geológico de la tierra iba cambiando. La vegetacion era más lozana y más vigorosa, comparándola con los blancos salitrales y los arenosos territorios, que acaban de impresionarme de un

modo tan penoso, en los cuales ni crece la yerba, ni se arraiga el árbol.

Empezaban á distinguirse en el horizonte las sierras de Tucuman, elevándose sobre todas, magestuosa é imponente, la cumbre nevada del Aconquija. Parecían varias montañas desiguales, que sobre planos distintos se elevaban sobre el suelo y alcanzaban alturas diversas, formando reunidas y á lo lejos, el basamento del alto cerro, á la vez que encuadraban el delicioso valle de Tafí.

Al caer la tarde bañábanse en tintas azules y nebulosas, y la silueta se dibujaba clara y distintamente visible sobre el cielo teñido de arrebol.

Todo era verde y fresco. El campo parecía saturado de humedad y las gramas y los árboles alegraban la vista y el espíritu.

La ciudad se distinguía en parte llana, formando una silueta verde-oscura el boscage que la rodea, y entre sus innumerables na-

ranjos y limoneros, se destacaban las blancas torres, que parecían más altas sobre aquella base de verdura.

Llegué á mi alojamiento, en casa de un amigo de D. Sixto Teran: no había fonda, pero era generosa y franca la hospitalidad.

Presenté mis recomendaciones. Entre estas las llevaba para el más fecundo y chistoso conversador de esa provincia, el Sr. D. N. Chenaut, casado en la respetable familia de Silva.

La ciudad era alegre, y relativamente animada, si se la comparaba con la tristeza perezosa y soñolienta de Santiago. Las calles rectas y sin empedrar entónces, eran poco transitadas, crecía la yerba y se tupía la maleza.

En la plaza principal está la iglesia Matriz, que acababa de terminarse en esa época: estaba blanca como un ampo de nieve, y su exterior é interior y su decoracion toda, era

modesta pero limpia, pura, algo como si fuese una doncella coronada de azahares. Esa iglesia no es grandiosa, no tiene el sello grave y religioso de los grandes templos, pero era coquetamente limpia, se oraba con gusto bajo sus bóvedas modestas. La recuerdo perfectamente bien: sus líneas quedaron impresas en mi memoria, no por su grandiosidad mas por su blancura, por un no sé qué difícil de esplicar. Las torres son bajas, el frontis no responde á un órden arquitectónico sinó es una meseta, pero todo aquello está blanqueado y nuevo, y lo repito, me impresionó favorablemente.

La plaza no es muy grande: entónces había casas de teja, como las que ocupaban los Zavalía y don Agapito, cuya hija era una de las más esbeltas y hermosas tucumanas de aquel tiempo.

El edificio del Cabildo colonial, con su arquitectura característica, de doble arquería

exterior, ocupa una esquina de la plaza; contígua se edificaban unas casas, de D. José Frias, creo.

En esa misma plaza había calles de naranjos y bancos de madera.

Las tiendas que daban sobre los frentes que cuadraban la plaza, eran el centro de las reuniones de conversacion. Allí concurría Chenaut, D. Justiniano Frias, D. Arcadio Talavera, á quien le denominaban el *tuerto*, D. Emilio Posse y muchos Posse, porque en esa ciudad ese apellido ó esa familia es numerosa. Quien se esquivaba era D. José Posse, el de los ojos azules descoloridos en ese entónces, y que hoy debe ser un venerable anciano. En fin, no puedo hacer la lista de los que allí iban, pero no quiero olvidar al médico doctor D. Domingo Navarro. Muchos de los que entónces conocí, han sido arrebatados por la muerte.

Gobernaba la provincia el coronel Espino-

sa y era su ministro el doctor Frias, actual miembro de la Suprema Corte Nacional.

Preocupábanse los políticos en las reuniones tenderiles, de las candidaturas para diputados al Congreso Constituyente, y como eran más los candidatos que los nombrados, muchos quedaron descontentos y algunos se hicieron conspiradores. Fueron elegidos el Dr. D. Salustiano Zavalia y el Padre Perez, y ambos ocuparon su asiento en el Congreso General Constituyente reunido en Santa Fé.

Preciso es conocer lo que era la chismografía en provincia hace treinta años, y si se reprodujera aquellos chismes, muchas personas quedarían con la epidermis irritada. Pero en esos chismes intervenían algunas damas de talento, que lo fueron y mucho las tucumanas politiqueras. Conocí una muestra, y tenía verdaderamenta acerada la lengua. Pero prudente es poner un punto, y seguir adelante.

Mis compañeros de estudios, y paréceme que algunos de los profesores, me dieron cartas para el Dr. D. Benigno Vallejo, que vivía en casa de Zavalía, de las *ciegas* como se la llamaba; en cuyo antiguo salon, blanqueado y que encuadra el primer patio, se reunió el célebre y bien ilustre Congreso de 1816, que declaró la independencia. Vivía todavía el Sr. Zavalía padre, español me parece, y muy conversador por más señas. La casa era vieja y de teja, la que andando los años fué comprada por el Gobierno Nacional para conservar el monumento, que lo es puramente convencional, pues el salon nada tiene de monumental.

Entrando por la vetusta y descolorida puerta de calle, en el costado izquierdo, tenía su estudio de abogado el excelente y muy estimado caballero á quien yo iba recomendado. No hago el retrato, pero se le llamaba el *rubio*, supongo que cuando tuvo cabello;

yo le conocí en plena calvicie. Aunque no he cultivado su intimidad, me honré con su amistad, pues es un nobilísimo carácter, culto y leal.

La sociedad tucumana era muy amena, muy agradable y su gusto en los trajes y en la desenvoltura intelectual de la conversacion revelaba instruccion adelantada.

Había muy interesantes señoritas, á muchas de las cuales se les prestaba rendido culto, y muy merecido por cierto. Ya los años han deshecho aquel núcleo, y la antigua belleza ha caido en ruinas, deformándose todas si sobreviven, mientras otras ¡ay! se fueron de la tierra... Esa sociedad dejó en mi juvenil espíritu hondas impresiones, que los años no borran y que reverdecen cuando evoco su recuerdo querido.

No fué por cierto como en Santiago del Estero donde no conocí á las damas; aquí dieron algunas tertulias, y recuerdo haber bailado en

casa de Palacios y en casa de Frias, en dos casamientos que festejaban con bailes. La sociedad de las damas tenía fama de *aporteñada*, porque se asimilaban los usos y las modas de Buenos Aires. ¡Qué lindas eran aquellas mujeres vestidas de túnicas y blancos trajes, con las flores naturales que perfumaban el cabello y la atmósfera! ¡Qué alegres! ¡cuán chispeante era su conversacion!...

Desde que entré en el territorio de esta provincia, había observado como un rasgo fisonómico y típico, la general hermosura de los ojos, grandes, negros, lánguidos y húmedos: cuando hablo de los lindos ojos, me refiero al bello sexo, porque del feo no analizo jamás sus ojos.

Conocí al célebre boliviano Dr. Linares, y al no menos célebre mariscal don Rudecindo Alvarado. El primero rindió homenaje á los hermosos ojos de doña Nieves Frias, y asistí al baile de su casamiento. ¡La muerte! siem-

pre la muerte, separando á los que se han encontrado en el camino de la vida. El Dr. Linares, presidente de Bolivia, no está ya en el mundo de los vivos.

En ese entónces se visitaba y las familias recibian con frecuencia y con franqueza. Recuerdo la amena sociedad de la familia de don Salustiano Zavalía, de don José Frias, de Silva, de don Agapito Zavalía, de Palacios, de Alurralde, y la amena conversacion de doña Domitila Posse. Conocí entónces á la madre del que fué más tarde presidente de la República: quien en ese entónces, estudiaba en la Universidad de Córdoba.

El grupo social, selecto y distinguido, lo era de personas y familias muy agradables.

Lo único que causaba malestar era la situacion política. Las familias de Cossio, de Teran, de Colombres, de García, no frecuentaban mucho la vida social.

Una formidable oposicion se levantó contra

el gobierno de Espinosa; el doctor Frias renunció el ministerio y al fin estalló la revolucion. Espinosa fué muerto en la batalla, y subió al gobierno don Mauro Carranza, si mi memeria no me engaña.

Poco despues volvió el general Gutierrez, que había gobernado en la época de Rosas, y cesó por completo la vida social. El gobernador de Santiago armó sus milicias y ambos gobiernos ocurrieron á la guerra civil, no sé por qué.

Resolví entónces continuar inmediatamente mi viaje á Salta.

El escenario había radicalmente cambiado: á la vida social y cultísima sucedió el retraimiento y la soledad. La ciudad parecía un desierto. Los cívicos, milicia urbana, estaban sobre las armas. Su comandante era un pardo, cuyo nombre he olvidado. Los tucumanos que hicieron parte de la administracion derrocada, emigraron á Santiago del

Estero, allí hicieron causa comun con el gobernador Taboada. La guerra civil tomó formas graves, hasta que intervino, mucho tiempo despues, el gobierno nacional.

Fué en esta ciudad donde hice relacion con mi amigo el Dr. don Vicente G. Quesada, y la hice de una manera bien estraña.

Era una de esas noches de silencio profundo, en que la poblacion aparecía dominada no por el sueño sinó por el terror, que obliga á permanecer en el hogar á la espera de sucesos dolorosos. En una palabra, noche de ciudad en revolucion, silencio precursor de una sorpresa ó de un combate, en esas noches en que solo se oye el paso de las patrullas y la voz de los centinelas: noches que no se olvidan, que sobrecogen é impresionan, y noche oscura por cierto, lo recuerdo perfectamente bien, en las primeras horas, paréceme que no eran ni las ocho, hora de queda, me hallaba yo de visita en la gran sala estudio del

Dr. Vallejo. El doctor estaba sentado en su bufete, yo enfrente suyo. En el corredor del primer patio, se encontraban las tres señoritas Zavalía, una era ya mayor de edad, bastantes abriles antes de que yo la conociera.

El Dr. Vallejo se alumbraba con escasa luz: tenía dos velas encendidas y hablábamos de no sé qué. El silencio exterior era tan estraordinario que se hubiera creído una ciudad sin habitantes. Ningun rumor lejano, ningun ruido, ningun sonido confuso, ni estruendos ni estrépito, ni aún se oia el ladrido de los perros, ni se apercibía el andar de las cabalgaduras; nada se oía en la calle y en aquel gran patio de la casa vieja de Zavalía ni la brisa agitaba las hojas de las plantas del jardin.

Las señoritas Zavalía ó dormían en sus sillas, ó no hablaban y hasta el éco de nuestra voz parecía sordo. Había algo de pavoroso

en ese silencio extraordinario, porque aún cuando las calles no estuviesen empedradas, sin embargo en la vida normal se oía el tránsito de los caballos, y el caminar de las personas sobre las veredas. Sobre todo en esa estacion era costumbre abrir las ventanas y tocar el piano y cantar; esa noche todo estaba cerrado. Me parece que hasta los almacenes y las tiendas habían apagado la luz y cerrado las puertas.

El reposo de la naturaleza estaba en armonía con la quietud de los habitantes. Yo hubiera preferido una tempestad. Esa calma silenciosa me infundía pavor.

De repente se oyó un grito desgarrador, atroz, penetrante, grito de angustia y desesperacion, que se magnificó en aquel silencio.

Nos pusimos de pié. Claras, sonoras y vibrantes de dolor y de miedo, oimos estas palabras: asesinan á mi marido!

Esa voz era la de una persona conocida del

doctor Vallejo, tomó su sombrero y salió precipitadamente. Yo le seguí.

De todas partes se habían asomado á las puertas: todos estaban mudos, y esa voz volvió á repetir con mayor angustia las mismas palabras.

—¡Es Cármen! es la porteña! me dijo el doctor Vallejo y corrió. Corrí en pos de él.

A dos cuadras, poco más ó menos, dió vuelta la calle y se detuvo enfrente de una tapia, con una puerta de calle y sin zaguan.

En esa puerta había un grupo de emponchados. Ya no se oía la voz, se había extinguido aterrada, ó la habían forzado al silencio. Esos emponchados estaban en silencio. En la calle había grupos de pueblo y esos grupos iban creciendo por momentos. Nos pusimos en la acera de enfrente y por la puerta de calle ví el interior del patio. Lo dividía en el fondo un largo corredor, en el cual un farol de reverbero daba luz á todo el pa-

tio, sin enladrillar. En el extremo de ese corredor había una pequeña habitacion con luz, y en la puerta de esa habitacion, varios hombres con espadas desenvainadas, con ponchos y con las caras cubiertas por pañuelos que solo dejaban visibles los ojos y la boca. En el umbral de esa puerta estaba parado un jóven imberbe, pálido y de aspecto enfermizo y débil: tenía los brazos abiertos y apoyaba las manos en el marco de la puerta, parecía que intentaba defender la entrada. No ví más. Un silbido dió la señal y cerraron la puerta de calle. Esta se cuajaba materialmente de gente; pero gente inerme, que ni intentó forzar la puerta para impedir tal vez la perpetracion de un crímen. Los minutos eran siglos. Lo que he referido pasó con la rapidez del relámpago, fué para mi como una vision.

El doctor Vallejo tenía la tez pálida y desencajada; se había sacado el sombrero y su

calva estaba cubierta de sudor. Vino y se nos acercó don Emilio Posse, actual diputado al Congreso. Nadie profería una palabra: solo se oía el ruido sordo de los pasos, el pueblo se iba apiñando y se oía el ruido de armas. La puerta de calle permaneció cerrada y no se oían voces en el interior de aquella casa.

Se oyó un pito agudo y se abrió la puerta por donde salieron corriendo los emponchados, sin que nadie los detuviera. El terror es contagioso y esa multitud estaba paralizada, inmóvil por el miedo. ¿Qué había sucedido?

El pueblo invadió la casa, como las aguas que han roto un dique: fué un torrente.

La policía armada había llegado tambien; el doctor Vallejo, el señor Posse y yo penetramos. Vino en seguida el Gobernador Alurralde que vivía en la esquina de enfrente.

Una vez dentro supe que ese jóven, á quien yo había visto, era el oficial de la Legacion Argentina en Bolivia, el doctor don

Vicente G. Quesada, huésped del doctor don Domingo Navarro, cuya casa había sido atropellada y contra quien se habían complotado aquellos malvados. ¿Qué pasó en esos terribles momentos, en que permanecimos mudos delante de una puerta cerrada? Eso lo podrá referir el protagonista, el doctor Quesada, que acababa de salvar á su amigo el doctor Navarro.

Cito como testigos al doctor Vallejo, exsenador al Congreso Nacional y actual juez federal de seccion en Tucuman, al diputado al Congreso don Emilio Posse, y debe constarle este hecho á D. Uladislao Frias, Ministro de la Suprema Corte.

Fué en esa noche de Marzo de 1853 que hice conocimiento con el doctor Quesada, que era sumamente flaco, amistad que me honro en cultivar actualmente.

Pocos dias despues, el doctor Quesada salió de Tucuman para el litoral. Algun tiempo

despues emigró el doctor don Domingo Navarro y su señora, los cuales se asilaron en Santiago. Electo diputado al Congreso del Paraná, falleció en Buenos Aires, siendo jóven todavía. ¿No fué aquella escena la que le produjo la aneurisma?...

Me he extendido en referir este incidente porque caracteriza una época sin garantías, y puede servir para apreciar los beneficios que ha producido la Constitucion en la República. Entre esos tiempos y los actuales, hay una diferencia radical.

Necesito recordar ahora cuál era el estado general de la provincia de Tucuman.

Se empezaba entónces á dar importancia al cultivo de la caña-azúcar; pero los ingenios eran rudimentarios, ninguno poseía las máquinas convenientes, y se molía y beneficiaba la caña-azúcar de una manera primitiva. Uno de los más ricos establecimientos era el de don Wenceslao Posse; tenían ingenio

Zavalia, otros Posse, Talavera y no sé cuántos más. Todavía los Mendez no se habían hecho cultivadores de caña, ni adquirido los grandes ingenios que les han dado influencia y fortuna considerable.

Los artículos de exportacion eran en esa epoca, suelas, pellones, tejidos y quesos de Tafí, con lo cual saldaban la importacion de mercaderías europeas.

El producto de los ingenios se consumía en las provincias limítrofes, así como los aguardientes y la chancaca y melasas. Se hablaba de la importancia de esta industria, pero era necesario traer máquinas y usar del crédito, y no había ni caminos, ni comunicaciones periódicas, ni capitales.

En esos momentos, Buenos Aires estaba en guerra con las Provincias, y no era posible dar á aquella industria el desenvolvimiento necesario. Todo estaba en embrion, fué por ello que las Provincias hicieron esfuerzos

para que el Congreso de Santa Fé sancionara, como felizmente sancionó, la Constitucion, contra la influencia y el poder de los que atacaban aquella obra del patriotismo.

No era posible tener crédito interno ni externo, en una nacion desorganizada, con un pueblo empobrecido, que había vivido sin garantías civiles ni políticas. Disolver ese Congreso fué el propósito anti-patriótico de los que querían ser iniciadores, cuando apenas podían ser demoledores. Las Provincias permanecieron sordas á la voz de la anarquía, y á esa actitud debe la nacion la base inconmovible de su progreso actual.

¿Cómo hubiera sido posible desarrollar la agricultura ó la industria, cuando no había otro medio de transporte para los pesados frutos de esta provincia, por ejemplo, sinó las tropas de carretas? Este transporte estaba en relacion con lo embrionario de los productos. El viaje desde Tucuman á

Buenos Aires, era no solamente lento, sinó muy dispendioso. Se necesitaban boyadas de repuesto, para la muda de las que tiraban las carretas, y como estas se fabricaban en Tucuman, los troperos eran verdaderos capitalistas constructores de carretas, las que vendían tambien en el mercado del litoral. Cada tropa exigía, pues, capitales en animales, en sueldos de peones y en el valor de las mismas carretas.

Los fletes eran caros y el producto se recargaba con el interés por los meses que transcurrían desde el mercado productor al consumidor, que podía calcularse en noventa dias. Otro lapso igual de tiempo el retorno de las mercaderías europeas, y con tal sistema puede apreciarse cuál debía ser la morosidad de las operaciones y lo exíguo de las utilidades.

En Tucuman se cultivaba tambien el tabáco, que se transportaba al litoral en *mazos* y

estos en petacas de cuero; pero esto mismo era muy rudimentario. El agricultor vendía al negociante y este era el especulador que exportaba por su cuenta. De modo que el precio que ofrecía dependía de la necesidad de remitir fondos al mercado de Buenos Aires para traer de retorno mercaderías.

Era necesario hacer viaje redondo, pues de otro modo era difícil encontrar tropa que llevase los efectos. Y como todo era muy lento, el movimiento del capital no producía la utilidad necesaria. Por eso las operaciones eran reducidas. El consignatario que adelantaba fondos en Buenos Aires, cobraba comision de venta, comision de compra, garantía é interés de los capitales que adelantaba. El comerciante de las provincias se encontraba esquilmado. Para todas las operaciones necesitaba un intermediario, es decir, una comision á pagar.

Asi, pues, hicieron tentativas para abrir en

Chile un mercado consumidor á los tabacos tucumanos, pero les faltó crédito y capital.

Las mulas, los caballos y el ganado vacuno en pié, se exportaba para Bolivia, junto con otros artículos que no me es fácil señalar, porque ni fuí jamás comerciante, ni me ocupé de comercio. Mis recuerdos son referencias á las conversaciones que oía en aquella época. Los que hacían este tráfico se quejaban de carecer de proteccion por parte del gobierno argentino, que ni cónsules tenía, ó estos eran pocos.

Todas las relaciones comerciales adolecían de la lentitud, exigían largos viajes y era difícil la pronta realizacion de una operacion. Más aún, pudiendo vender las especies que exportaban, todavía se hallaban en presencia de una dificultad, á saber, el transporte del dinero, que era preciso hacerlo en especie y con riesgo. El crédito era desconocido, y la

letra de cambio no había penetrado en los usos del comercio de esas provincias mediterráneas, que era limitado y pobre.

Sin embargo, en la provincia de Tucuman había un bienestar general y muy notable. Esa pequeña provincia, como estension territorial, era agrícola y ganadera, y por ello fué de las más ricas. Ese bienestar se observaba en las campañas, en el traje de los campesinos, en la poblacion urbana, en la burguesía y en la clase trabajadora, que vestía y calzaba con limpieza. Recuerdo que ví pocos mendigos, aunque es evidente que habían menesterosos y desgraciados, como los hay en toda asociacion humana, por pequeña que sea. Pero formaba un contraste muy marcado, por ejemplo, un Atamisque en Santiago, con las poblaciones rurales y aún con la clase proletaria de aquella capital.

Ese bienestar se veía desde el aspecto de

las personas hasta el exterior de las habitaciones.

La misma ciudad de San Miguel de Tucuman era más alegre, más bulliciosa, había más movimiento y más industria. Cierto es que las calles no podían servir de modelo, que las calzadas eran malas, que la higiene fué un mito, pero comparándola con Santiago le era muy superior.

El empedrado de las calles se emprendió durante el gobierno del coronel don Márcos Paz, y si se desean datos, puede suministrarlos el Dr. D. Próspero García, que es abogado y fué político, ministro y diputado al Congreso.

Para que se pueda comparar el estado de la produccion agrícola é industrial hace treinta años, con la actualidad, me bastará recordar hechos notorios.

La ciudad de Tucuman se halla ahora ligada por la ferro-vía del norte con la ciudad

de Córdoba, y por el Gran Central con el puerto del Rosario y de allí con el exterior y Buenos Aires. Los viajes que se hacían entre Tucuman y Córdoba se ejecutaban en dos dias; se pernoctaba en la estacion «Recreo» y allí se pasaba la noche. Pues bien, ha crecido de tal manera el movimiento mercantil, son ya tan activas las relaciones, que ese viaje se consideraba moroso y muy perjudicial. El Presidente General Roca, en vista de las quejas del comercio, ha establecido el viaje directo y sin escalas, para que se verifique en la mitad del tiempo, como actualmente se ejecuta, y el « Recreo » ha dejado de ser posada forzada. Hoy puede irse de Buenos Aires á Tucuman en viaje directo, en tres dias; treinta años antes se empleaba un mes!

Esta línea férrea está llamada á un activísimo movimiento, porque llegará á los confines de la República, ligando en el tránsito, por medio de ramales, á las capitales de San-

tiago, La Rioja y Catamarca, y yendo de Córdoba á Tucuman, y probablemente de aquí por el valle de Lerma á Salta, y de aquí á Jujuy, la pacífica, la de los cotos por sus malas aguas y la de abundantes cretinos, por yo no sé qué causas fisiológicas.

Si el comercio de una parte de Bolivia toma esta vía, el transporte vá á crecer en colosales proporciones, beneficiando á todas las ciudades que recorra la vía y enriqueciendo los mercados.

Antes de la última reforma para el más rápido transporte, se observaba que había millones de arrobas de carga aglomeradas en las estaciones del tránsito, las que no podían transportarse por la lentitud del viaje, pues ni la capacidad para recibir la carga ni la celeridad para conducirla, satisfacían las exigencias de los productores.

Esta actividad es creciente, sirven á su desarrollo las líneas telegráficas que suprimen

distancias ; y producir y consumir es modernamente una operacion correlativa, que exige rapidez. Ahora que la ciudad del Rosario es un puerto para el comercio directo con Europa, que se hacen muelles apropiados y los ferro-carriles llegan á los mismos muelles; ahora, digo, se necesita que los trenes anden rápidos, que no haya acumulacion de productos detenidos, por escacez de wagones de carga.

La provincia de Tucuman es la única que no tuvo tierras baldías para colonizar, y sus grandes progresos, su desenvolvimiento agrícola é industrial, se debe esclusivamente á sus propios hijos.

Hace treinta años que tuve ocasion de observar, cuando recorría sus fértiles campañas cómo todo revelaba un estado social en prosperidad: las habitaciones, los trajes, las costumbres rurales, lo probaban. Necesario es reconocer que esta provincia fué una de las

mejor gobernadas durante la tiranía de Rosas, á pesar que era un centro activo de la resistencia contra la tiranía, que se dieron allí batallas, y por tanto, que su propiedad sufrió grandes perjuicios.

Ya lo he dicho, el campesino era agricultor y ganadero. Así echaba más hondas raices en el suelo que labraba, y al abrir el surco y depositar la simiente, se radicaba más al órden y se hacía económico y moral. La propiedad estaba muy subdividida; no había grandes propietarios, pero no se conocía la miseria en el que era apto para el trabajo.

La diferencia entre esta provincia y las de Santiago y la Rioja fué muy marcada.

No supe darme cuenta de estas diferencias y por ello recuerdo simplemente un hecho. Verdad es que entónces cada provincia vivía en un relativo aislamiento, y tenía su carácter local propio. El cordobés no podía ser con-

fundido con el tucumano, ni el salteño con el santafecino. Los cuyanos se diferenciaban de los del litoral, como los porteños de los riojanos, y los catamarqueños de los correntinos.

Hasta en la tonada con que acentuaban la lengua comun se caracterizaban las diferencias.

En la Universidad, conocíamos por la tonada la provincia en que habían nacido los estudiantes. Aquella diversidad no podía fundirse en una unidad típica nacional, oyéndolos hablar se sabía que había muchas provincias distintas.

El ilustre doctor D. Dalmacio Velez Sarsfield nunca perdió la tonada cordobesa, y el doctor Laspiur conserva el tipo grave y el acento sanjuanino. Solo conozco al general Sarmiento que ha perdido el pelo de la dehesa, y su cosmopolitismo se ha encarnado en su persona, en su yo. Es sanjuanino co-

mo pudiera ser del litoral, es argentino sobre todo.

Entre los diversos tipos provincianos, el más dúctil para la asimilacion fué el tucumano, se fundía con facilidad en el porteñismo, sobre todo en las mujeres cultas. Notable fué esta simpatía de estos dos pueblos distantes.

En efecto, la observacion era muy fácil tratándose de la mujer. La cordobesa no pierde nunca el acento, la entonacion, el canto al hablar; pasan años, frecuenta otras sociedades, adopta todas las costumbres, pero su acento peculiar persiste sobre todas las transformaciones. Otro acento especial es el de la salteña, que en general es interesantísima y muy culta; pero acentúa de un modo peculiar sus palabras.

¡Y cosa original! Cuando los provincianos se educan en el litoral, pierden el acento y el tipo de tierra adentro, como se decía en

aquel tiempo. Y en efecto, la prueba está en los que estudiaron en el colegio del Uruguay. Había hijos de todas las provincias, desde Buenos Aires á Jujuy ; pues bien, aquellos muchachos iban dejando poco á poco la tonada. El jujeño que tiene ese aspecto calmoso y paciente, lo que no impide que haya vivarachos, y muy imitables, el jujeño perdía á la larga la pachorra para hablar, y al fin lo hacía con la ligereza y vehemencia de los porteños y entrerianos ; porque el correntino es tambien lento para espresarse, aparaguayado en fin. En ese colegio se daba mucha atencion á la enseñanza de la gramática, y quizá con aquellos ejercicios, el oido se habituaba á hablar con sencillez y á dejar la entonacion melódica.

El doctor Larroque y el cuerpo docente, tenían por su parte empeño en corregir esos vicios de pronunciacion, como decían ; y sea lo que fuere, los allí educados cantan menos

al hablar. En algunos se ha operado un fenómeno, con los años han vuelto á recordar el acento de su tierra.

Pero ¿ qué tiene que ver el acento en el hablar con mis recuerdos? Hable cada cual como le plazca, cante y acentúe como Dios le ayude, pero piense bien y obre mejor, es mi deseo.

Antes de concluir estos recuerdos, no quiero que vayan á suponer en esa que sus damas no acentúan las sílabas y entonan como si fuera un solfeo : allí tienen tonada, y la peor, porque es coquetería y pretension. Creen que son más amables haciendo de cada vocablo un arrullo, con entonaciones diferentes, aflautando la voz, y á veces alargando las palabras, solo por el amor á las modulaciones armónicas. Y pido que lo observen cuando conversan en coro, que es una manera de conversar muy frecuente en la sociedad porteña ; entónces se perciben las

diferencias cromáticas, los semitonos y los solfas ; cada una se estimula con la vecina, y al fin, aquello es una orquesta de desentono y de estrañas melodías.

Y esta manía de modular entonando los vocablos, se desarrolla en las viejas coquetas, es el último refugio del arte, modulan los vocablos, y giran los ojos á compás. Es costumbre de mal gusto, y es gusto de malas costumbres.

Y basta de estos asuntos delicadísimos, pues no hay epidermis más impresionable que la de la matrona madura y coquetona ; quiero dar entretanto un consejo : huyan de las mujeres que acentúan en semitono las palabras, son falsas. Punto y aparte, que no es prudente recargar el cuadro.

La situacion política de Tucuman me hizo anticipar mi proyectado viaje á la ciudad del Valle de Lerma, á San Felipe de Salta.

Poco podré decir sobre esta antigua capi-

tal, porque allí estuve enfermo, y ví poco y conversé menos.

En aquella época, las relaciones comerciales, los usos, el gusto y los hábitos, olían á boliviano, ese era su color local. Tenían más contacto con Bolivia que con el litoral argentino.

Y sin embargo, los señores San Miguel y D. Gregorio Lezama, y tantos otros salteños, pudieron llevar á esa plaza el comercio de aquí, pero sea que el ramo más fuerte de intercambio fuese el de llevar ganados en pié, mulas, caballos y vacas, espediciones que llegaban hasta el Perú; sea lo que fuere, el hecho es que el comercio se hacía por aquella vía, y otras veces por puertos chilenos. Los salteños salían al exterior por el Pacífico ; habían invertido la regla, daban la espalda á sus paisanos y se iban fuera.

Por otra parte, cuando vendían sus ganados, despues de un viaje penoso, largo y

muy costoso, se veían forzados á retornar el precio de la venta ó en mercaderías ó en dinero sellado, en especies metálicas, lo que era un peligro. Este rasgo caracteriza el atraso de las relaciones mercantiles de ese tiempo.

Ahora bien, con ese dinero se surtían en puertos chilenos, é importaban á Salta mercaderías de gusto chileno, que no era ni fué el gusto argentino, aunque los efectos sean de falsificacion europea. En esa ciudad se consumían productos bolivianos, desde el café de Yungas hasta el chocolate de Apolobamba. Como se vé, aquella sociedad reflejaba otras costumbres. Era tan débil la influencia del litoral argentino, que me creí en Bolivia; todo tenía cierto sabor á *coyas*.

La ciudad de Salta era entónces triste; no había una sola calle empedrada, á pesar que podían utilizar la piedra rodada de su rio.

Si bien es pintoresca la situacion por las vistas de las montañas, el valle de Lerma es estrecho, le falta amplitud. El horizonte lo forma la silueta desigual de las serranías próximas. El camino va subiendo desde Córdoba, y ya en Salta se está á buena altura sobre el nivel del mar. El aire es fresco y penetrante: es hermoso el paisaje, y pintoresca, variada y fértil la provincia.

En la ciudad predomina en la clase proletaria, el cholo y el indio, la raza indígena con sus vestidos peculiares, la *ojota* y los vestidos tejidos por las indias. La raza blanca absorberá al fin á los indígenas ciertamente, pero esa fusion no se ha operado. Se conserva en el color de la piel, en el cabello renegrido y duro como cerda, y los rasgos fisionómicos, el aspecto de los aborígenes. Son inteligentes, pero gran número tienen fisonomías impasibles, y solo brilla el ojo penetrante, curioso y pequeño del indio.

En los usos de la vida, en el nombre de los objetos, los aborígenes han dejado su sello: en lengua quíchua se denominan los útiles más frecuentes, las plantas, los árboles, y hasta los peces.

Pero esa poblacion es de valientes, son descendientes de los héroes de Güemes!

La ciudad antigua tiene el sello colonial, en los balcones, en las rejas de las ventanas, en los aleros de los tejados, en todo se vé el español. Todo era triste. La edificacion urbana no se había modernizado, más cosmopolita era Tucuman, su aspecto en general era más nuevo. En Salta, iglesias, plazas, plazuelas, y hasta los puentes, tenían el color y el musgo verdoso de lo viejo.

Bueno es no olvidar que hablo de Salta de ahora treinta años, y supongo que actualmente haya cambiado y cambiará más cuando llegue la ferro-vía. No he vuelto á esa ciudad desde aquella época lejana.

Llevaba recomendaciones para el respetable don Tomás Arias y para el doctor don Bernabé Lopez. Ahí conocí al buen don Benito Graña, despues avecindado en el litoral.

La sociabilidad de Salta era muy adelantada, las damas muy cultas y á pesar de todo, olían algo á pergaminos, un cierto sabor señorial pretencioso dominaba en ciertos centros sociales. Aunque esa ciudad y la provincia sufrió mucho en la guerra de la independencia, se conservan, empero, ó mejor diré, se conservaban fortunas notables por la extension de los territorios. Se disputaban la influencia y el gobierno familias rivales, agrupaciones de parientes que se vinculaban entre sí por celo contra los otros grupos. Era la tradicion que todavía influía en la política local. La gente nueva, los políticos noveles, pertenecían á estas agrupaciones. Así en el estudio de los intereses salteños es preciso

tener en cuenta estas alianzas, más fuertes que los lazos del partido.

Salta ha sido cuna de hombres ilustres en el pasado, y tiene influencia en la actualidad de la República. Fué patria de los Gorriti y otros personajes célebres.

Conocí al general don Manuel Puch, alto y flaco, con sus bigotes duros por la cera y como aleznas de zapatero remendon; era servicial, conversador y muy metido en los enredos de la política local. A veces descuidaba del cosmético y mostraba en el cuello de la camisa su descuido.

Asistí á algunos bailes, traté á algunas familias, pero permanecí poco tiempo.

Esta ciudad fué siempre un refugio para los emigrados bolivianos, que los había con frecuencia, porque esa es tierra que tiene la costumbre de las revoluciones. Aquí residió el notable don Casimiro de Olañeta y muchos otros.

Muchas casas conservaban el aspecto señorial por la forma exterior, las puertas y los grandes patios. Paréceme que había quienes se engreían de ser fidalgos.

Salta tiene peculiaridades notables. Fué la provincia que tuvo Constitucion escrita durante la época de Rosas; no se perpetuó ningun gobernador, todos terminaban su período y no atentaban á precepto constitucional que prohibía la reeleccion. De modo que está en las costumbres esta buena práctica.

La transformacion que se ha operado en el litoral y en el interior de la República, ha de haber influido en Salta, puesto que es notabilísimo el incremento del comercio.

El tráfico internacional ha alcanzado á 2.975.193 toneladas de mercaderías y frutos, importados y exportados, y la renta general de la Nacion que en 1880 fué de 19.000.000

llega á 30.000.000. En este aumento Salta tiene una parte como consumidor y productor.

La caña de azúcar se cultiva y posee ya valiosos ingenios con maquinaria perfeccionada.

Los molinos de Patron y de Cánepa son movidos por el agua y el de Baisac lo es á vapor. Comienza un desarrollo industrial muy fecundo. Los vinos de Cafayate son deliciosos.

Pero en aquel tiempo en los arrabales había una multitud de ranchos pobres, y allí se veían á los jornaleros ó *sacha*, artesanos, embriagarse con la *chicha* y era una de las provincias donde había más *chicheras*, es decir, mujeres que se ocupaban de hacer *chicha*. Esta bebida indígena ha sido fatal para las costumbres, porque fomenta la haraganería y el juego.

Famosas fueron las procesiones del Señor

de los Milagros en esta ciudad, y más famosas sus férias, con todas las diversiones á que dan pretesto.

En esta ciudad rodeada de rios y arroyos era escasa el agua potable. La vendían aguadores con carreta y no bastaba para los usos domésticos. Y sin embargo, ensanchando la acequia de los Patrones podía proveerse á la ciudad de buena agua. Las minas del cerro de la Quesera podrían suministrar plomo para las cañerías, y como la ciudad es más larga que ancha, bastarían dos ó tres caños maestros.

Abunda el pescado en el mercado, los pescadores lo pescan y lo llevan en *chigua* mezcladas las diversas clases y tamaños y lo venden luego en detalle. La manera de cogerlo es primitiva y hasta la palabra es quíchua. La carne es buena pero no abundan las legumbres, me refiero siempre á la época en que visité esta capital.

Hoy todo debe estar transformado, y más lo será dentro de muy breve tiempo.

La ferro-vía del norte se prolonga y los trabajos se ejecutan con la posible celeridad. Muy grandes son las dificultades que ofrece el terreno entre Tucuman y Salta.

En Abril del año corriente se empleaban 3387 trabajadores, y leo en un informe del ingeniero Stavelius, que en los primeros diez meses del presente año se ha removido 1.810.461 metros cúbicos de tierra. Las lluvias torrenciales no permiten en ciertas estaciones la celeridad en los trabajos, y las aguas pluviales corren con rapidez vertiginosa. El viaducto del Saladillo está levantado á la altura necesaria. Estas obras son las más dispendiosas de las ferro-vías argentinas; hay un túnel, varios puentes, y el del rio Vipos aún no se ha concluido.

La traza está terminada hasta San José de Metan, pero aún no se ha resuelto la direc-

cion de este punto hasta Jujuy. En Salta se agitan, con muchísima razon, para que sea por el valle de Lerma hasta la ciudad de San Felipe, y la Legislatura ha autorizado al gobernador para negociar ese trazado, pagando la diferencia en caso que fuera más dispendioso que otro cualquiera.

Tal solicitud es justa. Una ciudad de la importancia de Salta, fuera del movimiento de una ferro-vía como la del Norte, es condenarla á una decadencia forzosa, pues no bastan los ramales que la pusieran en comunicacion. Por el contrario, si allí mismo se establece una estacion, se fomenta el mercado, se dá nueva vida á la poblacion por el contacto con los pasageros, y se desenvuelven nuevos gérmenes de prosperidad.

Por ello, el actual Presidente de la República no solo ha resuelto, de acuerdo con la sancion del Congreso, poner en relacion con esta gran arteria central todas las capitales

de provincia, sinó que además ha invitado al gobierno de Bolivia, para que de comun acuerdo se practiquen los estudios relativos á la prolongacion de la ferro-vía del Norte hasta las principales ciudades de aquella República. Si tal proyecto se realiza, el comercio tendrá un incremento poderoso y ganarán todas las ciudades del tránsito.

Salta se emancipará de los mercados chilenos y se hará argentina por los intereses de su comercio y de su industria: provincia ganadera, agrícola y minera, está llamada á un alto grado de prosperidad. Ahora vá un sábio de los profesores de la Academia de Córdoba á estudiar los criaderos metalúrgicos de ese territorio, y los de petróleo en Jujuy, y así á medida que se facilita la locomocion se preocupa el gobierno de fomentar la riqueza que los haga prosperar.

El plan general de las ferro-vías argentinas es previsor y progresista: todas las ciudades

de las provincias mediterráneas quedan ligadas á las grandes arterias, diré así, á la del Norte y á la Andina, y se reunen en Córdoba, desde donde vienen por el Gran Central hasta el puerto del Rosario. De modo que el comercio interior, el intercambio de las provincias entre sí está además en relacion con el comercio internacional, y bajo este doble aspecto es el más poderoso medio para activar la riqueza nacional.

Compárese esta situacion próspera con lo que era la República cuando hace treinta años visitaba las ciudades del interior y el más pesimista tendrá que reconocer el evidentísimo progreso que se ha realizado; progreso que ha recibido un impulso poderoso durante la administracion del general Roca.

No bastaría esta red de ferro-vías y esa más complicada y estensa de telégrafos, si la poblacion estuviese limitada á aumentar por sí misma, á crecer por el aumento paulatino

de habitantes ; pero no, eso hubiera sido hacer á medias las cosas, y para completarlas en este lapso de tiempo, se ha ocurrido á la colonizacion, buscar á fuera nuevos pobladores, á los cuales la facilidad de locomocion les haga posible vender sus producciones.

Echese una mirada sobre este gran auxiliar del progreso. Santa Fé cuenta con sesenta y ocho colonias, Entre Rios con diez y siete, Córdoba con la de Caroya y las ocho leguas que ha cedido en Rio Cuarto para ese objeto.

El gobierno nacional se muestra incansable. Se han delineado y numerado tierras para dos colonias en la falda de los Andes, para cuatro en la Patagonia, el Gran Chaco y Misiones. Los territorios nacionales de la Patagonia, el Gran Chaco y Misiones, son estudiados bajo todos aspectos, para dotarlos de vías de comunicacion y fundar en ellos colonias, que serán más tarde nuevas provincias de la República.

La provincia que tiene menos colonias es la de Buenos Aires y es entre tanto la que posee un número mayor de kilómetros de ferro-vías y telégrafos. En su territorio no hay ningun ferro-carril de la nacion; el del Oeste y sus numerosos ramales pertenece al tesoro provincial y las otras ferro-vías á diversas sociedades. Pues bien, si se hubiera dado igual incremento á la colonizacion, la riqueza se habría centuplicado.

La colonia de Olavarría se halla en gran prosperidad, y las del Baradero no pueden envidiar á otras su progreso; pero ahora se intenta mensurar tierras para fundar, por cuenta de la provincia, varias colonias en las extremidades de lo poblado, pero ligadas por ferro-vías.

El país entero se ha entregado con fé y con decision al trabajo presente y sobre todo á preparar el desarrollo futuro. Es un momento psicológico digno de estudio.

Cuando yo comparo el punto de partida del órden constitucional en 1853 con los evidentes progresos realizados hasta ahora, doy gracias al Eterno que me ha permitido ser testigo ocular de tan profunda transformacion. Verdad que muchísimo queda por hacer; pero los colaboradores honrados de esta obra grandiosa de patriotismo, pueden descansar tranquilos, porque han cumplido con acierto su deber.

Los pocos miembros del Congreso Constituyente que aún sobreviven, morirán satisfechos de haber sabido sobreponerse á los errores y á las pasiones anárquicas, procediendo como hombres de estado previsores...

Córdoba, Marzo de 1884.

MI TIERRA

LAS CIUDADES DEL INTERIOR

(RECUERDOS DEL NORTE)

No fuí á Jujuy porque me hizo desistir del viaje el doctor don Daniel Araoz, aquel fecundísimo conversador, el infatigable discutidor de la Cámara de Diputados en el Paraná y despues en Buenos Aires; aquel jujeño inteligente, que me causaba cierta emocion con su sombrero blanco de copa alta, su paso menudito y su estatura diminuta. Inteligente é instruido, era capaz de sostener que yo era

ciego y con esa lógica de que hacía gala, me expuso que era posible adquirirse el coto, y la idea, ser yo *cotudo* me aterraba. Y sobre el coto habló tanto que tuve formalmente que declararle que no iría á Jujuy, ni para visitar al doctor don Plácido Sanchez de Bustamante y al doctor don Benito Bárcena, dos senadores perpétuos, con brevísimo tiempo de descanso, que conocí en el Senado, desde hace ahora más de treinta años.

No fuí, pues, á Jujuy. En vano el doctor don Amadeo Graz me decía que me esperaba para hacerme conocer su provincia y la capital: yo estaba ya embrujado por la lógica del doctor Araoz y renuncié á la ilusion de ver á Jujuy.

La ciudad es antigua y pequeña, sus casas de teja, y como la raza indígena predomina, aquella sociedad era más boliviana que Salta, que desde la época de la colonia fué superior á su vecina; la última de las capitales argen-

tinas y como tal la que debe cuidarse más, para llevarle la influencia moral, la iniciativa inteligente y las ambiciones de las poblaciones del litoral.

En Jujuy abundan tambien los cotos, y los habitantes no son en general esbeltos. No sé si el aire, si las aguas, ó la mezcla con esos indios sumisos y blandos, como secularmente son, habituados al gobierno de los Incas; no sé qué es lo que influye en el aspecto físico de la poblacion.

Los campesinos son dulces, tristemente sometidos á los patrones, porque son siervos, inquilinos ó poseedores de la tierra de los grandes señores, á los que deben servicio personal. Conocí muchos de sus pobres habitantes de la campaña y jamás llegó á mis oidos una injusticia más chocante, que la que se comete con ellos.

Poseen la tierra por una série de generaciones, la cultivan como la cultivaron sus an-

tepasados; pues bien, esa tierra en que se han criado, donde vivieron sus abuelos y los abuelos de sus abuelos, esa tierra fué dada por el Rey, á este ó aquel conquistador, y hoy el señorío de esa tierra pertenece á personajes políticos, que quieren que los pobres, los antiguos, los legítimos ocupantes de esa tierra, la abandonen porque ellos ahora la necesitan, fundados en una convencion real! Y los jujeños blancos y la raza mestiza, y esos argentinos que deben amor y justicia á sus hermanos, en forma de jueces y con la fuerza del gobierno, van á hacer desalojar á los poseedores de siglos!

Si hay una propiedad legítima, digna del respeto de todos, es esa propiedad del indio manso; del indio que paga tributo, que lleva las armas y viste el uniforme del ejército, de esos argentinos verdaderos y honestísimos.

Pues bien, para ellos no pueden oponer tí-

tulo escrito al título otorgado por el Rey de España, para ellos que luchan con el jujeño politiquero, para ellos no hay justicia! Son tratados con más rencor que los judíos en Alemania; es raza maldita, porque los señores codician la tierra y serán desalojados sin piedad! Nadie ha hecho sentir ante el país entero que va á cometerse un crímen sin nombre, arrojar del hogar de sus mayores á las poblaciones rurales de varios departamentos de Jujuy.

Y se mezcla en ese crímen el clero, anatematizando al pobre indio que resiste y llora; y el clérigo, el sacerdote, el que debe ser justo, se hace inícuo instrumento del señor, solo porque este pertenece á los ricos, y los ricos son los dominadores de Jujuy.

Lo que pasa en Jujuy es boliviano, esencialmente boliviano: las poblaciones rurales son los siervos, los tributarios del señor que posee una concesion real, incluyendo en ella

como encomienda hasta los indios. Pero ese órden de cosas no puede continuarse bajo un gobierno justo, sin las preocupaciones de conquistador.

Todos los argentinos en Jujuy tienen iguales derechos, y ese desalojo de poblaciones enteras no tiene ejemplo sinó en las guerras de religion : son los españoles arrojando á los moros y judíos. ¡Pobres indígenas! ¡Dónde irán, cuando se les eche del hogar en que está vinculada toda la tradicion de los suyos. Yo he oído á estos pobres, cuando estuve en Salta, y me irritaba el desden con que los blancos escuchaban sus quejas : desden que tiene el señor por su siervo, el amo por su esclavo.

A aquellos infelices, los creían sin derecho; y ellos inermes, no osaban ocurrir á la fuerza y sobreponerse por el número á los dueños de la tierra ajena.

Tal es el estado social de esa Provincia

ahora mismo que escribo, y tal lo fué cuando el doctor Araoz me hizo desistir de mi viaje, para que no viese de cerca la lepra social, el cáncer que roe á esas poblaciones : quiso ocultarme una iniquidad.

La conspiracion de los blancos, de todas las clases dirigentes cierra todas las puertas á los pobres indios : han ocurrido á los tribunales, al Gobernador, á la Legislatura, y en todas partes han encontrado menosprecio por los vencidos, y pretensiones de amos, actitud de conquistadores.

Resolver con equidad esos conflictos sería la obra del patriotismo, pero no hay patriotismo cuando hay codicia!

Ese atentado tal vez esté consumado, y las víctimas sin medios para llevar á la prensa estas cuestiones, sin dinero para buscar abogados, se irán á morir de hambre! Yo he hablado, lo repito, con muchos, sabían leer, esponían con claridad su derecho, tal vez con

alguna astucia, pero tenían cerradas todas las puertas. ¡Nos azotan! me decían, y el cura y la policía no tienen compasion de nosotros. Su aspecto era ciertamente indio pero vestían como proletarios de las ciudades, calzados y con pantalones. Me llamó la atencion el fatalismo típico de esta raza, siempre sencilla y no atreviéndose á usar de la violencia para repeler la violencia.

Esta situacion social es escepcional en la República, el departamento de Cochinoca, me parece, es el teatro donde se ejecuta ó se ejecutó la grande iniquidad. Nuevos judíos, irán á buscar pan ¿donde? Si en la República se pide inmigracion ¿cómo se echa de la tierra á sus poseedores seculares? ¿Hay derecho más sagrado que esta posesion inmemorial?

Me siento entristecido al pensar que en medio de la gran prosperidad general, los restos de las pobres razas aborígenes arras-

tran ahora la misma servidumbre que en los momentos de la conquista, y que familias enteras á las cuales se les ha quemado la casa, y rozado sus cultivos, habrán empezado una peregrinacion que es la muerte!...

No sé si alegrarme de no haber visitado aquella ciudad, porque de ella está ausente la justicia, la equidad y la prudencia.

Necesitaba volver á Córdoba: mis vacaciones terminaban y no podía atravesar las provincias de Tucuman y Santiago del Estero por la guerra civil. Era preciso alejarme del teatro de la guerra, podían haberme hecho soldado y ¿á quién podía quejarme? Hice un viaje penoso, y tanto que no quiero por ahora referirlo.

Llegué al fin á Córdoba y alcé las manos, me creía encerrado en el norte y sin salida, porque ya mis recursos se agotaban. No sabía nada de los mios, y mi tio el cura quizá me rezó un responso, y en cuanto á mi tio

Blas, se hallaba dentro de la ciudad de Buenos Aires, que estaba sitiada. No tenía carta de ninguno y los tres meses iban á terminar, pero salvé las dificultades y seguí mis cursos de preparatorios. Llegué junto con los jóvenes hermanos Lobos y Avellaneda, y el buen Rector Arellano me acogió con el afecto acostumbrado.

Córdoba, Abril de 1884.

EL COLEGIO DE MONSERRAT

Y

LA UNIVERSIDAD DE CÓRDOBA

(RECUERDOS ÍNTIMOS)

1838-1852

La vista de los lugares y las cosas renueva el recuerdo, aviva la memoria, y sin quererlo y sin grande esfuerzo, se reproducen como en relieve las escenas de los tiempos pasados. El espíritu se agita profundamente y reaparecen hasta las figuras y las personas que conocimos en el pasado, evocadas desde el fondo misterioso del no ser. No es la evo-

cacion de los espíritus con que el fanatismo espiritista pretende traer á la tierra la sombra de los muertos, es por el contrario, un fenómeno psicológico, eminentemente natural y esplicable, puesto que es el ejercicio de la facultad de recordar, la memoria que conserva en capas sucesivas los hechos, las cosas, las personas y las escenas, que se han grabado en nuestra personalidad, mientras multitud de sucesos pasan sin dejar ni rastro en la historia individual. Esos recuerdos renacen vivaces, estimulados por accidentes y por sucesos completamente independientes de la voluntad.

Yo vine aquí para restablecer mi salud quebrantada, y causábame tristeza y sentía congoja, cuando pensaba los vacíos que había encontrado en mis viajes anteriores, puesto que vá disminuyendo el número de los coetáneos de mi infancia, y generaciones nuevas, á las cuales no me vincula sinó la

comunidad de la patria, suceden sin cesar á las generaciones que van cayendo por la muerte; y en esta renovacion periódica, fatal y lógica de la existencia colectiva de las sociedades, el hombre que sobrevive á los de su época, queda aislado y solitario, como ajeno á las preocupaciones y al íntimo anhelo de los que van ocupando á su turno el escenario de la vida. Pude quizá por ello, por este accidente sin mérito personal, mirar al pasado y compararlo con el presente, con esa despreocupacion é imparcialidad con que se juzgan las cosas que no han de influir en el individuo, en su futuro ó porvenir. Si fuese posible suponer que los muertos vuelven en espíritu, el que sobrevive á su tiempo pertenece á aquellos, y se encuentra como resucitado en una sociedad completamente extraña y nueva. La naturaleza es la misma, hasta el aspecto de las ciudades se conserva en general, todo está casi inmutable, con los

inevitables cambios que producen los años: lo que desaparece por completo es el hombre. Me encuentro aquí, veo á Córdoba transformada, y transformándose á mi vista; soy ya un desconocido hasta para aquellos que conocí en mi niñez y que aún viven; necesito reconstruirles el pasado para que me reconozcan. ¡Cuántos condiscípulos se olvidaron completamente del condiscípulo! Pasan á mi lado y no sospechan que cursamos las mismas clases, ora frecuentasen la Universidad, ora perteneciesen á los internos ó externos en el Colegio de Monserrat; ellos como yo tenemos el cabellos blanco, y somos ahora los ancianos. Qué tristeza tan profunda, contemplar cómo el hombre pierde su lozanía para acercarse á la muerte, mientras toda la naturaleza se renueva y se transforma por las estaciones. Los árboles pierden sus secas hojas, pero al volver el estío brotan nuevos retoños y hojas nuevas, mientras que el hom-

bre encanece, se encorva y cae, para volver al seno de la madre tierra. ¡Qué corta es la vida!

Y sin embargo, no sin razon un pensador profundo ha dicho que « recordar es vivir ». Se experimenta placer, pero placer mezclado de amargura y de dolor, al rememorar la vida de la juventud. Los viejos gozamos indeciblemente con esa reconstruccion del pasado. Por eso, cuando me decidí á colaborar activamente en la *Nueva Revista de Buenos Aires*, lo hice sabiendo que para mí sería un verdadero rejuvenecimiento esta triste evocacion de los tiempos felices que fueron. Tiempos felices, sí, porque á pesar de todas las contrariedades de entónces, que era jóven, y la juventud, esa « primavera de la vida » como la llama el poeta, es la edad de oro, la época inolvidable de la vida.

... Paréceme que fuera ayer cuando cursaba las aulas como interno en el Colegio de

Monserrat. Ayer... y han trascurrido más de cuarenta años.

He vuelto á visitar el edificio, y á pesar de sus reformas y reedificaciones, me parecía que veía á mis condiscípulos, á Emiliano García, con quien felizmente conservo la intimidad de la infancia, y á quien las graves tareas de la magistratura no le han disminuido la memoria, de manera que es el auxiliar más poderoso en mis evocaciones del pasado. Emiliano Clara, Justino Juarez y Domingo Castellanos, otros dignatarios hoy del coro de esta Santa Iglesia Catedral, á quien me he atrevido á darme á conocer. Ellos son sacerdotes, y yo quedé, como era de estudiante, el porro indolente, atrincherado más tarde en el estéril celibato, enfermo de espíritu y cuerpo, sin mision útil en la tierra. Soy sombra de la sombra de mi niñez, y la vejez que ya me agovia no me quita entretanto el amor tranquilo del *dolce far niente*. He oído

á estos condiscípulos cuando ocupan la cátedra sagrada y se expresan con lucidez elocuente, ¡cuánto hubiera deseado tenderles mis brazos de compañero de colegio! Pero ellos pasan indiferentes al lado de este viejo, extranjero en mi tierra hasta para ellos, y nada les dice el corazon ni la memoria...

Salvador Gil y Mariano Godoy, aquellos sanjuaninos traviesos y desgarrapados, son ahora canónigos de la Catedral de Cuyo.

Solo yo no supe ser padre de familia, ni clérigo, ni fraile, y héteme aquí, porque, cuando menos debo estar condenado á contar lo que eran aquellos estudios, lo que fué ese Colegio de Monserrat, de donde han salido tantos discípulos que honran actualmente al país, y á referir tambien el estado de la Universidad y su enseñanza.

Debo hacer justicia á aquellos maestros abnegados que supieron generosamente y sin interés pecuniario, depositar en la juventud

la simiente que ilustra y moraliza, en ı
época en que la República empezaba su la
martirio barbarizador y salvaje. Cumpli
pues, mi tarea como un deber de concienc
Para muchos de mis condiscípulos seré
aparecido que vuelve del mundo de los es
ritus, pues habrían pensado que la mue
había ya cargado con el pobre Víctor!

Y ya que me encuentro en esta ciudad,
dejaré de refrescarles la memoria, refirier
nuestra vida de estudiantes internos. Gu
entretanto, que no quiero encontrarme fr
te á frente con ninguno de ellos en el mur
de la realidad. Me complace la fantasía
escribir como si lo hiciese del seno mister
so de la muerte. Yo no quiero, viejo co
me hallo, encontrarme cara á cara con ot
viejos, altamente colocados en el escena
de la vida positiva, porque no sé si en
fondo de mi alma pudiera despertarse la p
zoña de la envidia, al encontrarles disting

dos y respetados por sus méritos, mientras yo soy uno de los muchos zánganos de la colmena humana. Tengo miedo de mí mismo, por ello quiero evitar sus reproches y observaciones, cuando me pidiesen cuenta de la esterilidad de mis años pasados. El arrepentimiento es impotente para deshacer la realidad, y por lo tanto quiero, cuando menos, vivir en santa paz con mi conciencia; huyo de darme cuenta de los años transcurridos y de todo lo que pueda aumentar las sombrías tristezas de mi voluntaria soledad. Pídoles encarecidamente que no me busquen, pues causárame pena el obligarme á hablarles de mi pasado intelectual, y no fuera posible dejar de hacerlo, puesto que les conservo el afecto que nace en las áulas y entre compañeros.

Prevengo á algunos, por último, que recuerdo los palmetazos que llevaron, y no faltan quienes fueron zurrados á calzon quitado

por el maestro de latin, el temido clérigo D. Domingo Gonzalez, famoso entre los estudiantes por la severidad de sus castigos. Recuerdo perfectamente bien cuáles llevaron doce y veinticinco azotes, y les declaro que mi venganza será, si tratan de violentar mi retiro, contar con pelos y señales, y nombres propios por añadidura, las azotainas de que fuí testigo, dadas algunas por el tuerto Diaz. Están prevenidos. Mi pluma, que ahora es inofensiva, la trocaría por una púa de hierro en áscuas, para dejar en la epidermis de algunos, el recuerdo de la pena á su indiscreta curiosidad.

Muchos de mis condiscípulos que tenían fama de rudos, se han distinguido más tarde y son hoy reputaciones muy merecidas, mientras otros que auguraban inteligencia brillante no han dado ni las fugaces y humeantes luces del candil. No quiero entrar en esta crónica estudiantil, pero les ruego

que respeten mi voluntad, como si fuesen ejecutores de mi testamento.

Cuando encuentro en la calle, acicalado, pulcro y grave al doctor D. Rafael García, reputacion envidiable, inteligencia nutrida, y magistrado respetable, tengo á veces veleidades para gritarle: ¿No me conoces? ¿Tú con quien tantas veces compartimos nuestros haberes de estudiantes? Pero él no mira, va preocupado de sí mismo, observando hasta las inmundicias de las calzadas para prevenir á su noble compañera é impedir que se emporque el pié. Nunca encontré su mirada con la mía, y le dejo pasar...

Fernando F. Allende, Eloi Avila, Manuel Garzon, Domingo Garay, Napoleon Moyano, Ezequiel Tavanera, Severo Ruiz, Santos Nuñez, Fernando Zavalía, cuyo volúmen ha crecido con los años, Francisco Ignacio Cabrera, Eusebio Polanco, y Jeremías Malarin, son todos doctores ó abogados, han figurado en la

magistratura, el foro ó la política. Todos ellos se han olvidado de quien no salió de las aulas del colegio de Monserrat, en pocos años y en menores, porque quisieron los mios que fuese médico, aunque tal cosa fuera contraria á mis deseos, á mis gustos, á mi voluntad, y en tan desacertado consejo influyó mi tio el cura de un modo decisivo, y torciendo mi vocacion me han hecho una nulidad.

Mientras tanto, otros que eran mis coetáneos de estudios, llegaron á la meta, como Modestino Pizarro, muerto tan jóven! Manuel Cuestas y José Lopez, no vayan los lectores á confundirlo con su homónimo, aunque mi condiscípulo tenía buenos los ojos, grandes é iguales.

¿Y los otros? pregunté, ¿donde están? Me dijeron que eran hacendados: Felipe E. Crespo, Francisco Rueda, Eusebio Agüero, Crisólogo Carranza, Ezequiel Cabrera, Francisco y Manuel Peralta. Me informaron que el chi-

quitin de Joaquin Zavalía, es hoy un hacendado rico en Tafí, provincia de Tucuman. Quemó los libros, en lo que hizo muy bien, pues nunca pasaba de la *grama*, y era incapaz de tragar la *tica*. Fernando García Escuti, Zacarías Fierro, Alejandro Garzon, Pio Juncos, Juvenal Pinto y Dámaso Arévalo, en vez de continuar sus estudios, se han dedicado á criar vacas, que es más productivo, y ciertamente que á aumentar la poblacion cordobesa. En algunos influyó en ese camino la terrible palmeta del clérigo Gonzalez, y en otros tal vez el azote del tuerto Diaz. Pero ¿qué les importa á mis lectores lo que fueron ó lo que son mis condiscípulos? Ciertamente que nada, pero yo no puedo truncar los recuerdos, no me es posible olvidarlos, y ciertamente que se me olvidarán muchísimos.

En el comercio he encontrado á Wenceslao Funes, Julio Fragueiro, Candor Lascano, que

si lo bautizaron por candor no fué jamás candoroso. José del Viso, Samuel Breton, José Centeno, Cupertino Ocampo, Eleuterio Ferreira, Santiago Nuñez, los Posse, Eloi Novillo, Wilfredo Martinez, Eduviges Urtubey y otros, aquellos y tantos, todos están viejos, y no pocos son abuelos. Ninguno ha conservado los rasgos fisonómicos de la niñez, ni los caractéres intelectuales que los diversificaban entre sí. El comercio les ha dado un tipo casi judáico; parece que el deseo de la ganancia les ha impreso un cuño especial. Tienen en la voz algo que se asemeja al sonido del oro y de la plata amonedada, no de la que acumulaban los antiguos en botijuelas de barro cocido, sinó de ese sonido que producen las monedas que se cuentan, de modo que ellos son eternos intermediarios.

De ese núcleo de muchachos, de aquella multitud de estudiantes, muy pocos se han dedicado á la carrera de las armas, solo re-

cuerdo á José Victorino Lopez, y á José Patiño.

Sacerdotes, abogados, médicos, hacendados y comerciantes, ningun industrial! ningun ingeniero! Parece que no había en aquel entónces otros caminos que los que señalaban aquellas profesiones.

Ya entónces los conventos y los frailes habían dejado de ser centros de atraccion; pero no puedo, ni es justo que olvide á Calisto Gorordo, que se hizo jesuita, y es distinguido por su inteligencia. Vive en Chile, segun me lo han referido.

Hé hablado de mis condiscípulos, sin haber dicho cuándo entré en el Colegio de Monserrat, y en eso no hay lógica, pero lo escrito escrito está, y no borro por pereza. Vuelvo al principio para contar mi iniciacion en la vida del internado.

Era el año de 1838, que paréceme debía estar algo avanzado, cuando no sé quien de

los mios resolvió que había de entrar como interno en el Colegio de Monserrat. Allí me metieron á la fuerza, porque de cierto que mi voluntad no influía en el procedimiento, jamás me consultaron lo relativo á mi porvenir.

Fuí á vivir en el Colegio, en el mismo cuarto que ocupara D. Juan Pujol, y donde muchos años antes había vivido el paraguayo despues dictador abominable, Gaspar Francia y un Varela. Todos ellos y muchos otros, habían tenido la inocente ocupacion de esculpir con corta-plumas sus nombres en la puerta : yo seguí el ejemplo y grabe el mio. Los estudiantes acatan la tradicion estudiantil como un Código, y desgraciado del que intente emanciparse de sus preocupaciones. Allí he estado últimamente y he vuelto á leer esos nombres, hubiera deseado borrar el mio, pero no era posible. Estaban hondamente esculpidos en la madera.

¿Qué se enseñaba entónces en los cursos del colegio de Monserrat?

Se estudiaba latin. Tanto y tan detenidamente se hacía este estudio, tan prolongados eran los cursos, que algunos salían latinistas eximios, capaces de hablar y escribir como si fuese su lengua nativa; y no es poco decir, tratándose de un idioma muerto. Para aquellos que seguían los estudios de derecho ó teolojía, era útil el detenido curso de latinidad, pues los textos estaban algunos en latin, tenían que aprenderlos de memoria, y se argüia en latin.

Los textos para la enseñanza de este idioma eran Nebrija y Araujo, mientras no se sabía traducir la Selectas ó la historia sagrada, el Cornelio, Ciceron, Ovidio y Virgilio, no había que pensar en otra cosa; sinó en el estudio abrumador de la gramática latina. Los más inteligentes y estudiosos hacían su curso en dos ó tres años, los otros lo prolon-

gaban años, no pocos se quedaban en la *grama* sin tragar la *tica*, como se decía en el argot estudiantil en aquellos tiempos.

Esta fué la enseñanza fundamental, la única quizás, pues ni historia, ni geografía, ni elementos de las ciencias naturales y físicas, se enseñaba en el curso de menores ó preparativos. Los idiomas vivos estaban espresamente prohibidos como heréticos; se decía que era un medio para pervertir la cantidad de las creencias, y en ella se conservaba pura la tradicion colonial. La lengua nativa y la latina, nada más. No eran por ello sinó menguados los horizontes que tenía la juventud; pero no había dónde elejir, tal vez ni los padres eran capaces de juzgar si eso era bastante ó no. Tal fué la enseñanza oficial, y con ella se conformaban.

Recuerdo que era catedrático de latinidad el clérigo D. Domingo Gonzalez, que gozaba de reputacion por su saber, como lo dije, pe-

ro sobre cuyo mérito yo no tengo criterio propio. Si mi opinion valiera, lo juzgué como sabio, desde que era maestro, verdad que despues me persuadí que hay maestros que saben poco, pero siempre más que los discípulos.

Lo que sí afirmo fundado en mi propio juicio, es su sistema de enseñanza, su método de proceder para con sus discípulos. Profesaba la teoría de que la letra con sangre entra, y como medio práctico para estimular al estudio usaba la palmeta, para las faltas leves; pero la palmeta aplicada con fuerza, con ira tal, que dejaba hinchada la mano del infeliz. Los niños le temían.

En los casos que él juzgaba graves, el castigo era bajar los calzones y aplicar desde doce hasta veinte y cinco azotes. Era bárbaro, humillante é indecoroso el proceder; pero le ví aplicar muchas veces.

A la muerte del temido maestro, entró á

regentear la clase de latinidad el doctor D. Manuel Padilla, que más tarde fué diputado al Congreso Constituyente reunido en Santa Fé.

Padilla era el reverso del clérigo Gonzalez. Modesto por carácter, fué humano y benévolo. Hizo, es cierto, uso de la palmeta, pero no recuerdo que en caso alguno hubiera recurrido á los azotes. Dejó la clase á fines de 1839, y provisoriamente le sucedió en la enseñanza el doctor don Manuel Lucero, y despues el doctor don Juan Pujol.

La revolucion del 10 de Octubre de 1840 lo desquició todo. Supongo que algunos catedráticos emigraron, el caso es que quedó cerrada la clase de gramática latina.

Necesario fué entretanto llenar tal vacío, porque en eso consistía principalmente los estudios preparatorios; suprimir esa clase equivalía á concluir con los estudios universitarios. Como era natural esta perspectiva

preocupó, entre otros, al doctor D. Estanislao Learte, quien personalmente comenzó á dar lecciones, y dias despues, encomendó esa enseñanza al Dr. D. Luis Cáceres, bajo cuya direccion se concluyó el curso de 1840, á que yo pertenecía.

En 1841 entró en Córdoba el general D. Manuel Oribe al frente del ejército de Rosas, y bajo su influencia fué nombrado catedrático de latin D. José María Diaz. Este era tuerto, y los muchachos le llamaban el tuerto Diaz, cuya ignorancia se hizo famosa.

Fué sochantre de la iglesia Catedral, cuyo empleo ejerció con acierto, lo cual le valió, años despues, que muchas personas de la familia del Obispo doctor D. José Vicente Ramirez de Arellano, se empeñasen y obtuviesen fuese presbítero, cuyas órdenes recibió siendo viejo, y sirvió bien el curato á que fué destinado, por estar incapaz de desempeñar la tarea de sochantre.

El tuerto Diaz se había hecho muy partidario de los vencedores de la revolucion, y por medio de los empeños de Oribe, le dieron la ya referida cátedra. Pero los estudiantes se apercibieron muy pronto que no sabía nada, y en los apuros en que lo ponían, estallaba la risa general. Esta hilaridad era motivo para que Diaz diese de azotes. Al fin, se fué haciendo maestro, aprendiendo y enseñando, y me cuentan que llegó á ser buen profesor.

En este tiempo era Rector del Colegio de Monserrat, el doctor D. Eduardo Ramirez de Arellano, quien resolvió hacer cesar ese escándalo por medios indirectos. Fundó entónces un curso de latinidad para los internos del Colegio, enseñanza que confió á D. Cármen Eusebio Bedoya, estudiante á la sazon. Fué dirijida por este, despues por Vasquez de Novoa, Soto y otros, y ese curso dió excelentes latinistas, impidiendo al mismo tiempo que los internos del colegio, sufriesen los

vejámenes y crueldades del tuerto Diaz, quien se hizo famoso por la invencion de penas.

No bastándole el uso frecuentísimo de la palmeta y á las vegadas, los azotes, inventó un castigo afrentoso. Mandó construir morriones de cuero, sumamente grandes y adornados con plumas de colores, y en medio un cartelon que decía: *este está por sin vergüenza.* Además del morrion, ponía en el cuello una sarta de huesos, y plantaba á la víctima en la puerta de la clase á la espectacion de los transeuntes. Así quedaba el pobre estudiante afrentado, ridiculizado, humillado y escarnecido. Nadie empero tuvo coraje para impedir tal afrenta, ni los superiores, ni los padres de los niños; porque el tuerto Diaz se había hecho un federalote rosista, protegido por Oribe y su ejército.

Los discípulos, los que cursaban el aula de latinidad del malhadado tuerto, resolvieron corregirlo, aplicándole la pena del talion. No

recuerdo quien tuvo la iniciativa, pero en la conspiracion entraron todos. El maestro dejaba el sombrero durante la clase y no tenía por costumbre ponerselo sin examinarlo. Colocaron en él el mismo letrero, *este está por sin vergüenza* y se lo aseguraron. Terminada la leccion se puso su sombrero y salió á la calle. Cuantos le veían con aquel letrero, se reían en sus barbas, y todos le miraban al sombrero; intrigado y confuso se lo quitó al fin, y al encontrar su mismo afrentoso letrero, lo quitó y lo guardó. No volvió á aplicar esa pena, ni trató de indagar quienes hubiesen sido los autores de la broma.

Cuando en 1843, me cuentan, regresaron para esa las tropas de Oribe, el tal castigo del morrion fué suprimido, y el tuerto Diaz quedó reducido á la aplicacion de la palmeta y los azotes, práctica que se usó hasta 1852.

Yo pertenecía á los internos del colegio, como lo he dicho ya, y es curioso que recuer-

de los usos, las costumbres y las prácticas de esa vida comun. Es un estudio verídico, y esta crónica es un antecedente para apreciar cuál fué el estado de la enseñanza y el *medium* en que se educó la generacion que hoy forma la de los viejos. Yo reproduzco mis recuerdos, pudiera equivocar algun detalle, pero mi memoria no puede inventar escenas que ahora se me presentan como si fueran realidad actual. Además, muchas veces he conversado con mi condiscípulo Emiliano Garcia, y si mi memoria flaquea, la suya está viva y fresca y conserva hasta las fisonomías y los dichos de muchos compañeros de colegio.

Todo estaba reglamentado. No había libertad individual, el régimen comun nivela á todos, y luego el hábito forma una nueva naturaleza, porque cada cual hace abnegacion de su yo, y se mueve colectivamente, se levanta, se viste, reza y duerme en comun; el

individualismo se funde en la colectivida
ese mecanismo rural, si así puede deci
modifica el carácter, tuerce las inclinacic
y amolda igualmente á los discípulos,
la direccion omnipotente del maestro. N
hasta dónde dura en la vida aquella infl
cia de la edad primera, paréceme que q
la espontaneidad, la iniciativa, la ene
viril de la juventud, que ha crecido habi
da al tutelage del internado. Así se puede
servar cómo los educados en el mismo col
de jesuitas de Buenos Aires, han conser
el aire, las formas, el amaneramiento bl
del jesuita, y con los años se han suble
irritadas las pasiones en muchos, cor
vando el esterior suave de los discípulc
Loyola.

No llegó á este extremo el internado
Colegio de Monserrat, pero los defectos n
de la naturaleza de las cosas, de la vid
mun, fuera y lejos del santo, tierno y fec

calor del hogar, cuando el hogar es moral y honesto, porque ese amor no se sostituye por el régimen militar, ni por la disciplina del colegio. En la edad en que el espíritu del niño tiene profunda necesidad de ternura y de afectos, no se puede esterilizar el corazon por ese régimen igual, uniforme, en que no hay ni puede haber sinó deberes y obligaciones. Los colegiales son siempre taciturnos, sus alegrías sin aturdimientos; el dulce amor de la familia modifica la planta, como la modifica el invernáculo en las flores y los frutos. ¡Cuántas veces despues de aquellos dias llenados en comun, se entraba al cuarto solitario, donde no se oye la voz maternal y no se sienten las caricias de los suyos, la alegría íntima, la santa alegría de la casa paterna!

Aún me entristece aquellas horas que precedían al sueño, recordando mi casa, y ¿por qué no decirlo? estrañando todo; pero el hábito dominaba al fin estos recuerdos, y caía

fatigado, porque era preciso levantarmea ntes del alba. Y preocupado el espíritu con esta tiranía del horario, al fin el corazon se vá secando, fáltale la sávia como á la planta, y crece imperfecto, careciendo del sentimento y las ternuras de la niñez bajo el hogar de la familia.

En verano los estudiantes se levantaban, á las 5 a. m.; en invierno, una hora más tarde. Lavarse y vestirse es tarea rápida, ejecutada en tiempo fijo y casi maquinalmente. Inmediatamente y todos los dias, se oía misa en la capilla del mismo Colegio. Terminada esta, cada cual volvía á su cuarto para barrerlo, hacer la cama, lustrar los zapatos y acomodar la ropa. A las 6 en verano y á las 7 en invierno empezaba el estudio. A las 7 y 45 minutos los estudiantes de primero y segundo año de filosofía daban la leccion al Rector ó vice-Rector. A las 8 en punto pasaban todos á las clases de la Universidad y á sus cur-

sos respectivos. Esas clases duraban hasta las 9 y 45 minutos, y se volvía al Colegio. Aquí se entraba al estudio á las 10 a. m. y á las 11 y 30 minutos se salía para desempeñar lo que se llamaba el *paso*, durante el cual los profesores respectivos daban á sus discípulos las esplicaciones convenientes para que comprendiesen mejor la materia del curso.

Los *pasantes* eran los estudiantes internos que seguían en la Universidad el estudio del derecho; y los *pasados*, los estudiantes de física, matemáticas, filosofía y gramática latina, los que se subdividían en grupos con sus *pasantes* repectivos. El Rector y el Vice vigilaban.

A las 12 era la hora de comer. Se iba al refectorio, pero ¡qué comida! Una taza de caldo, buena para un hospital mal administrado, un pedacillo de carne asada, generalmente flaca, otro pedacillo de carne cocida, del puchero estudiantil, sin arroz, sin papas,

sin legumbres, á no ser una delgada tajada de zapallo. Olvidaba decir que daban un panecillo que pesaría quizá tres onzas, y á la postre se servían seis pasas ó cinco duraznos secos, cocidos en azúcar. En verano daban á cada uno dos duraznos, dos ó tres peras y un pequeño racimo de uvas. Se estaba en la mesa durante media hora, cuando más, porque la comida se hacía apresuradamente.

Salíamos en seguida al recreo á correr y brincar hasta la 1 p. m. Sonaba entónces la campana para el estudio y cada cual iba á su cuarto y á sus libros, hasta las 2 y 45 minutos. A esta hora los estudiantes de filosofía daban sus lecciones al Rector ó vice-Rector, y á las 3 p. m. íbamos todos otra vez á la Universidad á las clases respectivas. Estas duraban una hora exacta, de manera que á las 4 y 45 minutos, se volvía al Colegio, y había otro solaz, nuevo recreo hasta el toque de oracion. Vol-

víase una vez más á la capilla á rezar el rosario, y concluido, á estudiar cada cual en su cuarto. A las 8 de la noche era la hora de la cena volvíamos al refectorio.

La cena se componía de un pequeño pan, un plato de carbonada en el cual eran escasísimos los pedacillos de carne, más se asemejaba á caldo para enfermos. Los estudiantes se decían entre sí y con zorna:—«Ché, pica algo el bagre por allá? porque por aquí no pica.» Aludían á la escasez de la carne. A la postre daban una taza de *mazamorra*, que siempre estaba tibia y que los muchachos comían con gusto. Este era nuestro verdadero alimento, maiz cocido! Tan aficionados eran á esto, que todos urdían el modo de comer doble racion. Inútil era pedirlo, no se salía del régimen estricto, no había excepciones. Necesario fué siempre conquistarlo por un ardid. En esto son fecundísimos los necesitados, pues si era mucha la vigilancia, no fué

menos fecunda la inventiva. El negro Chiclana, con una voz de trueno, exclamaba á cada taza que disminuía la reserva:—«Aquí el niño Fulano ha robado una taza de *mazamorra*». Denuncia que no oía el vice-Rector, haciéndose el sordo, compadecido de lo menguado de la cena. Todos contestábamos la denuncia con este coro «tendrá gasura, si no es mentira de Chiclana». El aludido comía sin pestañear su segunda racion.

Terminada esta cena frugal, los estudiantes entraban á lo que se llamaba el *quiete*: que era un rato de solaz y sociedad en comun. Se tocaba el piano, se bailaba y se cantaba entre los estudiantes. Esta reunion era presidida por el Rector ó el Vice. Duraba hasta las 9 y 15 minutos, hora en que por tercera vez se volvía á la capilla, donde se pasaba 15 minutos en meditacion, decían. A las 10 de la noche cada cual se iba á su cuarto.

Tal era la vida regular y normal de los in-

ternos del Colegio de Monserrat. Supongo que los mayores gozaban de alguna libertad respecto de salidas.

En los dias de grandes festividades, el asueto comenzaba á las 10 a. m, hasta medio dia, y desde la 1 p. m. hasta las 4 de la tarde. A esta hora salíamos todos en corporacion á dar un paseo por la ciudad y las quintas cercanas.

Este fué el régimen inalterable, el horario fijo que marcaba todas nuestras acciones, y daba una monotonía triste á la vida del internado. No recuerdo que entónces hubieran sucesos que alterasen ese estado normal, ni grandes travesuras estudiantiles, ni fuga, ni escalamiento; en una palabra, nada que produjese escándalo, por la gravedad de los castigos. Supongo que los mayores gozaban de alguna libertad, paréceme que se les concedía ciertas horas para salir; pero tal privilegio no alcanzaba á los menores, á los que yo pertenecía.

La verdad es que al fin se habituaba uno á esa monotonía, y como todo era en comun, obrábamos como soldados, con obediencia pasiva, sin voluntad, sin iniciativa personal. No nos dábamos cuenta de nuestro propio estado, nuestro mundo terminaba en el Colegio, la vida exterior no nos agitaba al fin.

El Rector don Eduardo Ramirez de Arellano, había consagrado su vida á la conservacion moral y material del Colegio, ponía grandísimo empeño y cuidadoso celo en que la normalidad de este mecanismo no se alterase, juzgando asegurar así el progreso en la enseñanza. Su carácter dulce y enérgico lo hacía estimar y querer por los estudiantes, y miraba con bondad afectuosa á la juventud confiada á su direccion. Él sacrificó todo en beneficio de aquella, hizo abnegacion completa de su persona, su familia fué el colegio y su colegiales eran casi sus amigos. A él se debe que este establecimiento no se hubie-

ra cerrado, manteniéndolo con menguados recursos.

En este tiempo había ochenta ó cien internos, hijos de todas las provincias, y en gran parte sin familia en Córdoba. El Dr. Ramirez de Arellano cuando algun pobre, perteneciente á buena familia, solicitaba ser admitido, él pagaba la pension anual, sin distinguir dónde habían nacido.

La mayor anualidad que se pagaba era de ochenta pesos bolivianos, pero muchos solo pagaban sesenta, cincuenta y hasta treinta pesos por año, por falta de recursos. Puede decirse, creo no exagerar, que una cuarta parte de los internos no pagaba nada.

Las rentas del Colegio las formaban: 1° las pensiones anuales; 2° lo producido por arrendamientos en la estancia de Caroya, quizá trescientos pesos por año. Caroya proveía, es verdad, de frutas al Colegio, y allí iban los estudiantes á veranear durante las vacaciones.

El Dr. Arellano hacía sembrar trigo y maíz para el consumo de los internos.

Aquel sacerdote benemérito desempeñaba el cargo de Rector del Colegio y catedrático de la Universidad, y tanto él, como los doctores Learte, Cardoso y Caballero, son dignos de la gratitud de la posteridad, por la noble abnegacion con que se consagraron á ilustrar la juventud. Servían sin obtener ningun emolumento, no tenían sueldo, en la prorata anual, les tocaba apenas algunos pesos bolivianos. Jamás desmayaron entre tanto en sus tareas, nunca flaquearon en la asistencia, y era un verdadero y santo sacerdocio al que se habían consagrado. Sin ese desprendimiento, el Colegio de Monserrat se hubiera cerrado y la juventud no solo de Córdoba sinó de las provincias en general, habría quedado sin carrera y sin ilustracion.

Cosa parecida hicieron el Rector y catedráticos de esa Universidad de Buenos Aires,

aunque allí ni hubo internado y los estudios fueron aún más pobres que aquí. Pero sin unos y otros, las dos Universidades habrían desaparecido, con el aplauso de Rosas allí, y de Lopez aquí; de los bárbaros, en una palabra.

Esos maestros á los cuales les deben tanto muchos de los más encumbrados personages de la nacion y las provincias, yacen olvidados; y sin embargo, ese sacrificio modesto pero nobilísimo, sin estímulo de ningun género, de todos los dias y por años de años, los constituye en apóstoles de la enseñanza, para cuya memoria el olvido es un baldon nacional. Injusto fuera yo, si al evocar los recuerdos de aquel tiempo, no les rindiese el homenage que merecen, justo es entretanto que lo repita: no hay condiscípulo que les haya olvidado y conserve el recuerdo de su memoria amada. Es un culto modesto, pero al menos el olvido no ha al-

canzado hasta sus discípulos; ellos deberían cotizarse para salvar su memoria, conservando cuando menos sus retratos en un establecimiento público. Son más dignos de este modesto honor, que los capitanes del Puerto de la Capital, cuyos retratos acaban de colocarse en aquella reparticion nacional, por cuenta del tesoro.

Si el olvido cubre sus cenizas se explica, porque en vida fueron modestos ni manejaron la pluma para cantar alabanzas, ni emplearon sus manos para llevar como pendon la trompeta de la fama, con la que tantos otros han levantado su yo, como semi-dioses del apostolado de la enseñanza. Fueron maestros por el saber, y maestros por el ejemplo, enseñaban por vocacion, sin crear en sus discípulos voceros de su mérito. La civilizacion argentina tiene en ellos factores meritorios, más tal vez, que tantos otros, cuyos nombres hieren los oídos del pueblo,

mientras á estos solo les recuerdan los viejos, que aún viven de las generaciones que ilustraron.

Pero ya que me ocupo de esta crónica, de estos recuerdos íntimos de los tiempos pasados, debo por equidad completarlos, con investigaciones análogas respecto de la Universidad de Córdoba, de esa ciudad frecuentada por tantos estudiantes de las provincias, y sinó narramos hechos personales porque yo no seguí los cursos de aquella Universidad, los condiscípulos que aún viven me darán los materiales necesarios, y [illegible] dado en sus con[illegible] que [illegible] ue fué aquel [illegible] ento.

C[illegible] pasaba á l[illegible] cuatro

y

se daba de memoria el Lugdunensis, en latin.

La cátedra de estos dos años la regenteaba el Dr. D. Mariano Gonzalez Bulnes, quien la había ganado por oposicion. Entre tanto, la revolucion le envolvió en sus redes, y emigró á fines de 1840.

El Dr. Emiliano García, que es su primo, podría dar mayores informes sobre sus méritos y servicios.

Abandonada así su clase, le fué concedida al Dr. D. Alejo Cármen Guzman, excelente catedrático, á quien estimaban sus discípulos por la seriedad de su carácter, la ejemplar moralidad de su conducta y la firmeza prudente pero inalterable de sus convicciones. El Dr. Guzman desempeñó esta cátedra hasta 1852, en que vencido D. Manuel Lopez *(quebracho)*, fué electo gobernador y despues diputado al Congreso. Hoy es Rector de la Universidad.

Continuaré esponiendo el órden de los cursos universitarios.

Los otros dos años del curso de filosofía, comprendían matemáticas y física elemental.

Las matemáticas se estudiaban con detenimiento, desde la aritmética hasta trigonometría, sirviendo de texto la obra de García.

La física elemental y elementos de astronomía, se estudiaba por Altieri, texto en latin que se obligaba á aprender de memoria. Fué catedrático el Licenciado en derecho D. Ramon Roldan, y segun me han asegurado, era exímio matemático y muy adelantado en las ciencias físicas, relativamente á su tiempo y á aquel escenario modestísimo. Obtuvo la cátedra por oposicion, pero postrado por las enfermedades, no pudo continuar personalmente la enseñanza. Entónces el gobernador D. Manual Lopez, autoritativamente y violando los usos del cláustro universitario para

la formacion del cuerpo docente, nombró *motu-propio*, como catedrático al Dr. D. José Severo de Olmos, quien la regenteó durante muchos años, hasta que fué nombrado Rector de la Universidad y despues Ministro de Justicia, Culto é Instruccion Pública, durante la efímera presidencia del Dr. D. Santiago Derqui.

Concluido el curso de filosofía, que coronaba los estudios preparatorios, se entraba á estudiar derecho ó teología. Este estudio lo hacían conjuntamente con el de derecho, menos aquellos que querían seguir la carrera eclesiástica y ser meros frailes de misa y olla, como se decía, buscando el pan seguro de que hablaba Jaramillo. Los que deseaban ser clérigos ilustrados, aspiraban á ser doctores en ambos derechos.

El curso de derecho duraba cuatro años y los textos eran: Vinio, para el derecho romano, el Salas y despues el Alvarez, para el

derecho español comparado. El Devoti y Meiner para la enseñanza de derecho canónico.

En el primer año se aprendía el primer libro de Vinio, desde la primera hasta la última página de memoria; el primer libro del Devoti ó del Meiner.

La memoria era la facultad que se ejercitaba de preferencia. Los catedráticos daban sus lecciones más ó menos profundas, pero que servían para comprender el texto. Era obligacion repetir palabra por palabra lo que decía el texto.

En el tercer año se estudiaba el primer libro de Salas ó de Alvarez, las 83 leyes de Toro, con las glosas de Antonio Gomez; el tercer libro de Devoti ó Meiner y la historia de los Concilios.

Las materias del curso del 4° año, eran las siguientes: el segundo libro de Salas ó de Alvarez, toda la obra de Wattel, de memoria,

y el tratado de derecho público que acababa de publicar el Dr. Velez.

Era obligatorio que los estudiantes leyesen las leyes de todos los códigos españoles, como las Siete Partidas, la Nueva Recopilacion Castellana, el Tesoro Real, el Fuero Juzgo, las Leyes del Estilo, y probablemente la Recopilacion de Indias, debiendo verificar todas las citas del texto.

Además se estudiaba el *Corpus Juris* y el Concilio de Trento.

De aquí resultaba que muchos se aprendieran de memoria los índices de los códigos y que se encontraran muy versados para citar la partida, título y ley, segun la materia. Estudiaban la *Instituta*. Esto constituía el estudio más sério, más concienzudo y más pesado. Decollaron los memoristas y salieron estudiantes famosos.

Terminados los cuatro años de los cursos de derecho, los que querían y aspiraban á ser

abogados, entraban en la Academia por tres años. Pero estaban ya habilitados para recibir el grado de doctor, prévias las pruebas exigidas para comprobar la idoneidad.

El Dr. D. Roque Funes era entónces catedrático de derecho civil, en cuya enseñanza le precedió el celebérrimo abogado-maestro, como él mismo se llamaba, el grave Dr. D. Dámaso Gigena.

La cátedra de derecho canónico la desempeñaba el Dr. D. Eduardo Ramirez de Arellano, y la de teología el Dr. D. Eduardo García.

El cuerpo docente de la Universidad mayor de San Cárlos se componía de:

Un catedrático de latinidad.

Uno de primero y segundo año de filosofía.

Uno de tercero y cuarto año de la misma materia.

Uno de derecho romano y civil, el que dictaba los cuatro años.

Uno de derecho canónico.

Uno de teología.

Seis fueron, pues, los catedráticos de las materias que formaban los estudios preparatorios y superiores de la Universidad de esta ciudad.

¿Cuáles fueron los emolumentos de que disfrutaron?

La Universidad era entónces autonómica, vivía de sus propios recursos, con sus rentas debía cubrir los gastos. El erario provincial nada tenía que ver con su sosten, y las propiedades que conservó como persona jurídica, eran la base sólida de la institucion, que proveía á la renovacion del cuerpo docente por concurso, formando el claustro universitario el cuerpo deliberativo para toda resolucion importante. El Rector era al mismo tiempo administrador de las rentas, aunque tal administracion se hiciera por empleados subalternos, como era natural.

Las rentas eran las siguientes: 1° el derecho de la colacion de grados, cuyo arancel se dividía en esta forma: 40 pesos metálicos por el de maestro, 60 pesos por el de Bachiller, 80 pesos por el de Licenciado, y 225 pesos por el de Doctor.

Cada año se graduaría de dos á ocho personas, y puede calcularse ya cuán escasa era la renta, considerando que, á pesar de que todos los estudiantes deseaban obtener el grado de doctor, muchas veces acontecía que carecían de medios para abonar el derecho universitario, y se conformaban con el de lincenciado y á veces con el de bachiller.

La renta normal, segura, puede decirse ordinaria, era lo que se llamaba de matrículas y prueba del curso; por la que se pagaba un peso boliviano al abrirse cada clase, y otro por el certificado de aprobacion.

De manera que los estudiantes de la Uni-

versidad pagaban anualmente dos pesos bolivianos.

Ahora bien, calcúlese que el número de estudiantes oscilaría entre ochenta y doscientos, y con las módicas rentas que acabo de especificar era necesario atender á los gastos de conservacion del edificio, pagar portero, bedeles y bibliotecario y servicio. Acontecía en algunos años que cubiertos con la mayor economía esos gastos ordinarios, quedaba un pequeño escedente que se dividía á prorata entre el Rector, Vice y Catedráticos. A veces alcanzó á veinte y cinco pesos á cada uno. ¡Dos pesos por mes!

De modo que teniendo en cuenta estos antecedentes, se puede apreciar cuál fué el nobilísimo proceder y la abnegacion de los profesores, incluso el mismo tuerto Diaz, á pesar de sus palmetazos y azotes. El país le debe gratitud á su memoria, porque ellos educaron é ilustraron á la juventud, pres-

tando á la patria este servicio sin gloria, oscuro, modesto, pero profundamente útil y civilizador: ilustrar á sus compatriotas.

Esos dicípulos se encuentran, aunque viejos, en los altos puestos de la República y de las provincias, y no olvidaron jamás el ejemplo de aquellos varones, que merecen la gratitud del país.

Sin ese sacrificio ¿cómo se habría educado la juventud desde 1838 á 1852? ¿Dónde hubiera ocurrido? En Buenos Aires la Universidad se hallaba en peor estado, sus clases eran menos numerosas, pero sus maestros tambien las servían con la misma abnegacion que aquí: sin emolumentos.

Nadie ha conmemorado estos servicios positivos, que impidieron que el país se barbarizase durante la larga dictadura de Rosas y sus tenientes; porque lo fueron, desde que contra el influjo del encargado de las Relaciones Exteriores de la República, no hubieran

podido conservarse en el poder. De esos centros, de esas dos Universidades han salido los hombres que dictaron la Constitucion de 1853, que han figurado en los Congresos, en la magistratura y en la administracion, sirviendo de base al progreso actual de la Nacion, á su sorprendente prosperidad.

Un condiscípulo con quien recordaba nuestros tiempos de estudiantes, me decía profundamente conmovido: « Te aseguro que me es querida hasta la memoria del tuerto Diaz, á pesar de que me aplicó frecuentes palmetazos.»

Y en efecto, si tales castigos eran afrentosos y más de una vez crueles, estaban en las costumbres y en la tradicion, y aquel maestro se sometía irreflexivamente á mantener la disciplina en la clase, por los mismos medios que recordara lo hicieron en su niñez. Pero el hecho grandioso, moral, patriótico, es la asiduidad de esos catedráticos para enseñar gra-

tuitamente por años de años. Ninguno abandonó su puesto, hubiera sido para ellos una cobardía desertar el deber de la enseñanza y abandonar la juventud, que para ellos era la patria...

Córdoba, Junio de 1884.

DE LA UNIVERSIDAD Á PIEDRA BLANCA

RECUERDOS DE LA JUVENTUD

—Diga V. Sr. D. Victor, decíame un buen fraile amigo mio, ¿cree V. que todos los que leen... sus escritos, conocen lo que fué y lo que es el edificio de la Universidad y del extinguido Colegio de Monserrat?

—En manera alguna puedo pensarlo, le contesté.

—Pues bien, sus recuerdos de nuestra querida Universidad, los ha escrito V. en Babiecas; nos cuenta lo que eran los estudiantes y los catedráticos, nos describe las costumbres

estudiantiles y hasta señala el nombre de muchos de sus condiscípulos; pero, ¡ha olvidado V. referir dónde pasaban aquellos sucesos; el escenario, mi buen D. Victor!

Confieso que reconocí mi falta y prometí enmienda, describiendo el edificio de la Universidad y del Colegio en la primera ocasion, y si esta no se presentaba fácil y natural, la buscaría, y no encontrándola la traería por los cabellos, si los tuviera.

Y he aquí por qué hoy me entro de rondon en el viejo edificio Universitario, con la única intencion de describírselo á mis buenos lectores, como prueba de arrepentimiento por el pecado cometido. ¿Obtendré la absolucion? Me contento con la benevolencia. *Amen.*

Los jesuitas que construyeron este sólido edificio, no tuvieron en mira edificar una Universidad. Fué para el noviciado de la Compañía de Jesús, á manera de lo que se

hacía para fines similares en todas las Órdenes religiosas. Aquella parte del convento estaba destinada para los jóvenes que se iniciaban en la Órden, que querían hacer parte de ella, y que eran como los reclutas del ejército, los *novicios*, en una palabra, los aprendices.

Todo estaba calculado para la seguridad, para influir en el espíritu y desenvolver el fervor místico. Soledad completa, ausencia de belleza arquitectural, sobriedad en los adornos; solidez, austera solidez que simbolizaba el poder de la Compañía.

Los jóvenes se ejercitaban en el estudio y el rezo, en las prácticas devotas, por manera que quedaban poco tiempo para dar vuelo al pensamiento libre. Bajo aquellos cláustros macizos y de bóveda, solo se oía la palabra severa del jesuita, melosa, sonriente mientras catequizaba; fría, inexorable, fanática cuando se había apoderado del espíritu de

los novicios: en esos corazones, el celibato había extinguido los afectos, y la pasion dominante era la influencia de la Compañía de Jesús, por el bien, por el medio, por la astucia: el fin justificaba los medios, en esta milicia negra, cuyo andar era ligero y leve, pero cuya fuerza moral era una terrible ligadura para las conciencias, que empezaba por las madres, introduciéndose en la familia, de manera que el novicio no tenía dónde volver los ojos para despertar al libre albedrío. Allí estaba como en una cárcel, buscando en el ascetismo combatir los instintos de la naturaleza, para formar la falange encargada de salvar almas!

El mundo era, fué y será para ellos el semillero de todas las maldades, y para salvar esas pobres almas, se necesitaba de todos los ardides; de todos, porque era y se decía su batalla de los buenos contra los malos, para ganar almas para el cielo.

Sacrificio personal, abnegacion completa del yo, para absorberse y confundirse en la entidad colectiva de la Compañía de Jesús. El individuo era el instrumento, la sociedad era todo; espíritu docente, riqueza, poder y fuerza. De manera que amoldados en una dulzura de maneras insinuantes, terminaban por hacer más suave la voz, más inofensiva la palabra: cuando era necesario obrar, la obediencia ciega salvaba la responsabilidad personal, no había criterio propio.

Este amoldamiento de los novicios era ejercido con muchísima habilidad, porque los maestros eran inteligentes, sábios profundos. Su palabra tenía el prestigio que impone el saber, y los novicios se sometían moralmente ante aquellas eminencias intelectuales.

De manera que el edificio para fines adecuados, como los que dejo expuestos, estaba dividido en celdas, cuartos independientes de cinco varas por costado, con una ventana

que abría sobre los grandes patios, otras miraban hácia la huerta y algunas sobre la calle. En estas, la reja era de fierro, muy sólida y á suficiente altura del piso exterior para impedir que los novicios estuvieran al habla con los transeuntes: ni veían ni podían ser vistos. Por el contrario, las ventanas que abrían sobre los muros interiores, hácia los patios ó la huerta eran más grandes, estaban á una altura moderada, y solo tenían travesaños de madera fuerte, torneados y bastante bonitos.

En la época de mi primera juventud, habitaban esas celdas generalmente de á tres internos, cuyas camas se situaban en los rincones de la pieza. El mueblaje se reducía al catre de lona ó tablas, al baul que se colocaba á los piés de cada cama, una silla de baqueta ó de paja al costado de cada cabecera, una percha cubierta con un lienzo para colgar la ropa, y una mesa de algarrobo ó pino, ordi-

naria, sin cajon alguno. De este mueble nos servíamos para todas nuestras necesidades, y en torno de ella nos sentábamos en las horas de estudio.

A la entrada de cada una de estas celdas, que así las llamo porque era el nombre que las caracterizaba, en el rincon de la izquierda, había un sobrado de material, de dos tercias de vara de alto, que era nuestro lavatorio, y así lo llamábamos. Allí estaba la palangana de loza ordinaria ó de laton. Hácia el lado derecho y detrás de cada puerta, en la ancha mocheta que forman aquellos muros enormes, se encontraba una alacena; excavacion hecha en el mismo muro, de tres cuarta de vara cúbica, allí se guardaba el cántaro con agua, el betun, los cepillos y las tres velas de sebo, que cada sábado por la noche nos repartían para el estudio. Esas velas eran el consumo máximo de cada semana. Todo era económico, excesivamente

pobre; de modo que estábamos obligados á alumbrarnos con parcimonia.

Los cláustros son como todos los que se hallan en los conventos de mi tierra, en esa misma ciudad de Buenos Aires en los conventos de San Francisco y Santo Domingo, y en el Colegio Nacional, construccion jesuítica. Corredores bajos y de bóveda, con sus arquerías sobre el patio central, que servian de abrigo para el sol y la lluvia, enladrillados, y las paredes blanqueadas con cal. La luz era suficiente.

En el mismo antiguo noviciado de la extinguida Compañía de Jesús, había un departamento destinado para la enseñanza, y en esta parte fué en la que se estableció despues la Universidad, con el agregado de una nave del templo de los jesuitas, que servía de sala del cláustro universitario, donde actualmente tienen lugar los exámenes públicos, las tésis, los grados de doctor y todas aquellas funcio-

nes que se relacionan con los estudios. Antiguamente esas ceremonias se celebraban en el mismo templo de la Compañía, donde la colacion de grados se hacía vistiendo el *capirote*.

El público cordobés era ávido de estas funciones, que tenían su pompa relativa, su prestigio y su celebridad, en los tiempos coloniales. Entónces todos los doctores, licenciados y bachilleres, vestían el capirote y formaban una procesion: formábase en dos álas que acompañaba en la calle á los recien graduados, hasta sus casas ó domicilios.

Era aquel un acontecimiento popular. Los bedeles llevaban las grandes masas de plata, de un metro de largo, las que echaban al hombro. Marchaban al fondo de la columna, y en el centro iba el Rector, generalmente un clérigo de campanillas.

Difícil fuera que señalase el número de celdas, pero recuerdo que había la capacidad

precisa para ochenta ó cien internos, incluyendo la parte alta del edificio.

A espaldas de este y contiguo al Colegio se hallaba la *Ranchería*, donde vivían los esclavos del Colegio y su prole.

Era la servidumbre, cuya tarea desempeñaban por turno: las mujeres en la cocina, el horno y lavado, y los varones en el refectorio, la postería, los mandados y el barrido.

La limpieza de las celdas la hacían los mismos estudiantes internos, y por turno entre los tres que habitaban cada celda. Los criados llenaban con agua el celebrado cántaro, levantaban las basuras, que era deber colocar en el costado esterior de cada puerta.

Cuando he refrescado mi memoria consultando á mi condiscípulo el Dr. D. Emiliano García, este me repetía: me hacen daño estos recuerdos de esa vida inocente y casta.

Pero no todo era severidad y tiesura. La huerta fué siempre campo para ejercitar la

agilidad de los estudiantes, ya para sustraer la fruta de los árboles, ya para apropiarnos alguna gallina del Rector, para lo cual habíamos aprendido á deslizarnos entre los barrotes de madera, que habían cortado, y por cuyas aberturas los mayores hacían sus escapadas nocturnas, segun las crónicas secretas.

La despensa á veces recibía las clandestinas visitas de los estudiantes para proveerse en sus jolgorios: otras eran los mismos condiscípulos para hacer provision de tabletas y de pasas, que recibían los sanjuaninos, porque ellos eran ávidos de estas golosinas, lo que no acontecía en general con los tucumanos, catamarqueños, santafecinos, riojanos y correntinos, que eran generosos y cuyas provisiones eran comunes.

De aquellos mis condiscípulos quedan muy pocos vivos. Los más han muerto, y los que sobreviven están esparcidos en toda la República. Cuando algunos lean estos apuntes,

para formular los cuales he necesitado la cooperacion de mi buen condiscípulo Emiliano García, podrán quizá rectificar las inexactitudes en que involuntariamente incurro.

De modo que estos edificios estaban contiguos, se comunicaban entre sí y eso explica la facilidad con que del Colegio de Monserrat se iba á la Universidad, pues propiamente era un solo edificio, con dos nombres diversos. El internado que estaba en el Colegio se componía de estudiantes universitarios, pues no había separacion de clases. Los estudios secundarios y superiores se hacían en la Universidad. El Colegio era propiamente el internado, pero no había cuerpo docente diferente.

Los internos y los externos se confundían en las clases, escuchaban las lecciones de los mismos catedráticos; la única diferencia era la de los cursos segun los años de estudio.

Por eso cuento como mis condiscípulos á

muchos que conocí en los estudios superiores, mientras yo estaba en los comienzos de los secundarios. Los hombres y los niños nos encontrábamos en la Universidad, y nos tratábamos como compañeros, con aquella distancia sin embargo que el estudiante mayor pone para los menores. Era un mundo singular, cuyo recuerdo me es gratísimo, cuando he visto en los altos puestos á los que conocí en las áulas.

Nunca pude explicarme ni despues de haber salido del Colegio, ni en mis posteriores visitas á esta ciudad, qué objeto tuvieron los jesuitas en la construccion de la gran galería subterránea, con sus altares, sus sólidas murallas de piedra y su estension dilatada, hasta dar con la que se llamó el Noviciado Viejo. Ese subterráneo de gran costo, atraviesa una parte de la ciudad.

No penetré en él nunca, cuando estudiante porque era muy niño y no me hubie-

ra atrevido, y despues por pereza, por indolencia. Lo que sé sobre esa comunicacion misteriosa es la mera tradicion, el vago recuerdo de las conversaciones estudiantiles; pero sé que muchos se habían internado en aquella jaula oscura, de aire húmedo y poco agradable. Decían que se hallaban altares de distancia en distancia, y algunos agregaban que había allí sepulturas como si hubiera sido un cementerio de distincion. Cualquiera que fuese su objeto, representa un costo subido y es prueba que se tuvo en mira algo de importancia para la Compañía.

Estos edificios de los expulsos, tal cual ellos los habían construido, fueron destinados, como fué la voluntad de Cárlos III para establecimientos de enseñanza, y es por ello que allí se estableció el Colegio de Monserrat y la Universidad, aunque esta dista de época anterior á la expulsion. Propiamente debería

decir, que fué trasladada á aquel edificio.

Pero como no pretendo hacer la crónica de la fundacion, ni la historia del edificio, porque mi objeto ha sido decir donde funcionaban aquellos establecimientos de la enseñanza, me limito á los recuerdos propios y á los que me ha suministrado mi condiscípulo ya nombrado antes. Creo haber satisfecho en parte á la crítica del buen fraile, como lo referí al principio.

Pero ya que he vuelto á ocuparme de la Universidad y del Colegio, me vienen tambien á la memoria las escursiones que hice más de una vez á Piedra Blanca, acompañado de mi condiscípulo Emiliano Garcia.

Piedra Blanca es una pequeña poblacion entre las sierras, distante como cuatro lehuas hácia el norte del antiguo establecimiento jesuítico, conocido y famoso bajo el nombre de Candelaria.

La poblacioncita ocupa el pequeño espacio

comprendido entre la serranía que la limita y estrecha, formando la *Quebrada*, en cuyo estrecho fondo corre un arroyo que atraviesa el caserío.

He vuelto á Piedra Blanca, quise hacer una peregrinacion en homenage de mis buenos y queridos recuerdos de otros tiempos, y reconstruí entónces por la memoria las escenas de aquella vida dulcemente grata de la juventud.

Paréceme que habrá cien casas, cuyos techos pajizos albergan familias honestísimas y buenas. Dan sombras á aquellas modestas casitas, altos y añosos algarrobos, cuyo fino y verde ramaje les sirve de quita-sol colosal: el parral les ofrece fruto y sombra, y cada hogar tiene así uvas y algarrobo. Los patios son de tierra endurecida, pero la mano industriosa de la mujer, planta en ellos jazmines, olmos y otras flores de jardin. Allí volví á ver el clavel desterrado hoy por la moda

de los jardines de esa ciudad y aún de la de Córdoba.

Los frentes de aquellas propiedades semi-urbanas en aquella aldea, dán hácia la márgen del arroyo, y los fondos suben por la serranía. Las casitas están situadas en ambas márgenes del arroyo, cuyo nombre no pregunté. Hermosas higueras, de muy tortuosos troncos crecen lozanas á las orillas, y están plantadas tan próximas unas de otras, que forman una galería sombría, de techo verde. Desde lo alto, se ve aquella frondosidad amena, que convida á descansar y á saborear sus apetitosos higos y brevas, que cosechan en abundancia, y en medio del verde follaje, se ven las blancas casitas, pues muchas lo están blanquedas con cal.

Allí recuerdo que en las escursiones que hacíamos con mi condiscípulo ya nombrado, conocimos á Cármen Sanchez, aquella linda paisana, la más hermosa entónces entre to-

das las campesinas del caserío. ¡Pobre muchacha! Su padre había sido degollado por salvaje unitario, en el sitio llamado la Cruz del Eje.

¡Era tan buena! Vestía con aquella sencillez agena á la coquetería, tenía el lujo de la limpieza, y su voz era dulce como un canto; cuando reía mostraba sus dientes blancos, haciendo envidiar aquella boca sonrosada, cuyo aliento parecía fresco como las primeras horas de las lindas mañanas de aquel terruño inolvidable.

Las serranías que circundan la poblacioncita son pintorescas, como casi toda la sierra cordobesa. Abunda allí el quebracho, de esbelto y recto tronco y verde y alegre ramage. Cuando el sol dora aquellas arboledas, sea en los albores de la mañana ó en las tristes y postrimeras claridades de la tarde, siéntese contento súbito al distinguir entre las sinuosidades de la sierra la multitud de cabras

que andan brincando entre los arbustos y las ramas, las yerbas y las hojas, y suben y saltan, y trepan y bajan con una vivacidad que da envidia, mientras las vacas lecheras, pacen perezosas antes que llegue la hora de la tarde para ser nuevamente ordeñadas.

En cada una de esas casitas vive una familia, que es generalmente dueña de algunas cabras, no sé si llama majada á algun ciento de ellas.

Las familias más acomodadas, más ricas diré, tienen ganados vacunos, pero todos hablan de sus estancias, que son los campos de sierra donde pacen las cabras y ganados. Otros tienen, es verdad, sus ganados mayores en las tierras de estancia, pero todos viven en relativa holgura, y la limpieza es notable, como que son hacendosas las mujeres. El arroyo les brinda sus aguas cristalinas para lavar las ropas, y el sol ardiente las seca, fácilmente.

C rca de este caserío está el llamado la *Higuera*, que tiene su capilla y es residencia de la familia de Vasquez Novoa, á la cual pertenece el actual Dean de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba.

¿Quién diría que el *frío* Vasquez, como le llamaban los condiscípulos, había de ser el sacerdote modesto, recto, de saber y consejo, que caracteriza al actual Dean?

He vuelto, decía á Piedra Blanca; poco ha crecido la poblacion, parece que el tiempo ha transcurrido sin modificar la cómoda modestia de aquellas familias, pero ha cambiado la antigua y generosa hospitalidad de los tiempos en que íbamos á veranear.

¡Mientras que el caserío de Piedra Blanca ha quedado estacionario, la *Higuera* es actualmente el centro de los establecimientos nuevos de la comarca, como Santa Bárbara.

¡Cosa singular! en los pocos dias que pasé en Piedra Blanca volví á ver á aquellas mu-

chachas vestidas con sayas azules, tejido del país, y el corpiño blanco como la nieve, con cuyo trage venían cuando eramos estudiantes para traernos el jarro de apoyo ó leche, tíbia todavía y espumosa, pues acababan de ordeñar. Y no ofrecían solo aquel jarro de leche, sinó que á la vez presentaban un plato de maíz tostado, formando rosas. Y con esas mismas paisanitas bailabamos en los patios, en las tardes y en las noches de luna.

No encontré á Cármen Sanchez, ni supe nada de ella. Había olvidado el rumbo de la casa y me faltó el corage para indagarlo; parecíame presentir esta respuesta: murió!

Piedra Blanca, Julio de 1884.

AL REDEDOR DE MI BUFETE

Mi tio Blas me aconsejó siempre huir de las distracciones del juego, y tanto insistía desde mi primera juventud, y tantas historias tristes me contara, que le prometí no jugar nunca, ni distraerme jamás con los naipes. He cumplido religiosamente mi promesa.

Han pasado los años tras los años, he visto los arruinados por el juego, he recojido por mí mismo, y como simple testigo, lecciones terribles, porque aquella malhadada pasion nada respeta, ni nada la contiene, ni la vejez ni el sexo, ni el honor.

Y siempre que aquí, en las otras provincias, en la antigua capital provisoria del Paraná,

ó allá en los Clubs, veía sentados en torno de las mesas de juego, jóvenes ó viejos, casados ó solteros, pasar horas y más horas, revelando en las fisonomías agitadas ó las angustias que produce la pérdida ó la reconcentrada alegría que engendra la ganancia, haciendo temblar los lábios pálidos de aquellos desgraciados; ó iluminada la mirada por la esperanza y la codicia, ó ya sombría y siniestra ante la idea de la miseria propia y de los suyos! confieso que tal cuadro, que reproducido en centenares de ejemplares he observado muchas veces, confieso, digo, que cada vez que lo he visto, he bendecido á mi buen tio por sus sanos consejos.

—¡No juegues nunca! me repetía, tú no conoces si tendrás voluntad para dominar aquel vicio maldito. El juego es el primer escalon del crímen: nada contiene al jugador, que sacrifica el pan de sus hijos y el propio honor.

Y en verdad, fuí testigo una vez que un alto funcionario jugó los sueldos y el viático que recibió para desempeñar una mision que le confiara el gobierno. Otra vez, casi fuí salpicado con la sangre de un infeliz, que se deshizo el cráneo de un balazo!

Muchas veces ví sentarse la miseria en el lujoso hogar de un jugador, arruinado é incapaz de trabajar, ambicionando más oro para tentar de nuevo la suerte de las cartas.

Pero, ¿cómo distraerse en las largas veladas del invierno?

¿Principalmente en esta monótona vida de provincias? Aquí no hay teatros ni paseos, y reuniéndose los hombres en los clubs ó los cafés ¿qué hacer? Sobre todo, llega cierta edad en que la vista se va extinguiendo y la lectura por la noche es un peligro por la luz artificial. He oido decir que el juego es el gran recurso; que es moda admitida en las grandes sociedades, y que no es hombre del

gran mundo, aquel que no conoce los naipes. Todo puede ser exacto. No conozco recurso apropiado para distraer viejos, ni casquivanos, ni mujeres de pasiones diabólicas; lo que sé, es que he visto degradarse hasta el cieno á los que ví en las alturas, y que las cartas fueron el oríjen de esa depravacion sin arrepentimiento! Lo que sé, es que he visto la miseria tomar posesion del hogar de muchos jugadores, y que ni el hambre de los hijos, ni los harapos de la esposa, pudieron hacer levantar á más de uno de aquellos Lázaros del vicio y de la podredumbre. He visto descender hasta la mendicidad, y terminar al fin por la embriaguez! Y no quiero decir por el robo... y por la sangre.

Más aún: bajo el pretesto de distraccion social, por espíritu de imitacion elegante de la sociedad europea, por herencia otras veces de malas tradiciones coloniales, allí, en la alta sociedad de la Capital de la República,

el juego mata á la sociedad la conversacion espiritual y de chispa, desaparece por el humo del cigarro en torno de las mesas del juego.

Y en verdad, los hombres juegan y fuman, se aislan de las damas, y se entregan entónces sin reato alguno á esos combates del azar ó de la astucia, del saber ó de la práctica; y la baraja, entre aquellas blancas manos, es engendro de muchas malas acciones, hasta descender á la especulacion sórdida y poco escrupulosa de los miserables que hacen una rentita diaria con las migajas del tresillo, del whist ó del *ecarté*.

Y el traje elegante oculta las pasiones más bajas, el ódio más profundo, las envidias más peligrosas, esforzándose los jugadores por sonreir y terminando por desempeñar un verdadero papel cómico ó trágico; pero siempre vergonzoso.

Mientras los hombres juegan y fuman ¿qué

hacen las señoras abandonadas á sí mismas, descuidadas y solitarias, en tanto que sus maridos terminan la partida ó es la hora de que la tertulia concluya?

Abandonadas á sus propios recursos, la conversacion languidece, y solo la animan y le dán calor la chismografia y la maledicencia. ¿Cómo emplear aquellas horas? jugando tal vez, jugando ella y jugando ellos, para volver al hogar con algunos miles de menos, ó con algunos de más, ganados á sus amigos, á sus íntimos, á sus contertulios!

Pero generalmente las señoras no juegan: murmuran de todos y de todo, se vengan con el acero de la lengua, y las reputaciones ajenas se despedazan sin piedad.

Aquí, clérigos y seglares, juegan tambien entre el humo del cigarrillo de *chala* y las narigadas de rapé, y en estas tertulias, viven y se agitan las mismas pasiones. Son los clérigos, como célibes, los que tienen más amor

á los naipes, y en vez de pasar sus noches en el estudio que moraliza, las pierden en torno de las mesitas de juego, atraidos por la malilla en casa de su compadre, ó su comadre, ó de su ahijado.

Y la baraja es no solo causa de ruina y de desmoralizacion, sinó obstáculos para cultivar la inteligencia; porque los jugadores no piensan sinó en ganar. La sociedad de provincia está enferma, y el juego es la epidemia.

Sea en casa del boticario, ó en la del señor conónigo, ó en la trastienda del mercero, en todos esos pequeños centros, se reunen los haraganes, para ganar algunas pesetas ó pesos moneda nacional. Y ese ejemplo se hace hereditario, porque los chicos ven cómo sus padres emplean sus noches, y estos comienzan tambien por amar los naipes y el cigarro...

Por el contrario, cuando la sociedad se cul-

tiva por el comercio social de los dos sexos, el hombre se hace más culto, las damas ponen en juego los ardides de la inteligencia y de la chispa, y la conversacion se anima, es festiva, entretenida é inocente. Esa lucha en el buen decir, es una escuela en que el pensamiento se desenvuelve. Si hay crítica no es la maledicencia, es el juicio sobre las acciones y las obras de los otros; pero entónces ni la calumnia asoma con su hipócrita sonrisa, ni la maledicencia inventa faltas en el prójimo para realizar el mérito própio.

Para algunos, ciertamente, ese antiguo salon de conversacion es monótono y triste, y yo he encontrado por el contrario los más dulces encantos, en ese contacto casto de las inteligencias en el cual no es necesario mostrar la partida de bautismo: donde viejos ó jóvenes solo necesitan cultivo intelectual, capital de ideas y amenidad en las formas. Allí se tributa homenaje á la mujer por sus méritos

y ellas tratan de mostrar que no es el físico la gracia que retiene, sinó la inteligencia la que cautiva.

Me he complacido siempre en cultivar el trato social con las niñas más inteligentes. Muchas veces he aprendido enseñanzas de profunda filosofía social, en esa conversacion en apariencia fútil y ligera. La espansiva trasmision del pensamiento pone en movimiento las dotes del espíritu; y en ese torneo inofensivo, he admirado la chispeante viveza de muchísimas señoritas. Ellas se arman con las armas de la gracia y de la cultura, y como las flores, exhalan perfumes benéficos.

¡Cuán dulcemente serenas y bellas han sido para mí esas conversaciones! ¡¡Qué fluidez sencilla y poética en la espresion de las ideas, en la manifestacion del pensamiento! Se respiraba el aroma de la inocencia, se sentía la frescura de la juventud, y á medida que

eran más inteligentes, más ameno y seductor era su trato.

Jamás me arrepentiré de ese contacto honesto y amistoso. Las ví con frecuencia trocar su virginal corona de azahares por los púdicos adornos de la madre de familia, é hice siempre ardientes votos por la felicidad del nuevo hogar.

En esa edad de las rosadas perspectivas, de los sueños dulces, de las ilusiones y de amor, frecuenté con pasion la sociedad del bello sexo, y aún cáusame pena haber sido refractario á las uniones indisolubles; tuve miedo de la ingénita versatilidad propia y ajena, parecíame absurdo la lotería de toda la vida, y el temor me cerró las puertas del himeneo. Despues, ya era tarde: no se cultivan en el invierno las flores del estío. Me faltó la fé y tuve los intensos pesares del incrédulo, los dolores profundos de la duda, y el tédio se apoderó de

mí mismo, y me domina y me absorbe sin remedio.

Cuando observo ahora sin ilusiones y sin esperanzas, á mis viejas amigas solteronas, las encuentro como condenadas á la pena más terrible, al aislamiento y la soledad moral. No tienen los arranques genuinos, la abnegacion y la bondad, porque en torno suyo encuentran el vacío, y miran con ira á las nuevas generaciones que las van alejando de las luchas del corazon.

Y si hablo de las solteronas, no se crea que excluyo á los célibes, porque estos desheredados del amor, se hacen taciturnos, misántropos y huyen del contacto de los otros, á medida que envejecen.

En efecto, el celibato seca el corazon : mujeres ú hombres pierden la dulzura genial, y por eso las monjas y los frailes tienen la antipática aspereza del misticismo enfermizo : viven luchando contra los instintos de la na-

turaleza y terminan por menospreciar la humanidad.

Los niños educados por célibes no conocen las espansivas alegrías de los que viven y crecen al santo calor del hogar paterno. Visitad esos asilos de niños, en esa capital populosa, y observareis á esos pobrecitos silenciosos y melancólicos, pálidos y medrosos, para los cuales son desconocidos los juegos bulliciosos de la infancia, las caricias que consuelan y forman el carácter. Cuando les he visto, sentados y en silencio, mirando con temor y resignados á las Hermanas de Caridad, me he sentido conmovido: no les falta nada de lo que es necesario para no morirse, pero allí no hay alegrías. No es bastante la fé religiosa, es preciso sentir las ternuras de la maternidad para amar con amor á los niños! Si los hombres les quieren, es porque son padres de familia, pero los célibes no conocen los inagotables goces de la

paternidad legítima. ¡Ay de los que son planta estéril, árbol que no da frutos, porque produce espinas y exhala el acre olor de las materias corrosivas!

Jamás recuerdo entre las lontananzas de mi lejana juventud, nada más terrible que un nido de viejas solteronas, vírgenes histéricas que estaban saturadas de envidia, y cuyas lenguas eran estiletos con que herían las reputaciones ajenas. Ellas se esparcían en la sociedad y en el seno del hogar donde se calentaban, allí dejaban la ponzoña de la maledicencia y la calumnia. Espías del barrio, indagadoras oficiosas de la vida ajena, detrás de los vidrios de la sala sin luz, murmuraban de los vecinos, que vivían bajo aquel tribunal inquisitorial; cada movimiento en la calle las ponía en alarma, el llamado á la puerta vecina, originaba la órden para que la mulatilla viese quién era. Ellas sabían á qué hora entraban y salían, quiénes visitaban

en las casas del vecindario, cuáles eran los novios, cuál el estado de los amores, y la chismografía era la ocupacion con que distraían las tareas de la costura: eran la crónica escandalosa de la sociedad, y al mismo tiempo los agentes más hipócritas de los desórdenes domésticos... No había entónces publicaciones pornográficas, pero conocí las lenguas chismosas de las viejas solteras.

Ahora la crónica periodística ha destituido á la solterona de su papel de espía nocturna y narradora de las novedades caseras. La política les sirve de vez en cuando de distraccion, pues son verdaderos marimachos en el decir. No sé si han sido empleadas en la policía secreta, pero sí sé que ellas lo sabían todo, y cuando nada sabían, inventaban. Enredistas, chismozas, agenciando intrigas é interviniendo en todo conflicto doméstico, fueron una verdadera plaga en esa sociedad porteña de los viejos tiempos.

No sé si esos recuerdos me hacen antipático á las solteronas.

Yo á mi turno sufro las sombrías tristezas del celibato; y á veces me sublevo contra mí mismo, y esos dias de *espleen*, destierro de mi casa á los perros, echo fuera á los gatos y persigo á las cotorras y los loros, y si no rozo el jardin, es porque la tarea no es fácil. Quisiera encontrarme en medio de una naturaleza estéril y desierta como se halla mi alma.

En esas horas lúgubres, viajo en torno de mi bufete, y hago escursiones en el pasado.

Vivo enfermo y solo, y arrastro una vida sin mañana. A mi derredor solo tengo mercenarios, á quienes pago sus servicios, y cuyo vínculo conmigo es el salario. Esas manos extranjeras serán las que cierren mis ojos, porque no supe fundar una familia... Me faltan, pues, los halagos que dulcifican la vejez, porque no bastan los libros. Son excelentes amigos ciertamente, pero no

consuelan de la soledad sin esperanza...

Cuando el tédio anubla mi espiritu, recurro á un ejercio higiénico, escribo, es decir, borroneo papel.

¡Y los que leen no saben cuánta amargura hay en el fondo de estas reminiscencias! No pueden concebir que el producto intelectual es un alumbramiento doloroso, porque es preciso oprimir el corazon para que la pluma trace sin colorido las cosas del pasado. El mundo fisiológico no tiene medios para reproducir sus evoluciones.

Por ello quizá cuando veo á las damas de nuestra sociedad distinguida y elegante, adornadas con riquísimos encajes, pienso que tales encajes son el sembrado del trabajo angustioso de familias miserables, á las cuales la tarea diaria y consecutiva, deforma y afea, haciendo contrahechos, imperfectos y anémicos á los niños, condenados por la necesidad á ganar el pan comun como

lo ganó su familia, tejiendo de la mañana á la noche esos delicadísimos encajes. Si esos tejidos contasen la historia de su formacion, si las lágrimas con que se han humedecido los hilos pudiesen reunirse, ciertamente no habría una sola dama que se atreviera á ataviarse con ellos.

¡Y las perlas! ¡y el lapidario de brillantes! y todos esos obreros encorvados horas y horas, para ganar el pan y no morirse de hambre; todos humedecen con lágrimas los adornos que nos deslumbran realzando más la belleza de nuestras lindas damas. Y ellas no saben que las joyas y los encajes fueron testigos de atroces angustias, enjendro de dolores profundos para alimentar el hogar del pobre y adornar la mansion del opulento.

Y estos contrastes de la vida humana entristecen más las largas veladas del soltero, que no siente las caricias de los niños ni oye la voz dulce y afectuosa de la esposa casta.

Los que hayan visitado las familias de los tejedores de encajes en Bruselas y Flandes, de esos finísimos y primorosos encajes, habrán visto á sus padres y sus hijos, sin distincion de edad ni sexo, sentados desde las primeras horas de la mañana hasta la media noche, construyendo aquellas maravillas del lujo con una delicadeza que gasta la vista, y en esa posicion constante, la naturaleza se deforma, se hacen raquíticos, anémicos, monstruosos. En esas caras pálidas, en esa mirada miope por el incesante manejo de los hilos más finos, la fatalidad trasmite la ocupacion como una herencia; el hijo del tejedor es tejedor de encajes.

No pueden auxiliarse con la mecánica, y la vista se les extingue, y se hace corcobado el cuerpo, y el hombre pierde horizontalidad por ese trabajo manual minucioso, por esa filigrana de hilos, por esas maravillas transparentes, ténues, delicadas.

En esos semblantes demacrados hay no sé qué de embrutecimiento, de animalidad, mientras la inteligencia reposa en sueño sin término: el horizonte de esos infelices es el encaje, allí está su ambicion, su crédito; celebridades anónimas saturadas de amarguras y de desden...

Aquí en las provincias argentinas, hay tambien los tejidos de mallas, de randas, de tohallas, pero no solo es más ordinario, sinó que el trabajo es libre, no se hace por tarea, sinó como ocupacion complementaria de otros trabajos manuales. Aquí no es la familia entera condenada á vivir del mísero trabajo: los varones no se avienen en esa ocupacion afeminada; como son fuertes prefieren el trabajo del campo, y viviendo en el seno de la naturaleza que los calienta con el sol y les perfuma con sus brisas zahumadas, el cuerpo no se deforma, ni se pierde la fuerza viril. Pero en aquellos países europeos

cuajados de poblacion, no hay facilidad para cambiar de ocupaciones, porque todo cambio produce una perturbacion, y como el trabajo es remunerado escasamente, no es posible hacer economía para mantenerse durante la transicion. Entónces se hacen fatalistas, no aspiran sinó á salvarse del hambre, y pierden la iniciativa y la voluntad: viven muriendo.

Y en estos tristísimos hogares, de los cuales huye la alegría y la esperanza, á cuya puerta se sientan la miseria y el dolor, es allí donde se elaboran las maravillas de encajes que adornan la belleza: para las unas, la luz el brillo, la alegría, mientras que para las otras el lote es la tristeza, las privaciones, la sombra...

Y no son estos los únicos degraciados. Hay otro condenados tambien á ganarse el pan, poniendo en líneas paralelas una série de palabras, de las cuales huyen más de una vez

la idea y la chispa, á la luz que persigue las letras como lebreles que husmean la caza. Los escritorzuelos de gacetilla, los que escriben diariamente al gusto del consumidor y por cuenta del empresario, están tambien saturados de hiel.

¡Qué tarea! reir cuando á veces las lágrimas nublan los ojos; aparecer contentos cuando se narran en la crónica local la dicha ajena, mientras que en el pobre cuarto del escritorzuelo falta quizás la lumbre!

Estar obligado á divertir á los otros, á ocuparse del que paga, á olvidarse de sí mismo, producir cualquiera que sea el estado fisiológico del espíritu, es medio de ganar el pan saturado de lágrimas. Ver las fiestas desde afuera, oir el ruido embriagador del festin y escuchar las risas de los banquetes, permanecer siempre á la puerta, para discutir los detalles de los otros y ocultar siempre el yo, la personalidad que reproduce, sin participar

del movimiento. ¡Pobres mocitos! Estudiantillos que comienzan, pero al menos ellos están animados por la esperanza, y si llegan á la deseada meta, harán pagar bien caro las amarguras pasadas en el largo noviciado del periodismo. Hay en la acritud enfermiza de algunos escritores el recuerdo de sus privaciones pasadas, y muerden entónces á los que están arriba como si ejercieran una represalia. Mientras que muchos están en las alturas, sin saberlo y por obra de la casualidad. Esos hijos mimados de la fortuna, se sienten á veces perseguidos por las legiones de cronistas, sin esplicarse la causa, y no es sinó el de hacer sentir el poder de los que fueron humildes.

« El culto de las letras, decía hace poco un argentino ilustre, es una religion que tiene sus ritos y sus sacerdotes, sus apóstoles y sus mártires. El templo de ese culto es é veces modestísimo, es el gabinete del estudioso,

alumbrado en las largas vigilias por la lámpara del trabajo, rodeados de los instrumentos de ese culto: el papel, la pluma y la tinta.»

Y luego agregaba:

«Guardan ese templo, tres fantasmas pavorosos: el editor, el público y el crítico.»

A veces el editor es peor que un judío, es un traficante con el sudor del pobre escritor, y no pocas veces no solo le toma el manuscrito, si no hasta las economías, para imprimir el trabajo, que es la esperanza y el porvenir del autor. Y como si esto no bastara, salen tan incorrectas las ediciones, tan disparatadas las frases, que hasta el más resignado y paciente, siente el escozor de la fiebre. Yo estoy enfermo por las barbaridades que me hace decir el corrector de pruebas. Verdad es que mi letra es mala, y esto puede ser una circunstancia atenuante de la ligereza, del descuido ó de la incapacidad del corrector de

pruebas, que se preocupa poco de comprender el pensamiento del escritor y solo quiere ganar su tarea y recoger su sueldo. El hecho es que me ha colgado barbaridades del tamaño de una casa. Si pidiera una fé de erratas, sería necesario publicar un libro que nadie leería.

¿Y el público? Lo difícil es tenerlo. Yo escribo y hasta ahora no conozco mi público, sinó para llamarme el «misterioso», para sostener que mi nombre es una mistificacion, quo uso un seudónimo como si fuera máscara en carnaval. En fin, me niegan que me llame Gálvez....

De los críticos, ¿qué podría decir yo? Me han sacado el pellejo, y me encuentro como el celebrado mármol del Duomo de Milan, que tiene su piel en la mano y presenta su cuerpo descarnado. Felizmente, yo no quise mostrarles mis orejas, les esquivo el bulto y zurran al prójimo inocente, suponiendo que

este ó aquel mortal es quien redacta lo que yo firmo, y les tiran piedras, y cruje el látigo, mientras que duermo tranquilo en la santa paz de mi retiro. Ahora son los cordobeses los que se levantan como abejas á las cuales se les quita el panal, y siento el zumbido de los que quisieran meterme el rejon hasta dejarme exhausto. En tanto que, plácidamente rescostado en mi ventana, ó sentado en los poyos del paseo, veo pasar como espectador, á la sociedad actual, de la cual yo no formo parte. Vivo convencido de la verdad del adagio: «Nadie es profeta en su tierra».

Sal-si-puedes, Mártes de Carnaval, 1881.

ZAPATERO REMENDON

Gaetano, natural de Turin, está domiciliado aquí hace algunos años: trajo por todo capital un organillo y por oficio zapatero. Era fuerte y quería labrarse una fortuna, dejaba su país para mejorar su condicion, y á ello fué inducido por el llamamiento de otros paisanos que, con el trabajo y economía, gozaban de bienestar.

Sueña el que piensa que puede venir á América el *flâneur*, y que basta llegar al Rio de la Plata para que la plata entre en los bolsillos, como pudiera entrar el agua del gran rio,

El que nada tiene vive aquí como en cualquier otra tierra de garbanzos, de su trabajo, y aunque son muchos los llamados son pocos los elegidos, quiero decir, que dos factores son indispensables para que el proletario mejore de condicion: el trabajo y la economía.

El inmigrante encuentra trabajo bien remunerado, pero si no economiza será como el tonel de las Danaides, nunca llenará la bolsa.

Gaetano tenía la voluntad y el vigor físico. Venía para salir de la condicion de proletario, y para conseguirlo comenzó por asociarse con otros compañeros como remendon de zapatos. Cuando dejaba por la noche su tarea diaria, comía *polenta*, pan y cebollas, y siempre un vaso de vino ordinario, echaba á cuestas el organillo y salía á recorrer las calles tocando la música á tanto la sonata.

De manera que de dia trabajaba como remendon de zapatos y por la noche como músico ambulante: ganaba sus pesos y cuando había reunido cien, los depositaba en el Banco de la Provincia, donde tenía su libreta de depósito á interés.

Toda su ciencia económica consistía en ganar lo más posible y en economizar cuanto fuera dable.

Vivía en un *conventillo* de la calle de Cuyo, seis paisanos ocupaban un cuarto pequeño y el alquiler se pagaba á prorata. Ropa, tenía la puesta, la que remendaba cuando se le abría un agujero, pues quien remienda zapatos bien puede remendar su propio vestido.

Economizaba hasta en lavarse y al verle las manos sospecharía cualquiera que las bañaba en betun. No sé de lo que no se vé, juzgue cada cual como le plazca; pero si sé que era prudente guardar distancia.

Lo cierto era que dormía vestido, y los pesos que había ganado los metía en un cinturon de cuero que llevaba á la raiz de las carnes, en prevision de los merodeos nocturnos de sus compañeros de cuarto, en cuya buena fé no confiaba.

No descansaba sinó el domingo, dia en que jugaba á la *murra* en el fondin de su paisano.

Reuniendo peso por peso, su libreta en el Banco de la Provincia había aumentado y alcanzaba á suma tal que con ella pudo comprar un terreno en los arrabales, de diez varas por treinta. Edificó dos cuartos al principio, uno para zapatería y otro para alquilar á tanto por noche, pagadero adelantado, y en el cual entraban seis personas, generalmente italianos trabajadores de calle ó limpia-botas.

Gaetano continuó con la misma constancia: música ambulante por la noche hasta

las once, remendon de zapatearía por el dia. Como eran mayores sus entradas, mayor era la suma que depositaba á interés; la progresion es fácil de calcularse.

Cuando se hizo propietario escribió á su sobrino en Florencia, zapatero tambien, aconsejándole se viniese á Buenos Aires, prometíale trabajo como zapatero, anticiparle el valor del pasaje á bordo y los gastos de viaje, todo lo que debería pagarle duplicado como recompensa por el servicio.

Así se ha ido estableciendo esta corriente inmigratoria y espontánea que toma mayores proporciones de dia en dia, en beneficio del país que deja y en el del que se establece; del primero, porque al cabo de cierto tiempo consumen con preferencia los productos originarios de Italia, gastando más porque ganan más y por tanto fomentan inmediatamente la produccion italiana; en bien de la prosperidad de la República, porque cada

inmigrante es un consumidor más, que se convierte en propietario á penas puede, se casa y se vincula á la tierra, comenzando la evolucion que le hace más culto por el hècho de ser propietario, dueño de sus acciones é independiente.

El sobrino, originario de la ciudad de Florencia, era intelectualmente superior al tio, pues había tenido ante sus ojos en la *piazza del Palazzo Vechio*, las obras maestras que se ven en la Loggia, espectáculo que educa y desarrolla el sentimiento artístico. Allí nacen artistas y músicos, y basta abrir los ojos para ver aquellas maravillas del arte, brincando los pilluelos desde los enlozados de la plaza. Nada educa al pueblo como la belleza arquitectónica y las obras maestras.

Gaetano y su sobrino pertenecían á una familia humilde de zapateros, y vivían muy modestamente con el fruto de su trabajos, sin poder mejorar su condicion de proletarios. El

primero abandonó Turin en busca de paises nuevos, donde todo puede conquistarse, como en el hecho lo había ya conquistado, haciéndose propietario.

Cuando el florentino recibió la carta del tio soñó con el país lejano y el Rio de la Plata parecióle un nombre pintorescamente simbólico, como si fuese rio de plata, *d'argento, de guadañanza.*

Tenía empero una madre anciana y él y la pobre vieja se amaban con ternura, porque el amor es tambien patrimonio de los pobres.

¡ Quién cuidaría á la pobre anciana si él la abandonaba ! Y sin embargo, permaneciendo allá muy poco podría hacer por ella: ¡ era tan pobre !

El florentino era mayor de veinte años. Reflexionó mucho y para acertar mejor, segun su conciencia, fué á orar al grandioso templo del Bautisterio, esa maravilla arqui-

tectónica. Era creyente, fanáticamente religioso: de rodillas pidió inspiracion á Dios.

Comunicó á la madre la carta de Gaetano, y ella le aconsejó con lágrimas en los ojos que partiera, pero que cuando pudiese mandase á buscarla. La madre vá donde va el hijo: Vete!

¡Pues á Buenos Aires! Este nombre sonaba con dulce armonía en el oido musical del florentino. Soñaba con el país lejano y desconocido donde su tio era ya propietario.

Se embarcó como inmigrante, con su organillo, para cuya compra su madre reunió cuantos cuartos pudo. Le bendijo al partir.

Siguió el ejemplo del tio, pero era más inteligente y mejor zapatero. Pagada la deuda que había contraido por los gastos de viage, tan pronto como pudo mandó dinero para que su madre se embarcara á su vez: madre é hijo se instalaron en la calle de la Defensa. Conocí el cuartujo.

De dia iba de puerta en puerta, repitiendo: ¡Zapatero! Y en su bolsa de algodon negro metía los zapatos rotos, grandes, chicos, de hombre, de mujer, de niños. De diversas formas y tamaños eran, y nunca pude explicarme cómo podía conocerlos para entregarlos remendados. Rápido era el contrato verbal entre la criada que entregaba el calzado roto, más ó menos viejo, y el florentino que, prévio exámen, pedía su precio. La criada encontraba siempre muy caro, despues de regatear, ambos se ponían de acuerdo invariablemente. Mientras él hacía esta escursion, otros compañeros cosían los zapatos rotos, remiendo aquí, media suela á este y tacon nuevo, enderezar lo torcido de otro y suela entera, cambio de elástico á aquellos, capellada nueva á estos. El trabajo era incesante, y el florentino dia á dia recogía zapatos rotos y entregaba los compuestos y remendados.

Innecesario es decir que á los otros zapateros les pagaba diariamente ó por semana, compraba útiles y continuaba el trabajo.

La madre, aunque vieja, cocinaba, lavaba para ellos y para los paisanos que formaban su menguada clientela.

El Banco de la Provincia fué siempre y supongo será por mucho tiempo, el preferido para el depósito de las economías de la clase obrera. Estadísticamente se ha comprobado la brevedad con que el proletario europeo se transforma en patron, y contrata á sueldo á otros que le ayuden, hasta que estos á su turno se hacen patrones y se emancipan, estableciéndose por cuenta propia.

El florentino era honrado y aprendió el español. Los domingos compraba dos diarios.— *La Prensa* y *La Nacion*, y despues de oír misa en San Telmo, hacía invariablemente la lectura de los dos grandes diarios.

La madre y su hijo vivían en santa paz, el

amor endulza el trabajo, y cuán fecundo y tierno es el amor de madre. El florentino amaba á su madre con esa ternura de raza latina, soñadora, apasionada, poéticamente tierna, entonando en sus ocios las cantiñas aprendidas en sus vagabundinas de pilluelo en la plaza del Palacio Viejo en Florencia. He dicho que era soñador.

Vislumbraba ya mejores dias, sus economías aumentaban el capital depositado en el Banco, viendo así acercarse el momento de seguir el ejemplo del tio, comprar un terreno, edificar unos cuartos, establecer zapatería y casarse.

Había reflexionado mucho y se había convencido que para un trabajador, el casamiento es economía, porque es asociarse otra persona para cooperar al bienestar comun y criar los hijos. La mujer del obrero trabaja á su vez, dos voluntades cooperativas ganan más y economizan más que el soltero, por

morigerado que sea. El trabajo necesita descanso, el descanso necesita halagos, de manera que cuando el florentino terminaba la lectura de sus dos grandes diarios quedaba pensativo.

Soñaba con los ojos abiertos en tener un hijo, educarlo bien ; porque, se decía, ¡quién sabe !... puede escribir quizá como se escribe en estos diarios ¡ y entónces !...

Recordaba la patria, quería volver á ver á la bella ciudad de Florencia ; pero quería tambien vivir y morir al lado de su buena madre, porque, se decía ásí mismo, donde esté la tumba de mi madre y sea la cuna de mis hijos, esa es, esa debe ser mi patria adoptiva.

Se enamoró al fin, que el amor brota espontáneo, y no es privilegio esclusivo de ricos. Tenía corazon ingénuo y amó como aman esas naturalezas impresionables. Resolvió casarse. Se lo dijo á la madre y las buenas razones que la dió, la convencieron

que el amor filial no disminuiría, puesto que ella tendría dos hijos para amarla más.

La boda de los obreros no exije grandes preparativos, y el casamiento se celebró en el curato, pues entónces no se había establecido el Registro Civil. Ambos eran nacidos en Italia; pero la una vino de diez años y se había *argentinizado*. Hablaba la lengua nacional y amaba al país, donde había aprendido tantas cosas, hasta el gusto en el vestir.

El florentino había recibido escasa educacion, sabía leer y leyendo aunque no fuese sinó los dos diarios ya recordados, sus ideas se habían desenvuelto y mayor luz tuvieron cuando amó á la de ojos azules y de cabello rubio. Era una linda mujer.

El amor verdadero transforma y mejora, cuando la mujer es digna de ser amada, y lo es la que tiene honestidad y es bondadosa.

Si había trabajado con ardoroso ahinco, mayor fué la constancia despues de casado.

Estableció entónces zapatería, de remendon de viejo subió á vendedor de nuevo y á hacer calzado á medida como decía el letrero de la puerta.

La mujer atendía la tienda, el marido al trabajo personal y al de los empleados, la madre tenía á su cargo el lavado y la cocina. De modo que la vida se hacía con economía y era más productivo el negocio.

El florentino soñaba con tener un hijo y con educarlo para periodista y abogado, para no ser víctima de las intrigas, de los *misterios de las multas* y de las trapisondas é inmoralidades que denunciaba *La Nacion* y apoyaba *La Prensa*, sus diarios del domingo. Se imaginaba que su hijo podría ser un defensor de la justicia, un orador, un periodista. Este era su ideal.

Lo tienen siempre esas naturalezas que nacen bajo el cielo azul, pasan la niñez mirando las maravillas del arte, y cantan para

adormecer las alegrías apasionadas del espíritu; miran hácia arriba, quieren subir á otras alturas.

El florentino aspiraba á educar bien á su hijo, y cuando refería á la pobre y candorosa madre anciana sus sueños y ambiciones, el porvenir del *bambino*, las lágrimas corrían por las arrugadas facciones de la madre que solo comprendía que su nieto podría llegar á ser un caballero.

Todo era honesto en aquel humilde hogar. El trabajo moraliza y educa. Los esposos eran bendecidos por la anciana, cuyo amor era fecundo, ardoroso, y sus afectos ilimitados, y ellos á su vez pagaban en cariño las santas bendiciones recibidas.

¡Qué lujo más deslumbrante que los afectos sinceros! Amor materno, amor filial, amor de esposos á la espera de transformarse en amor paterno. Santísimos vínculos son estos que impiden el vicio, endulzan la vida y no

hay tristezas ni dolores sinó aquellos de que no está exento el hogar del poderoso.

El florentino como todos los obreros de buena voluntad, trabajadores y honrados, encontró sin gran dificultad crédito en el Banco de la Provincia, y comenzó á usar ese capital fecundo, desconocido, nuevo para el que fuera pilluelo de la plaza del Palacio Viejo. Exacto en el cumplimiento de sus obligaciones comerciales, el crédito fué aumentando y el negocio prosperaba más en proporcion al mayor capital que podía poner en giro.

El inmigrante que llega á este país encuentra abiertos todos los caminos: el industrial, el artesano, el agricultor, todos pueden ganar con facilidad relativa elevados jornales, y si son económicos y honrados, pueden estar seguros de adquirir lo necesario para ponerse á cubierto de la miseria los más, algunos, no pocos por cierto, llegan á

la fortuna, que les transforma y mejora hasta en sus acciones y exterior.

La sociedad argentina es cosmopolita, atrae y funde dentro de sí misma al que viene, si es honrado y laborioso, y esto es tan evidente, que los depósitos de los innumerables bancos demuestran los millones que representa anualmente el ahorro de los que trabajan. Si se economiza es porque se gana sobradamente, y esta riqueza que se vá acumulando es el elemento civilizador.

El criollo, el nativo, el que lleva la hidalguía española en su sangre y en su tez, ese ama al huésped que llega, al inmigrante que viene, si se asimila á las costumbres nacionales; pero no podría simpatizar con aquel que, creyéndose superior solo por ser europeo, traza una línea divisoria entre lo argentino y extranjero, como con frecuencia lo hace el orgulloso inglés. Simpatiza con el aleman honesto y serio que se hace padre de

familia y se vincula á la tierra. ¿Cómo no reír con el francés burlon, pero franco y cordial? El español viene, puede decirse, en familia, para él somos unos mismos, cualidades, defectos, pasiones, todo lo espresamos en la armoniosa lengua castellana, por cuya conservacion y pureza debiera hacerse sacrificios. El italiano, el belga, el suizo, el holandés, el dinamarqués, encuentran abiertas todas las puertas, solo se exige honradez y manos limpias. Sería absurdo pretender que al iletrado, burdo y sucio obrero se le siente en el salon del argentino.

La hospitalidad es generosa, pero *¡guay!* con los que pretendan ser superiores y privilegiados sobre los ciudadanos. La bondad no iría jamás á conceder privilegios al extranjero que los haga superiores al hijo del país.

Vienen á un país libre, se sujetan á sus leyes, bueno es que olviden los tiempos en que

amenazaban con sus cañones los perjuicios que habían sufrido á la par de los hijos de la tierra. La ley ampara á todos: no hay privilegiados.

Hay entre tanto una monomanía peligrosa, un cierto furor de extranjerismo que desde las altas esferas sociales, hasta las cuitadas doncellas, deben precaverse y evitar.

Esa enfermedad es como el cáncer, el que ha sido atacado es incurable. Toma diversas formas y se transforma desde especulaciones visiblemente corruptoras hasta invadir todos los empleos, sin más título que ser extranjero y deslizar al oido algun titulillo, papel pintado sin valor corriente en el mercado de la bolsa. Cuando el criollo se extranjeriza, se convierte en animal estraño, y los hay curiosísimos por el favoritismo con que amamantan grandes sanguijuelas del tesoro público.

Es fiebre, es peste, es plaga, lo que ataca

ciertos cerebros para entregarlo todo en manos extranjeras, tanto que, si los nativos se descuidan, quedarán en camisa. Este mal contagioso, porque puede dejar regueros muy dorados. ¡Ojo abierto!

Si saco á luz los borradores de mi cartera, exhibiré una série de perfiles, dignos de que, ¡válgame Dios!... se les aplique la devolucion de lo mal habido.

Hay extranjeros que se asemejan á las golondrinas, son aves de paso, vienen cuando el invierno está en sus bolsillos, la nieve que mata, la necesidad de comer, y cuando les ha llegado la primavera ó el verano y han cosechado frutos en forma de pesos ó especulaciones ó concesiones, se vuelven, diciendo horrores del país donde cogieron los cuartos. Los dicen por deseo de decir novedades, como cierto yankee que publicaba en un diario de Estados Unidos que este país era tan estéril que se importaba el pasto de Europa

para mantener los ganados! ¡Que caletre el del tal yankee! Los ganados argentinos son millones de millones y suponer que se alimentan con pasto importado, es demostrar que el que lo dice debió estar entre los animales de cuernos.

Otro yankee decía con la vanidad de la ignorancia, que la estension de la República Argentina era como la del estado de Kansas! el infeliz no había ni visto la carta geográfica de la América Meridional.

Estos son periodistas, como quien dice, sabedores de lo que imprimen, y entre tanto han debido aprender algo antes de ocurrir á la letra de molde; pero si se les mira sus grandes manos de labriegos, se las encuentra con las uñas enlutadas, y físico é inteligencia corren parejas.

Es preciso convenir que en el exterior ignora la generalidad lo que es este país, y se abruman cuando leen las estadísticas, como

sucederá ahora en Francia cuando lean las publicaciones estadísticas francesas que demuestran con cifras el comercio argentino y se vé que más son las importaciones del país allá, que los consumos aquí, y se trata de millonejos de francos. Comercio es este en Francia superior al que mantiene con Rusia.

El país necesita obreros, industriales, agricultores, trabajadores en una palabra. Para ello el porvenir está asegurado; pero la oleada de *boulevardiers* que viene de cuando en cuando, se encuentra desorientada, porque no tiene ocupacion, no sabe labrar la tierra, y aspira á ganar sueldo por mirar á las estrellas; para estos la vida no es fácil.

No son ni sábios, ni industriales, ni obreros, sinó alegres vividores, cuyo saber está en el vestir, y que quizá tuvieron en su tierra empleos de poco sueldo y vienen creyendo que aquí faltan empleados en donde la empleomanía es plaza. Si á esto se agrega

la de los cesantes en Europa, ¡valgame San Crispin! dónde irían los presupuestos.

Como el florentino pertenecía á la clase obrera, no soñaba en subir sinó por su trabajo y la economía, ambicionaba, entretanto, allanar el camino para su hijo, en lo que mostraba buen sentido.

El desconocido y pobre zapatero remendon en los comienzos había llegado ya á tener tienda de zapatos y á comprar á crédito en plaza, usando del que tenía en el Banco de la Provincia y su firma tenía cierto valor corriente. Ascendía honestamente en la lucha por la vida, sin precipitaciones, sin envidias, apoyándose en el trabajo y observando prudente economía, puesto que á él le había tocado la mision de fundar una familia poniendo la primera piedra, y como él decía, ¡quien sabe!... el porvenir de los buenos.

Ya en su traje modesto había un progreso, el lujo del aseo, que bien pueden dárselo los

pobres, en vez de ostentar algunos los vestidos manchados, cubiertos de polvo y las manos súcias, suponiendo que es aristocrático ser limpio.

Contábame cierto día un colombiano de chispa, cuán exigentes son allá los demócratas que vienen de muy abajo, y que... no son muy claros de piel. Estos tienen antipatía al hombre elegante, les horroriza los guantes y la camisa limpia. No pocas veces, agregaba, cuando llevan capa está oculta la mugre de sus cuellos y puños, y mejor es que guarden el embozo para no prodigar el perfume indígena.

Por suerte no son tan melindrosos los demócratas argentinos, pues gustan de la camisa bien limpia, con perdon de mis lectoras, si hubiera alguna tan boba como para leer mis articulejos.

Verdad es que no es posible contemplar los alegres paisajes, los horizontes azules del

gran rio, en dia de cielo despejado, ni las poetizas sombras de las arboledas del Tigre ó de las Conchas, ni llevarlos á viajar imaginariamente hasta Mendoza, la bella y arbolada ciudad, tan hermosa bajo este aspecto como si fuera ciudad yankee, pues la vida tiene realidades que ni huelen bien ni son pintorescas.

Si la casualidad me lleva al cuarto de un remendon de zapatos viejos, veo amontonados aquellos desvencijados calzados como trastos de casas abandonadas, *taperas* de antiguas habitaciones abundantes de insectos y sabandijas, claro es que allí no se huele olor á violetas.

La vida real no es invariablemente poética, el que tenga delicado el olfato que no toque aquel monton de zapatos! Y aunque los hay de millonarios y de damiselas de pequeño pié, pero como han tenido contacto con el lodo harto abundante en nuestras calles y

aceras, huelen á polvo mezclado no con esencias.

No es prudente acercarse á aquel monton, á pesar que la curiosidad me inspira analizarlo. Aquellos zapatos grandes, tan grandes ¡ y además tan anchos y torcidos, parece hubieran servido de funda á pié aleman; los otros, claveteada la suela con gruesos clavos de fierro y el cuero tan duro que se asemeja á madera, esos han servido al pié sin medias de algun lustra-botas; aquellos otros, altos de empeine y elevado tacon, botin de suave tela negra, son de aspecto tentador, á pesar de esos agujeros por los cuales se divisa en los bordes las hilachas blancas del forro, puede suponerse han calzado el diminuto pié de una francesa; aquellos de más allá, anchos, torcidos, con más protuberancias que terreno de cordillera, quizá sirvieron á una negra lavandera. Todos se ven hacinados y confundidos en democrática igualdad; yacen espe-

rando que el remendon les vuelva á la vida util, es decir, al uso de sus señores, porque lo son los que los compraron; señor de la casa es el que tiene dominio en ella.

Iba diciendo que el florentino estaba en prosperidad, y parecía próximo á realizar su ambicioso sueño, porque ya había hecho contrato con la partera italiana del barrio, que tenía diploma de la Facultad de Buenos Aires: mujer muy ilustriosa, recibía pensionistas en su casa para facilitar... no quisiera ser muy realista, pero en fin, como es preciso que la poblacion aumente, para ese fin, sin intervencion de la Comisaría Nacional de Inmigracion. Daba además dinero sobre prendas, y no falta quien agregue que, cuando el caso ocurría, decía la buena ventura pues era jugadora de cartas, especie de adivina para el vulgo, pero recibiendo dinero sin tener patente ni pagar otras contribuciones. Tenía todos los amaños y tapa-

dillos que los casos discretos y reservados exijen.

Ella había ya acumulado algun dinero, era protectora de solteras y viudas, y su libreta del Banco de la Provincia la ocultaba como un secreto.

La crónica no dice si era casada, viuda ó soltera; pero el hecho es que era mayor de edad, y que si no hubo boda ante el cura no fué por falta de años. Sea lo que fuere, ella era la dueña de la casa y por tanto con ella se convenía el honorario, para despues pasar á la inscripcion en el Registro Civil ahora, antes al curato ó parroquia.

No hay que entrar en menudencias y detalles, lo cierto es que la rubia de ojos azules, andaba con el vestido tan desigual por lo bajo, que, gracias al mostrador de la zapatería, no se le veían las ligas.

Todo estaba preparado. No había sinó que

esperar el llamado, y bendito sea el recien llegado.

El florentino hacía esmerados interrogatorios á la partera sobre la probabilidad del sexo del que debiera venir al mundo: aquello era de reir ¡ qué teorías desarrollaba la partera usurera-adivina ! Mejor es tener oídos de mercader, estas referencias son muy melindrosas.

Pasaron algunos años, y el *bambino* se hallaba en edad de ir á la escuela.

El florentino, que á medida que adelantaba en haberes había azusado el ingenio, resolvió con admirable buen sentido que su hijo fuese á la escuela pública, y no á las escuelas italianas costeadas por las sociedades masónicas, en las cuales todo es italiano, desde el idioma hasta el retrato del *Rey*.

Su raciocinio era acertado. En la escuela se contraen amistades, de manera que, si el niño hubiera de ser abogado, convenía se

criase y educase en consorcio con los nativos, con los ciudadanos del porvenir, electores y elejibles de los tiempos futuros. Ese compañerismo es un factor poderoso en el porvenir de un muchacho; porque si lo mandaba á ser educado entre los proletarios italianos, tales condiscípulos no son apoyos en las esferas sociales superiores, no aspiran á salir de obreros y quedan en el nivel de la familia inmigrada.

Nació aquí, decía, aquí es donde se educa y donde ha de vivir, es ciudadano argentino, por ende hasta puede ser Presidente de la República porque la constitucion no exige se pruebe quien era el padre.

Resolvió que fuese á la escuela pública de la parroquia bajo la dependencia del Consejo Nacional de Educacion Comun.

En la vida de este hombre el rasgo característico era el buen sentido.

Curioso es observar cómo las ocupaciones

se dividen por nacionalidades. Remendon de zapatos es sinónimo de italiano, como lo es el carbonero, lanchero, tachero, lustra-botas y la mayor parte de los albañiles. Los lecheros, ladrilleros y peones de saladeros son vascos. Franceses son sastres, peluqueros, cocineros, lampistas, quincalleros, confiteros. Los encuadernadores son generalmente alemanes ó belgas. ¿Y los chancheros? es industria cosmopolita, abundan los judíos alemanes.

¿Y los criollos? Francamente son todo y sobre todo para los trabajos de fuerza: son carretilleros, peones, agricultores, ganaderos. No les gusta el ser sirvientes, odian el frac y la corbata blanca de los criados. Hay altivez en su carácter y firmeza en sus resoluciones.

Los gallegos son pasteros, mozos de cordel barrenderos, sirvientes.

Basta, que este análisis no puede ser microscópico.

No he podido averiguar cuál fuera el por venir del florentino y del hijo; pero en est tierra sube á las alturas sociales el que tien talento, audacia y voluntad, y bien lo me recía el hijo de un honrado y laborios obrero.

Hago votos porque vientos bonancibles con duzcan su barquilla.

En las nubes, 1888

ANTES Y AHORA

You referred to Buenos Aires as the great rival of Chicago. How it is not?

It makes a cosmopolitan smile to hear the people of Chicago boasting of their enterprise and that they are the smartest traders and most go-a-head people on God's great earth, wohen probably not one in a hundred of her citizens can tell of hand, without referring to a text-book where Buenos Aires, the capital of the Argentine Republic, is situated. Y es this southern city, in interprise, is just as far a head of Chicago as Chicago is a head of Rock Hand. Trade centers all over the wold —even New York city— consider Buenos Aires the most enterprising city to day on the world.

(*The Herald*, Chicago)

Puede juzgarse, me parece sin exagerarlo, del bienestar de una poblacion, aldea, villa ó ciudad, por sus mercados; de la misma ma-

nera que se aprecia la educacion y la fortuna de una familia por el comedor.

Si la administracion pública debe tener la superintendencia higiénica en los artículos comestibles de primera necesidad, á fin de impedir los falsificados ó dañosos á la salud, la señora de la casa, la esposa, á su vez, no puede ignorar que el bienestar de la familia depende de la buena digestion de su señor marido, y si ella quiere ejercer influencia moral sobre él, debe atender y cuidar especialmente de su alimentacion, de la mesa.

Prosáica parecerá la tésis, pero es verdadera.

Por ende los solterones y los viudos son víctimas de la dispepsia, porque falta el angel tutelar de la cocina, no para cocinar ¡oh nó! sinó para ordenar lo que se debe cocinar. En esto consiste precisamente el busilis, y no en creer que los pobres hombres sean

animales, cuya alimentacion puede ser confiada á manos mercenarias, las cuales, para hacer mayor la sisa, compran lo más barato en los mercados.

Esto es cierto y la esperiencia me lo ha enseñado. Puedo demostrarlo comparando cómo se comía en los tiempos pasados y cómo se come ahora en la Capital de la República, ciudad de cerca de quinientas mil almas, y por ende de las más grandes de América, delas mas lujosas además por más que esta verdad irrite ciertas envidias añejas de extranjeros ; como es sin disputa la que pone mayor número de tramvías, más medios de locomocion y extraordinario movimiento mercantil.

Si la alimentacion está en relacion directa con el ejercicio, merece que se estudien las evoluciones que ha ido haciendo el arte de cocinar desde los tiempos pasados, cuando las calles eran lodazales y pantanos, hasta la

época presente en que se han adoquinado y las llenan las líneas de tramvías, reemplazando así las pesadas carretas de bueyes que conducían al mercado de nuestros antepasados, la carne de los malos *mataderos*, los peces y las sandías, los melones de Quilmes y los duraznos de Las Conchas. Hoy todo es diferente.

Mercado malo, luego mala cocina, y como consecuencia forzoza gente de mal humor. Así fueron, cuentan los viejos de ogaño. ¡Los infelices comían olla podrida y chorizos! Cómo habían de tener buena digestion. Mala sangre, luego mal genio. La mesa de entónces no fué, no pudo ser lugar de placer y alegría, por cuya razon se comenzaba por un rezo y se terminaba diciendo el *bendito*.

Picarezco es por todo ello, estudiar la monografía de la cocina en la muy ilustre ciudad de la Santisima Trinidad Puerto de Santa María de Buenos Aires, capital de la Re-

pública Argentina, despues de un vapuleo á bala para realizar con sangre lo mismo, lo mismísimo, que había sancionado el Congreso de Santa Fé, de acuerdo con el proyecto de Rivadavia. Gastos hechos para constituir el país que ahora proyecta cobrar mi tocayo el gobernador de la misma provincia.

Federalizacion tan aplaudida ahora, tan popular que, aún cuando hiriera la susceptibilidad de ciertos porteños retardatarios al progreso, puedo recordar la filiacion histórica sin cometer ni pecado venial; porque la renta ha aumentado en beneficio de los propietarios urbanos, la poblacion ha crecido de una manera fabulosa, aún cuando desgraciadamente la vida se ha hecho endemoniadamente cara y ha nacido la epidemia de las expropiaciones.

Así cuando comparo cómo se comía en la época de nuestros abuelos, y cómo se come hoy en las grandes casas ricas, encuentro, lo

confieso, el reverso y el anverso de la sociedad elegante y culta.

No quiero que nadie fie en mi sola palabra, sinó que tomándose la sola pena de comparar las escenas de costumbres que voy á copiar del natural, resuelva cada lector por sí mismo la cuestion, que es grave y transcendental, cuestion de civilizacion y de estética.

¿Por qué se rien ustedes? Repito, de estética.

El sentimiento y la idea de lo bello que nace en los niños, que se desenvuelve y abrillanta desde la primera edad, es resultante lógico del medio social en que cada hijo de vecino ha nacido.

Evidente me parece que los hijos del *bachichin* que tiene puesto de carbon y leña, que come pan y cebollas crudas, salchichon y *sábalo* frito, no conciban otro mundo, faltos de ideales, que aquel antro cuyo polvo ennegrece la cara y las manos de la madre y

del *bachicha*, dueño del establecimiento. ¿Qué idea estética pueden concebir con sus caras llenas de polvo de carbon, sus piés descalzos y súcios, y su cabello desgreñado?

Pero si se sale de este cuartujo inmundo, donde puede habitar la honradez laboriosa, no puedo ni quiero negarlo, y se entra... en la casita del peluquero francés, Monsieur Paul, se verá la diferencia.

La trastienda es limpia, las ventanas del aposentito tienen cortinas de muselina blanca, como son las colgaduras de la cama. La mamá es risueña, usa corset desde temprano, y lleva ajustado el talle y gracioso el simple vestido. Los niños son rubios como querubines, siempre limpiecitos y bien peinados, con delantales y vestidos bonitos, hechos por Madame Paul. Allí se ven flores en el florero, plantas de jazmin del cabo y diamelas en el pequeño patio.

Se sientan á la mesa, que está siempre cu-

bierta de blanquísimo mantel, losa blanca y lucientes vasos, que la misma mamá ha colocado; y vino, sí, vino rojo en copas brillantes de cristal. Estos niños, digo, educan instintivamente su inteligencia y tienen otros ideales, que aquellos de los sucios descendientes del carbonero del lado.

¿Es esto cierto ó nó?

Madame Paul, la esposa del peluquero, va personalmente al mercado con su cesta de paja tejida de colores, y la trae llena de verduras, frutas, pescado del rio ó Montevideo, perdices en su tiempo, y siempre un ramillete de flores, aunque sean violetas.

Mientras la *gringa,* asi la llama el vulgo necio y torpe, compra una ristra de cebolla y otra de ajos, pan y salchichon, y el veneno colorido con campeche y formado de pasas y composiciones químicas, que su paisano el almacenero italiano, le vende al fiado, á tanto la cuarta.

Todo esto es barato, porque lo que quiere el *bachichin* es depositar mensualmente sus economías en el Banco de la Provincia. Es previsor, sin duda alguna, pero aquel escenario es sucio y *anti-poético;* allí no hay ideales sinó la *guadañanza*.

Los niños del peluquero, mientras tanto, beben el vino que su misma mamá les sirve con cariño, los del carbonero ven que el padre bebe en la misma botella de vidrio verdoso y solo él porque es privilegio del jefe de la familia.

Del puesto del *bachichin* saldrán los muchachos limpiadores de botas y repartidores de diarios, quizá no han ido nunca á la escuela; de la casita del peluquero Monsieur Paul todos irán á la escuela, y subirán, subirán en la escala social, porque esta es la gran virtud transformadora de la democracia: subir desde las capas inferiores sociales hácia las altas regiones de la sociedad nueva,

que se forma por el aumento de la contínua inmigracion.

Los nietos del *bachichin* ya serán otra cosa: irán á la escuela y empezarán á ascender. La evolucion social será mas lenta; pero los nietecitos heredarán la fortuna que tan rudamente acumuló el abuelo *bachicha*.

Toda la cuestion social depende, pues, de esta verdad: que las plantas, como el hombre mismo, se modifican, transforman y mejoran, segun el clima y la fecundidad de la tierra. Y debiera decir, y lo digo, es en gran parte cuestion de alimentacion, de cocina!

Quiero apelar ahora al testimonio de viejos conocidos.

Don Canuto, ¿recuerdan ustedes á don Canuto? El de las manos huesosas y grandes, el hombre anguloso, el de la pálida tez y de color bilioso, el partidario de las velas de sebo!

Pues, vean ustedes mismos cómo come D. Canuto.

La cocinera es una negra, que hace sopa de pan viejo con huevos, puchero con zapallo y batatas, y carbonada ¡ oh ! carbonada nadando en un mar de grasa. Me olvidaba, hace muy bien el asado en parrilla, porque el asado jamás falta en la mesa de D. Canuto.

Como este es muy económico, el *diario* para el mercado es muy reducido, y la negra hace sus provisiones en la carnicería de su marchante en el mercado viejo, y no compra otras verduras que coles, cebollas, zapallo y batatas. La provision es tan escasa que los criados roen los huesos, no exagero, pasan unas hambrunas! Dice el buen señor que la mulatilla tiene gazusa, pero lo que tiene es necesidad de comer lo necesario.

El mismo preside la mesa, sentado en la cabezera donde permanece silencioso. Hay ó

su lado una botella de cristal, opaco ya por el color rojizo que le ha dado el campeche del vino *carlon*. El mantel se muda cada domingo, límpio ó súcio, frecuentemente manchado de zapallo, hace el servicio semanal, con la mira de economizar el lavado.

Cada vez que la mulatilla lleva los platos á la cocina, los limpia á dedo y con la lengua no tiene intencion ni propósito de limpiarlos sinó es en prevision de la escacez de la racion que le dará ña Juana la cocinera.

En esa mesa no hay alegrías, cada cual come callado, por supuesto, allí se usa el cuchillo para meterlo en la boca á guisa de cuchara, y la salsa de la carbonada se levanta con el mismo. A veces el silencio se interrumpe por un descomunal regüeldo de D. Canuto, para quien, como para el Shah de Persia, los regüeldos son amenidades y galanteos.

Mientras tanto, en casa de mi tio Blas, s

la comida era á la española, con abundante cerdo bajo todas las combinaciones posibles, chorizos, salchichones, morcilla, tocino y qué se yo, se proveía sin cicatería y los criados comían lo mismo, lo mismísimo que mi buen tio. Almuerzo, comida y cena, lo formaba el puchero, con verduras y carne de pecho, que era lo que gustaba á mi tio. Buen pan criollo, en cantidad que pudieran hartarse en la cocina, y todo lo que sobraba lo repartían á los mendigos.

Bien entendido que hablo de la casa de mi tio despues que vendió la tienda, y quiero que así conste, para que no se arguya que hay inexactitud en mi relato. No soy mentiroso, si por casualidad me equivocase ruego no olviden que se pierde la memoria en la vejez.

En ambas casas no hubo ni pudo haber el refinamiento culto del placer de la mesa: en ellas se comía para vivir. Nunca había con-

vidados. No solo porque eso aumentaría el gasto, sinó, además y sobre todo, en consideracion á que no había el bastante servicio de mesa, eran escasos los platos y los cuchillos, no tenían seguros los mangos. Por otra parte no querían cumplimientos á la hora de la comida. Esta era la teoría burguesa de los tiempos pasados.

Recuerdo que una vez, por excepcion, un conocido mio me invitó á tomar la sopa en el dia de su cumple-años. En familia me dijo.

Fuí en efecto: me habían señalado las 3 p. m.

En el comedor no había alfombra sinó estera de esparto tan menguada, que no alcanzaba á cubrir el piso. Las sillas tenían el asiento de madera, estaban pintadas de negro con flores de rosas y hojas verdes en el respaldo.

Era dia de banquete. Fué en el mes de Ju-

lio y hacía frio, mucho frio. Soplaba viento pampero, me acuerdo bien.

Entre los invitados lo fué el abuelo, anciano que vestía levita larga, de buen paño de San Fernando: el talle algo corto para lo que ahora se estila; las mangas plegadas un poco sobre el hombro y muy largas, y tenía un cuello alto y duro, ¡ qué cuello ! ; la corbata era blanca, de dos vueltas, de manera que los cuellos de la camisa estaban sólidamente asegurados. El buen abuelo llevaba capa, todavía se usaba.

Además, entre los convidados estaban los suegros, los tios, los sobrinos y los chicos de la familia: todos endomingados y contentos, sentados en los cuatro frentes de la sala. Cuando yo llegué, todos se hallaban reunidos. ¡Pero la pobre señora había tenido una tarea!

Las empanadas se habían quemado, y eso la tenía remisa y con la cara que parecía de carmesí.

—¡A la mesa! se dijo al fin.

Partimos todos en tropel, chicos y gran des. Solo el abuelo arrastraba los piés, y lo pantalones eran tan largos, estaban tan cai dos, que parecía se le saldrían si los grueso zapatos no hubiesen sido bastante grande para impedirlo.

Inútil me parece decir que allí no habí fuego, y que el comedor estaba frio, como ha bitacion en cordillera.

El abuelo llevó la capa á la mesa, porqu no era para menos. La señora tenía su pa ñuelo de invierno, y todos conservamos nues tros gabanes.

Nos sentamos. Pasaban minutos y minu tos y no llegaba la sopa.

—Manuela, llamó á voz en cuello la señoi encolerizada, ¿por qué no sirves?

—Ya voy, respondió desde la cocina.

Todo se dijo en altas voces, pues no hab entónces campanillas.

Al fin puso sobre la mesa la gran sopera, de la cual se desprendía el vapor para probar que estaba hirviendo y á la vez olor apetitoso.

La señora con su gran cucharon de plata, fue llenando los platos, que ña Manuela ponía delante de cada convidado.

—Ten cuidado, muchacha, de no manchar la capa de mi padre.

Nadie hablaba, esperando que la sopa se enfriara un poco. De repente se oyó un sorbo estruendoso y simultáneo, al sorber cada cual la primera cucharada. Parecía un concierto, tal el ruido de bocas y gargantas. Era eso más notable cuanto más profundo fué el precedente silencio.

No creo necesario decir que hubo pavo asado y muchos platos, algunos cocinados por la misma señora de la casa, segun lo hacía saber mi buen amigo, cuyo apetito hubiera clasificado D. Canuto de gazusa.

Al final yo sentía frio. El vino carlon hizo varios turnos en nuestros vasos, que escanciábamos sin demora.

Hubo bríndis y vivas al del santo; carcajadas, palmoteos, golpes de cuchillos en los platos y vasos, gritos de los muchachos y regaños de la mamita.

Entónces no se servía café. La comida concluyó con postre de arroz con leche polvoreado con canela.

Asi se comia en la casa de los burgueses en los tiempos pasados.

Ahora todo ha cambiado.

El amueblado de las casas ricas es espléndido, basta recordar que Elortondo y Pacheco, tal vez otros, tienen tapices de gobelinos, bronces artísticos, mármoles de gusto, faenzas de Delft y Rouen ó imitaciones, platos italianos del Renacimiento y de Sévres, cortinados y alfombras espresamente traidos ó encargados á París.

¿Cómo se come ahora?

Enteramente á la europea. Las invitaciones se hacen por cierto con la debida anticipacion. Los caballeros visten frac y corbata blanca. ¿Y las señoras? No es posible elogiar exactamente la esquisita elegancia y la riqueza con que las modistas de Paris proveen á las familias ricas de la primera sociedad de Buenos Aires.

¡Qué bellas mujeres! lo son deveras. Llevan brillantes que no brillan más que sus ojos negros. Las señoritas son en general de talle esbelto y fino. Blancas ó trigueñas, el cabello rubio ó negro, ya no hay un tipo nacional, la belleza tiene algo de cosmopolita, algo de colectiva. Son naturalmente elegantes y llevan sus trajes con la dificil facilidad de las que están acostumbradas á los refinamientos de la cultura social. Su gracia en el andar solo lo iguala en el decir.

En cuanto al servicio puede concretarse

así: cocinero ó cocinera franceses, criados de frac, servicio de mesa en porcelana, cristales y plata labrada como el mejor, y á la esplendidez de los valores no va en zaga las de muchos comedores.

Uno de los más hermosos por las vastas proporciones, el tallado de las maderas del techo, muros, puertas y ventanas, sus faenzas, sus platos de Sévres, el servicio de mesa, en fin, es el del finado D. Federico de Elortondo.

El cuarto para jugar al billar tiene tapicerías de Gobelinos, ó imitacion. Inútil es hablar de los salones y galerías tan conocidos por la primera sociedad de Buenos Aires.

No es preciso que describa casa por casa, ni salon por salon; pero recordaré que José Pacheco, en su casa calle Cuyo, tiene el salon más parisiense que sea posible encontrar aquí; todo fué encargado á Paris, hasta las molduras de las paredes, los espejos, las cor-

tinas, las alfombras y los muebles. Elegante es el pequeño saloncito, tapizado todo de seda crema, bordada de realce, muros, cortinados y muebles. Es lujoso y es de buen gusto. La araña es Saxe, y todos los bibelots son bien escogidos. Puedo afirmarlo, todo es al gusto francés más esquisito; hay buen criterio en gastar así el dinero.

Pesado fuera proponerme describir los grandes salones y los lujosos comedores de una ciudad de la importancia de Buenos Aires. Cito algunos en contraposicion de las antiguas casas y muebles de los tiempos pasados. La comparacion es favorable y una prueba del gran progreso nacional. Pero recordaré ademas que: Guerrico hizo venir espresamente tapicerías de París para colocar todo lo que compró en Europa, y hay además la casa-palacio de Alzaga, en la calle Florida. Cano ha gastado un caudal en sus espléndidos muebles. La señora de Dorrego los

tiene de gran precio. La viuda de Nicolás Anchorena, T. Alvear, M. Ocampo, la viuda de Iraola, hoy Ocampo, y tantas y mil para concluir.

Pero como me he ocupado especialmente de la cocina y de los comedores, para mostrar la profunda evolucion realizada, recomendaré las de las familias de Alvear, las de los Ocampos, Fernandez, que la expropiacion para la avenida Mayo va á destruir, Lezica, Dorrego, Miró, Frías, Leloir, Ortiz Basualdo, los Unzué, Favier en la casa calle Suipacha y basta ! No concluiría citando todos.

En muchas grandes casas todo es á la europea: cultura en los usos y en las maneras, muebles, flores, luces, lujo, objetos de artes, repito, todo es europeo. Un banquete en tales casas, es fiesta que puede darse en cualquier capital de la Europa. En algunas, pues... aún se vé el pelo de la dehesa.

Así se come ahora.

La evolucion social es radical y profunda comparada con lo que fueron los tiempos pasados, porque tambien la riqueza privada y nacional ha aumentado en proporcion tal que para formar una idea, basta conocer el capital de los numerosos Bancos en Buenos Aires y el movimiento y giro de los mismos. Esto es poner ante los ojos, lo que es ya el pais como poder financiero.

Así pues los refinamientos del lujo se esplican sin esfuerzos.

En medio de aquellos salones y comedores espléndidos, de las flores y de las luces, los vinos generosos dan calor á la sangre, animan el espíritu: allí hay chispa!

Esta es hoy la sociedad elegante, tan fina como la mejor del gran mundo europeo.

Verdad es que la mayor parte de las familias ricas han viajado por Europa y han perfeccionado su gusto artístico con el estudio de los grandes modelos; las hay que

miran y no ven, es verdad; para estas no se hizo aún lo bueno. Los nietos de los retardatarios entraron en el movimiento; porque los retrógados serán llevados por la corriente.

Si hay un defecto genial es, lo digo con franqueza, exceso de lujo y de esplendor con otras capitales de la América, sin exceptuar ninguna, ni las más pretenciosas.

La burguesía bonaerense ha hecho su evolucion social, y son injustos los señores artistas cocineros con introducir al país las huelgas. Mala semilla en tierra nueva porque á la postre los de arriba no han de bajar para que suban los de abajo, y esto tan recien llegados!

Necesario es poner cada cosa en su sitio y no tanto barajar.

Si de los muebles y las casas, recuerdo los carruajes, basta que diga que pueden contarse los cientos de cientos que se ven en el Parque de Palermo y se verán tiros de raza.

Del buen gusto, dan evidente prueba, la creciente importacion de objetos de arte y de su venta, así como los precios que se pagan por la Opera Italiana.

No digo que haya quien pague el cocinero lo que paga Vanderbildt: diez mil *dollars*, oro yankee; pero la fortuna de aquel grande ricacho tampoco tiene parecido. Paga ese sueldo no por despilfarro sinó porque conoce bien la influencia que su buena digestion tiene en la conservacion y el aumento de su colosal fortuna.

El mismo Santísimo Padre Leon XIII cuida de su estómago con interés.

En efecto: cuentan las crónicas, y lo leí no sé en qué diario, que digustado el gran camarero... por la fabulosa cantidad de carbon que cobraba el cocinero en sus cuentas mensuales, resolvió poner fin á aquella explotacion. Ordenó en consecuencia y autoritativamente, reducir el consumo del carbon.

El cocinero que no era lerdo, intencionalmente descuidó sus deberes y resultó así mala la comida. Sorprendido Su Santidad con lo malo de aquel servicio, á pesar de que es parco en comer, mandó reconvenir al cocinero. Este contestó con mucho aplomo: cocino mal porque no tengo el carbon que necesito.

Su Santidad sin indagar más, ordenó se le diere lo que pidiere, y que las economías no se hiciesen en perjuicio del estómago.

Está reconocida en todas partes la tiranía de los jefes de cocina, y pocos tienen ánimo para destruirla, prefiriendo someterse. Se puede reformar todo: necesario es tener presente los consejos del *Buen Ricardo;* pero no hagais economías en perjuicio del estómago, lectores mios.

Joaquin Nabuco, notable escritor brasilero, refiere que la impresion que en Ramalho Ortigão, el celebradísimo y popular literato

portugués, ha producido el Rio de la Plata ha sido tan grande, que cualquiera que sea elasunto de la conversacion él encontraba medio de referirse al progreso platense y entónces entraba en manifestaciones de entusiasmo, que era necesario interrumpir para llamarle la atencion sobre algun hermoso paisaje del vecino Imperio.

Y agrega Nabuco: yo confieso que lo que he oido á Ramalho Ortigâo, el entusiasmo que él me comunicó, por eso que él llama *el mejor fenómeno de la raza latina en el siglo XIX.* Su admiracion sin límites por ese crecimiento sin ejemplo en pueblo alguno de nuestro orígen, me causó pesar... por no haber visitado el Plata.

Si una celebridad del alto coturno de Ramalho Ortigâo levanta la voz para espresar el más entusiasta elogio por el progreso argentino, qué estraño es que yo, pobrecito escritorzuelo, que vivo, segun lo dice el editor de

la *Biblioteca latino-americana*, en el fondo de una provincia mediterránea manifieste mi admiracion!

Pues bien, debo confesar en poridad de verdad, que si habló así el célebre portugués, fué porque comió en el Café de París, ó en la Confitería del Gas ó en cualquiera de las *Rotisseries*, en las cuales se luce las excelencias de la comida francesa.

De cierto que si ese escritor viajero, come donde mi amigo de Marras en el día de su cumple años, otra cosa escribe y otra impresion recibe.

Eso explica que ciertos malandrines, escribidores de mala prosa en lengua extranjera, como el que escribía en *Franck Leslié's popular Monthly*, haya dicho que nuestras tiendas tienen una puerta, que son pobrísimas y feas; que nuestras casas son todas de un solo piso, que el lodo de nuestras calles angostas desespera, y que solo tenemos un fe-

rro carril... mientras que los campesinos viven temblando por temor de las invasiones de los indios!

Este pobre probablemente comió en los fondines italianos á ¡peso el plato, de la antigua moneda papel, y no le permitirían que levantase los piés sobre la mesa para ponerlos á la altura de las narices de otros parroquianos, mientras él leía algun diario. Sospecho que jamás comió bien, aún cuando sostenga que una mala botella de vino burdeos cuesta cinco dollars oro.

No es posible explicar que este viajero miope viese lo que dice haber visto, sinó por gazuza no satisfecha ó por dispepsia.

¡Embustero! Refiere á aquellas pobres gentes, que nada saben de este país, los mayores desatinos. Dice que en las habitaciones de las estancias no hay sillas sinó los huesos de las cabezas de vaca; que los gauchos se sientan en el suelo, y que solo vi-

ven regularmente... los irlandeses criadores de ovejas.

Este desgraciado no conoce el país argentino, no ha visitado las estancias, no conoce el establecimiento de Pereyra, los de Cano, el palacio de Pacheco y tantísimos otros.

Por eso hay candidez por aquellas tierras yankees, que preguntan qué lengua se habla aquí.

Yo que he visto la transformacion de la capital, desde la época de los pantanos en que, en la calle Cuyo, tomó un baño de lodo, ¿sabeis quién? Preguntadlo al auditor de guerra.

Yo que he visto, repito, vender chorizos asados y pastas de sábalo frito en las esquinas ó almacenes, y veo ahora lo que son las *Rotisseries*, francamente no tengo paciencia para leer lo que dicen esos mentirosos.

Ignorar que se vive con la más refinada cultura europea en la alta sociedad de Bue-

nos Aires, es querer tapar el cielo con un arnero.

Deploro no conocer el nombre de aquel yankee, para denunciarlo como el mayor mentiroso nacido de mujer.

Empiezo á suponer que es algun solteron y por ende dispéptico bilioso y de mal genio; porque son temibles los fenómenos que las malas digestiones producen.

Son intolerables los clérigos á causa precisamente del celibato cuando no tienen prima ó sobrina que les cuide la cocina; y esos parientes no lo hacen como lo haría la esposa, porque al fin no tienen el mismo interés.

Los frailes son por el contrario más liberales, porque en el refectorio se sirve bien la mesa, con viandas suculentas, y si están sazonadas con especies habrá vino tinto, supongo, para auxiliar la digestion. Bien comidos, sienten naturalmente la plácida

benevolencia á que se refiere el paraguayo cuando dijo: estómago lleno, corazon contento. Verdad del famoso Pero Grullo.

Se dice que las narices rojas hicieron triunfar la revolucion francesa, es decir, que el pueblo que bebe vino tiene calor en la sangre, y es entusiasta, no es menos cierto que puede saltar el color á la nariz, sin que le quite los bríos. ¿Qué esperanza se puede tener con los que solo beben agua? ¿No ven ustedes que se empobrece la sangre... y se esponen á morir tísicos?

Confieso á todos mis lectores que tengo ahora fé absoluta en el gran porvenir nacional, precisamente porque admiro el empeño con que ahora se cultiva la vid y se dedican en toda la república á la vinicultura, á hacer vino de uva. Al fin, me digo, beberá el pueblo vino puro y no brevajes químicos; pero no ha faltado quien me observe que el tal vino va á Buenos Aires como materia prima

para la fabricacion del vino artificial, que consumen los *bachichas* y los criollos.

Si el actual Intendente de la Capital Dr. Crespo aspirase á la inmortalidad, el camino seguro sería hacer vender la carne y el pan baratos, y prohibir se venda como vino, lo que es tintura de campeche con pasas.

Esta vez la loca de la casa se ha alborotado, y dele que dele, no cesa la pluma de llenar papel, haciendo garabatos. ¡Cómo serán los disparates que llevo escritos! Felizmente yo no puedo volver á leerlos, porque desde e fondo de la provincia mediterránea que habito, es evidente que no puedo ni corregir las pruebas. El primero que notará los desmanes de mi pluma, ¡si los entendiese! será el corrector de pruebas, y el que pagará el pato... será mi editor.

¿Qué he de hacerle yo? Por una parte me tira la lengua el Sr. Chaves Paz, haciéndome cumplimientos y elogios, y por otra el Sr.

Peuser desea hacer una tercera edicion de mis escritos, resulta que ellos son los únicos responsables de todo lo malo que yo escriba. Hace años que estaba callandito contemplando las bellezas de la naturaleza, segun consta en letra de molde, y si escribo ahora, ya esplico los motivos.

Tanto hizo el diablo con su hijo que al cabo le sacó un ojo; ¡ no vayan ustedes dos, señores editores, á dejarme tuerto !

Como no he dicho todo lo que me ocurre, no pongo punto final y continúo.

Cuando *manca el numerario manca el alimento necesario*, decía un italiano que escribía muy bien en la lengua castellana.

Y es evidente que el desgraciado que no tiene que comer se muere de hambre ó roba.

El fanatismo ha hecho víctimas por los ayunos exajerados que destruyen el físico y la razon. Los que han visto los cuadros pintados por Zurbarán, no olvidan aquellos ros-

tros demacrados, cuyos ojos están en el fondo de verdaderas cavernas, que así son aquellas ojeras profundas.

Tal no es el hombre como lo creó la bondad divina.

La alegría es hermana de la bondad, y no contradice á la religion, mientras que las maceraciones de la carne son más obra del diablo que de Dios.

Los buenos gobiernos debían proponerse como su fin ideal que la alimentacion del pueblo sea suculenta, nutritiva y barata, si quieren consolidar la paz y el órden. Cuando el hambre llama á la puerta del padre de familia, responde la revolucion. Creo que esta es una verdad que se puede demostrar.

Puede juzgarse de cómo se alimenta una persona por su aspecto exterior, así como cierto sábio pretende que se puede conocer al ladron y al asesino, por la manera de caminar.

¿Quién es aquel individuo que parece globo inflado? Aunque camina lijero, diríase que le ahoga la exhuberancia de la carne, cuyo movimiento es tal, que saltaría si no estuviese sostenida por el gaban. La sangre le sube á su cara, parece pipa de vino catalán cuya canilla se ha roto. Sus pies tienen tales dimensiones, que de cierto necesita la piel de un cabrillo para cada zapato. Habla con la conciencia de su peso, de su valor, de sus méritos, diríase que tiene oficio de dispensador de favores. ¿Quién es él?

No es Martin Fierro, puesto que la parca se llevó muy prematuramente al más notable de los poetas gauchescos. No es tampoco cierto maestro mayor de carpintería que fué tambien enterrado; verdad que en esta tierra sobra la gente extraordinariamente gorda, ¡se come tanta carne! ¿Quién es él, repito?

Pues aún cuando no pudiera decir su nombre, puedo asegurar que no es agricultor ni

ganadero, pues no tiene la tez tostada por el sol.

Pues ese es un gloton. Absorberá cantidad sin cuidar la calidad. Se alimenta con puchero y carne asada. No es posible que el transformismo social de la elegancia modifique la estructura de una montaña.

¿Y aquel otro? ¿Ese de la melena rizada? Sí, ese mismo.

Fué orador de club y caudillo de parroquia. Ha adquirido tal costumbre de arengar á la multitud de la parroquia que en la mesa, aunque esté convidado á casa ajena, hablará en alta voz cual si hiciera una arenga electoral. Si no le escuchan, tomará el cuchillo y golpeando con el cabo y haciendo curvas en el aire con el acero, impondrá la atencion. Ese lo sabe todo, y todo lo supo: tutea al presidente, los ministros, los diputados, hace y deshace gobiernos y espera que le llegará su turno. Usa el *ché* con todos, prodiga

los palmeos y no deja puerta sin abrir. Al oido puede decir, solo le faltó ser creador del universo.

Ese tal, bebe vino y come carne; se alimenta bien.

Puede decirse como aforismo, todo hombre de melena rizada en estos tiempos es cursí. Será todo, pero no dejará de ser cursí.

Mala idea forman de la democracia los que la suponen engendradora de la grosería en las maneras, como un rasgo distintivo y característico; porque por oposicion suponen que la finura, la distincion y la elegancia, es signo de aristocracia ó vanidad. La forma política de gobierno que suprime los títulos de nobleza y las distinciones nobiliarias, supone implícita condicion de distinguirse del vulgo necio por la cultura de las maneras y la honradez de los medios. La nobleza la adquiere el más digno, y cada cual es hijo de

sus obras. No se pregunta de dónde viene, pero sí á dónde va y cómo va.

Si los de abajo suben, deben cuidar de dejar las groserías y las sandeces, como los zapatos enlodados y traje de trabajador. Arriba se debe llegar con las manos y la cara lavada.

¡Guárdeme Dios de dar consejos! pero bueno es no olvidar que es necesario observar lo que en cada condicion social se acostumbra, y no creer que se come en la mesa de una familia distinguida como en la cocina de una estancia. Esto me parece elemental. La cultura, el refinamiento en las maneras, ya que no se enseña como en las escuelas en Francia, á lo menos hay siempre maestros para el que observa lo que hacen los demás.

Observad á los otros y aprendereis, y sobre todo, no metais, ¡por San Crispin! el cuchillo en la boca, ¡nunca! ¡nunca!

Hablo en un país eminentemente ganadero, y los buenos criollos convendrán que si se refinan cuidadosamente las razas de los animales, para buscar las cualidades que no tienen los oriundos de la tierra, su belleza de forma, sea fuerza ó finura ¿por qué no se ha de mejorar el hombre, el más noble de todos los animales? ¿No es exacto el argumento? Respondan si estoy equivocado. Es grosero, pero es gráfico.

Hay entre el caballo criollo y el caballo de raza inglesa alguna diferencia, ¿no es verdad? La prueba que para carrera se prefiere los últimos.

Pues ya que no se puede proceder de la misma manera con el animal racional, este puede, por la seleccion de los ejemplos que encuentra, mejorarse á sí mismo en la cultura de las maneras, y punto final sobre esto.

Recuerdo la historia de un estanciero enriquecido, de raza criolla, inteligente, listo

para todo y muy observador. Tal vez supo leer mal y garabatear su nombre y firma; pero en nada encontraba dificultad puesto que todo ignoraba.

Mi amigazo educó á su hija única lo mejor; tenía dinero y pagó maestros y maestras, quiso que aprendiera lo que él ignoraba. Si el uno era listo, la otra lo fué más. Aprendió en la escuela no solo las lecciones, sinó las maneras de las hijas de las casas principales, como se dice. La transformacion y la mejora de la hija, fué á la vez refinando la del padre; porque lo bueno atrae siempre. La hija reformó todo, muebles y servicio, y por ende la cocina. En vez de la negra cocinera fué una francesa, y en vez del gallego barbudo que barría los patios y servía la mesa, fué buscado un criado que vistiera frac. Comenzaron las invitaciones á comer.

El resultado fué que el paisano terminó por tener el aspecto de hombre de pueblo: y

al fin, el sastre, el peluquero, y el zapatero le dieron el exterior del buen tono.

Cuando iba á la estancia volvía á lo que se crió, y corderos, lechones y vaquillonas, servían para procurarle al buen amigo abundante carne asada. Cuando volvía de la estancia, apenas dejaba el *pago*, sin ridiculez y sin esfuerzo, se adaptaba á los usos más cultos de la vida social. Decía siempre: dónde fueres has lo que vieres. Y este refran era toda su filosofía.

De difícil transformacion fué siempre el *compadrito*, porque es naturalmente cursí, tiene la vanidad de ser mejor que los otros.

Guarango llámase en el lenguaje vulgar, al que, hombre ó mujer, no aprende ni la seleccion de los colores, ni la forma de los trajes, ni la manera de hablar ni de caminar. Habita en poblado, pero jamás en el centro de las ciudades, prefiere los suburbios, como quien dice, entre pueblo y campo; pero los

hay, por excepcion, en la misma capital.

Puede asegurarse que son rasgos distintivos, meterse el cuchillo en la boca, accionar con el mismo en la mano, fumar cigarrillo negro en la sala, en la mesa, en el patio, en la calle, en los paseos y hasta dentro del mismo coche, si lo tiene. Tendrá los dedos amarillos y caminará quebrándose de derecha á izquierda, ese es cursí, que es el guarango transformado: nació y murió cursí. Viajará y volverá cursí.

Mas fácil es transformar al criollo del campo que al cursí del pueblo.

Necesario es dar un rápido paseo por la gran Capital, para completar la monografía del buen comer.

Pido al lector se sirva mirar aquella casa de un solo piso, de grandes patios, cuyo exterior demuestra la riqueza, ¿la ve usted bien? Pues allí no se invita á comer á los extraños. Es triste y grande como convento, todo es

abundante y vienen las provisiones de las estancias, de las chacras, de las quintas, hasta las flores se cogen en los jardines de la misma casa. Allí puede suponerse vive el egoismo.

¿Más adelante ve usted, señor lector, esa otra casa? Es tambien de un solo piso, lujosa entrada, todo el exterior es espléndido y simboliza la gran riqueza. Pues bien, allí se come mejor, más á la europea; pero en familia. No se invita á comer á extraños, pero lo harán porque sus dueños no pueden aislarse del movimiento social.

Ahora, despues de lo que se ha andado, mire usted esa otra casa, es tambien de un solo piso; todo es grande y de apariencia cómoda y lujosa. Aquí tampoco se invita á comer á los extraños, se vive en familia.

Mas adelante en la calle lateral, mire usted esa casa blanqueada á cal, blanca como una paloma, el zaguan es ancho y se divisan una serie de puertas de fierro, como si fuera

prision. Tenga usted la bondad de entrar. Esa pieza sin adornos, con la gran mesa y sillas de caoba, es el comedor. Es grande, bien ventilada pero triste. Los dueños de casa me recuerdan los cuadros de Zurbarán ; han perdido los colores de las mejillas, tienen ojeras negras, y más largas y afiladas aparecen las narices. Aquí se come á la antigua : sopa de pan ó de arroz con huevos, puchero, asado y carbonada. En verano tendrán sandía al final y en invierno orejones. Nadie rie, nadie habla, cada cual está absorbido por pensamientos... tristes. No hay esperanza que las nuevas corrientes sociales entibien y alegren esta atmósfera.

Puede establecerse como indicio característico que casa grande de un solo piso, con reja de fierro en el zaguan, es casa donde los dueños no invitan á comer.

Hay excepciones ciertamente, y la prueba se encuentra en la calle de la Florida. En esa

casa, allí... ¿no vé usted? Ese fué siempre un gran centro social distinguido.

Hermoso comedor y grandes y elegantes salones. Allí se vive y se vivió con largueza. Amables los dueños de casa, como es alegre hasta el patio.

Por aquí, en esa casa de altos, vivieron personas que gustaban de la mejor sociedad, su mesa fué esquisita. Más allá, á la izquierda, á la derecha, por delante, hácia la espalda; todas son casas habitadas por la buena sociedad. En todas se invita á comer, y se come á la europea.

Puede conocerse el *confort* en la Avenida Alvear por la arquitectura de sus lindas casas de dos ó más pisos, sus hermosos jardines, sus arboledas, todo tiene el aspecto nuevo, gracioso, risueño, se muestra el bienestar y la alegría. Por aquí, con pocas excepciones, se invita á comer, y se come á la europea.

Si tomo uno de los muchos tramways y me voy á los arrabales del sud, puedo trazar la línea geográfica de la mala comida ó de la comida criolla. Si voy por el tramway de la calle de Cuyo arriba, esta vía es la vía crucis de la comida de los fondines italianos á peso el plato, ¡ qué olor ! No sé, pero me parece que tiene el alfato sucio. Por precaucion pongo siempre gotas de agua de Colonia en mi pañuelo.

Puede marcarse sobre el plano de la ciudad la línea divisoria entre la burguesía antigua refractaria y la sociedad elegante, ó en otros términos, la modificacion en la cocina, los usos y costumbres en el hogar del criollo.

En los arrabales las cocineras en general son negras ó mulatas. Basta ver las canastas de caña de Castilla que llevan al mercado, para saber lo que compran y cocinan. En el centro comercial ó social, en las avenidas ó boulevares, las cocineras son extranjeras ó

cocineros de gorro blanco y delantal. Estos y aquellas, se sirven de los mozos de cordel para conducir las provisiones.

Se vé, pues, que la monografía de la bucólica en la Capital de la República se puede apreciar sin grande esfuerzo. Hay signos exteriores que la caracterizan, y desde el que cocina hasta lo que él cocina revela la condicion social y el bolsillo de aquel ó aquellos para los cuales cocina.

Hoy la mesa ó las comidas han entrado en las costumbres electorales y es un rasgo de popularidad de los hombres grandes ó de los grandes hombres.

La Confitería del Gas, la del Aguila, el Café de París, y las *Rotisseries* son los sitios para las grandes comidas políticas. Y como abundan los picos de oro, segun la cándida calificacion de un politicastro de cuatro metros de abdómen, en tales banquetes sobran los brindis-discursos.

Invita á comer el Presidente de la República, el Ministro de Relaciones Exteriores dá un banquete diplomático anual en el mismo ministerio, y como si este *banquete* no fuera bastante, invitan algunos de los ministros diplomáticos argentinos, y digo algunos, porque otros... ni el ojo de Polifemo podría descubrirles. De manera que las crónicas de los banquetes criollos se completan con las de los banquetes argentinos en el exterior.

El transformismo social ha sido completo, rápido, fundamental.

Si se comparan las comilonas de los tiempos pasados con los banquetes de los tiempos presentes, es preciso decir con cierto orgullo nacional: lo que va de ayer á hoy: *Antes y Ahora.*

FIN DEL TOMO TERCERO Y ÚLTIMO

ÍNDICE

	Páginas
Treinta años antes: Costumbres cordobesas	5
Mi tierra: Las campañas y las ciudades	69
Mi tierra: Las ciudades del Interior	127
Mi tierra: Recuerdos de Tucuman y Salta	171
Mi tierra: Las ciudades del interior. Recuerdos del Norte	223
El Colegio de Monserrat y la Universidad de Córdoba: Recuerdos íntimos	233
De la Universidad á Piedra Blanca: Recuerdos de la juventud	285
Al rededor de mi bufete	307
Zapatero remendon	333
Antes y ahora	365

96 kg.

STANFORD UNIVERSITY LIBRARIES
STANFORD AUXILIARY LIBRARY
STANFORD, CALIFORNIA 94305-6004
(650) 723-9201
salcirc@sulmail.stanford.edu
All books are subject to recall.
DATE DUE

JAN 0 1 2003
NOV 2 9 2002